

SANTIAGO POSTEGUILLO

EL SÉPTIMO CÍRCULO DEL INFIERNO

ESCRITORES MALDITOS, ESCRITORAS OLVIDADAS

Índice

Sinopsis
Dedicatoria

Los infiernos de la literatura
La décima musa
La batalla de Filipos
El escritor invisible
La profesional
El inquisidor
Leila no cabía en un poema
El libro de Josephine
La luciérnaga
La tumba de barro
Por un voto
La Marco Polo del siglo XX
Las palabras dobladas
Guerra civil española: crisis de las embajadas
La alumna de la profesora Bates
Guerra civil española: crisis de las embajadas
Sin destino
El escritor favorito de Stalin
El séptimo círculo del infierno
Calle 106
Pájaros
El fiel de la balanza
El cuaderno naranja
Un pasito para atrás
Cuando la premio Nobel de Literatura... Jane Somers engañó a todo el mundo
Spanglish
El árbol perdido rodeado por las sombras de los traidores
Canguro
«O. P.»: el auténtico Shakespeare

Literatura de perros
LC3 y el sexo: la censura sutil

Epílogo
Bibliografía
Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

El KGB, el régimen nazi, la Inquisición, las guerras, el FBI, el gobierno chino, el hambre, la pérdida de un ser querido, la enfermedad, el exilio, la censura... Muchos son, en efecto, los infiernos de la literatura a los que se han tenido que enfrentar escritores y escritoras de todos los tiempos.

¿Cuál es el séptimo círculo de este universo infernal? Para Kipling su infierno fue la muerte de su hija Josephine, y de ese infierno surgió una obra tan vital y esperanzadora como *El libro de la selva*. Para Imre Kertész su infierno fue ser víctima del holocausto, pero también del desprecio por parte de los suyos. Y de ahí salió *Sin destino*. Carson McCullers, la gran olvidada, la mejor autora estadounidense del siglo XX, menospreciada por ser mujer.

Con la elegancia y el tino literario de las obras que homenajea, de los autores y autoras que reivindica, navegando entre viajes, anécdotas, episodios y experiencias propias, Santiago Posteguillo consigue contagiarnos su amor por los libros y en especial por los autores cuyo genio y talento hizo que del infierno salieran con obras que aún hoy nos elevan a los altares.

*Para Lisa y Elsa,
mi primer círculo del cielo*

Los infiernos de la literatura

Muchas son las circunstancias terribles en las que se generan los libros. Esto no es porque a los autores les gusten los problemas, las dificultades y las penurias. Es simplemente porque los libros, desde siempre, ya sean poemas, obras de teatro, ensayos o novelas, han sido perseguidos, y los que persiguen son muy buenos en crear infiernos perfectos, totales, completos para los creadores a los que buscan acorralar. Lo que les duele a los perseguidores, lo que no terminan de entender es cómo es posible que incluso en esos infiernos se escriba tanto y tan bien.

Pero vayamos por partes.

¿Quiénes son los perseguidores de la literatura? Muchos y variados, pero todos con el denominador común de la intolerancia absoluta. Así, por *El séptimo círculo del infierno* van a desfilar, como en una macabra parada de monstruos, el KGB, el Comité de Actividades Antiamericanas, dictadores fascistas, nazis o comunistas y, cómo no, hasta la Inquisición, de la que tanto aprendieron los anteriores.

Todos estos perseguidores son maestros, como decía, en construir infiernos humanos, a saber: prohibiciones, censuras, guerras, cárceles, violencia de género y campos de exterminio. Alrededor de estos infiernos se levantan los muros de la ignorancia, la incultura y el olvido que ayudan a mantener a todos dentro de ellos.

Pero ¿por qué se persigue a los escritores? Por los mismos motivos que a cualquier otro ser humano: por su religión, por su origen, por su orientación sexual, por su sexo, por el idioma que hablan y, a todos, por querer ser independientes y querer contarlo.

Esto, por supuesto, es lo que más encoleriza a los perseguidores. (Una nota: las escritoras suelen sufrir, en particular, una doble discriminación: la que proceda en cada caso —por ideología, creencias religiosas, culturales, etcétera— y, además, por ser mujeres.)

A todos estos infiernos artificiales creados por los perseguidores, la existencia misma nos regala dos más: la enfermedad y la pérdida de seres queridos. Experiencias de las que nadie se libra.

El séptimo círculo del infierno intenta mostrar algunos de estos mundos terribles, de estos momentos duros, y cómo grandes escritores y autoras de todos los tiempos supieron superarlos, doblegarlos, romperlos y, al hacerlo, regalarnos maravillosas obras de la literatura. Para ello viajaremos desde la más antigua Grecia, desde la isla de Lesbos, hasta la literatura del siglo XXI; desde Europa a China, pasando por Estados Unidos, América Latina y África. (Una segunda nota: hay infiernos «dulces», como aquellas escritoras que quedan olvidadas bajo la sombra de un escritor de gran fama. También he intentado recuperar a alguna de ellas.)

Eso sí, en medio de toda esta vorágine, me he permitido una licencia para recrear o, mejor dicho, para ver cómo un genio literario recreaba un gran orgasmo. Un momento de liberación física y mental en medio de tanta persecución.

Dante describió el infierno en *La divina comedia* en nueve círculos. ¿Cuál es el séptimo y qué tiene que ver con la literatura?

Todo a su debido tiempo.

La décima musa

¿Cómo escribir sin ellas, sin su inspiración?

No habría nada sin las musas. Es cierto que su influencia, sus destellos geniales nos llegan siempre cuando trabajamos mucho, pero creo en ellas. Hay momentos en la concepción de una novela o de un poema que uno siente que ha ocurrido algo especial.

Deben de ser ellas.

Al principio eran tres.

Luego nueve.

Unos decían que eran hijas de Urano y otros, de Zeus. Pausanias terció en el conflicto y concluyó que había dos generaciones de nueve, unas más antiguas y otras más modernas. Desde Homero ya eran nueve, y nueve permanecieron durante largo tiempo. Sus nombres: Calíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polimnia, Talía, Terpsícore y Urania.

Pero las cosas iban a cambiar.

Atenas, 367 a. C.

—¿Nueve? —dijo el filósofo, mirando su copa de vino vacía—. No. Son más bien diez.

Si hubiera sido un charlatán de esos que iban de pueblo en pueblo intentando subsistir engañando a unos y otros, nadie le habría hecho caso, pero era Platón el que miraba la copa de vino vacía y había dicho que eran diez.

—¿Y quién es la décima musa? —preguntó Aristóteles, su alumno, asistente a aquella comida.

Platón sonrió y fue a dar su respuesta, pero, como si el dios del viento Eolo hubiera despertado de pronto, un vendaval infernal ahogó las palabras de Platón en el silencio del tiempo y, aunque sus labios se movieron, su respuesta quedó borrada de los anales...

Universidad de Milán, 2001

La investigadora examinaba el viejo papiro extendido sobre la mesa del laboratorio con una lupa.

—¿De dónde dices que lo habéis sacado?

—De una momia —respondió el profesor que la acompañaba—. Era de una colección privada.

—¿Una momia de qué época? —insistió la investigadora sin soltar la lupa y sin dejar de mirar el papiro.

—Una momia de la época tolemaica, siglo II a. C. aproximadamente. Están trabajando en la datación exacta. ¿Qué le parece el texto?

—Es griego.

—Eso ya lo sabemos —replicó el segundo profesor algo exasperado.

—Son textos de Posidipo.

Eso ya era algo más concreto.

—¿Está segura?

La profesora Kathryn Gutzwiller, experta en estudios clásicos de la Universidad de Cincinnati, dejó de mirar el papiro y giró la cabeza, encarando a su interlocutor.

—Totalmente. De los ciento doce epigramas que he contado en el texto, dos al menos ya han sido identificados previamente en otras ocasiones como de Posidipo en otros papiros y el resto sigue su mismo estilo. Si fueran de varios autores, lo probable es que al final de cada epigrama hubieran puesto el nombre del autor, ¿no cree? Pero no lo han hecho porque todos son del mismo escritor, Posidipo. —Volvió a examinar el papiro con la lupa—. Pero lo más interesante es este epigrama sobre la décima musa.

—¿No eran nueve?

—Hasta ahora —dijo Kathryn Gutzwiller—. Hasta ahora...

Mitilene, isla de Lesbos, siglo VII a. C.

La joven caminaba con la mirada triste. La acompañaba otra mujer, algo mayor, pero tan hermosa o aún más que la muchacha.

—No estés triste, Atthis —dijo la mujer, y la abrazó con fuerza.

La chica levantó el rostro sin separarse un ápice y entreabrió la boca.

Se besaron. Con cariño, con ansia, con pasión.

—No estés triste, Atthis —repitió la mujer al separarse al fin de ella—. Él será un buen esposo.

La muchacha, al fin, se despegó de entre sus brazos y, con lágrimas en las mejillas, se despidió para siempre.

La mujer se quedó sola en la playa, viendo cómo las pisadas de Atthis eran borradas por el agua del mar. Así, pensó, desaparecen las personas, pero ¿y la impronta que éstas dejan en nuestro ser?

Aquella noche fue la mujer la que lloró amargamente, pero no con lágrimas. Lo hizo como ella sabía mejor, con palabras:

Igual a los dioses me parece el hombre dichoso que te abraza y te oye en silencio con tu voz de plata y tu sonrisa risueña...

Cuán cara y hermosa era la vida que vivimos juntas.

Pues entonces, con guirnaldas de violetas y dulces rosas cubrías junto a mí tus rizos, ondeantes.

Y con abundantes aromas preciosos y exquisitos unguías tu piel fresca y joven en mi regazo y no había colina ni arroyo ni lugar sagrado que no visitáramos danzando...

Dejó de escribir. De las palabras a los recuerdos, de la memoria al llanto.

Roma, siglo XI d. C.

—¡Que los quemen! ¡Que los quemen todos! —gritó el papa Gregorio VII.

—¿Todos los poemas de Safo? —preguntó su asistente.

—¡Todos! —sentenció el pontífice—. Son poemas de amores perversos. Amores entre mujeres. Contra natura. Todos y cada uno de ellos a la hoguera.

Y las obras de Safo fueron destruidas.

Aleandría, siglo III a. C.

Dos hombres conversaban a las puertas de la gran biblioteca.

—¿Eso dijo Platón? —preguntó Posidipo.

—Eso dicen que dijo —le respondió su interlocutor.

—Esas palabras de Platón no deberán olvidarse. Merecen ser recordadas eternamente.

—Pues recuérdalas en uno de tus epigramas.

—Lo haré.

Y Posidipo, en cuanto llegó a casa, se sentó a escribirlo.

Universidad de Milán, 2001

—Eran nueve musas —continuó la investigadora de Cincinnati—, pero aquí Posidipo nos cuenta que Platón pensaba lo siguiente. Leo literalmente..., cuesta un poco... —Levantó el papiro hacia la luz para ver mejor las palabras medio borradas—. «Algunos dicen que las musas eran nueve. ¡Qué descuidados! Mirad, está Safo también, de Lesbos. La décima.»

—De modo que Platón pensaba que la poetisa Safo era tan buena como las mismísimas musas.

—Eso parece.

Mi sala de escritura, Valencia, 2016

Safo fue la primera gran poetisa del mundo. Joven inteligentísima, brillante, cambió la historia de la poesía clásica griega. Escribía con una técnica perfecta (que apenas podemos apreciar en las traducciones por muy buenas que éstas sean). Pero Safo se enfrentó, junto con su familia, al tirano gobernante en Lesbos y sufrió el exilio. Hermosa y mujer de su tiempo (ahora encajaría de nuevo perfectamente), amaba sin límites a hombres y mujeres. Y, además, lo contaba en los poemas más hermosos, como el que escribió cuando su amada Atthis tuvo que abandonarla para contraer matrimonio. Hubo más amantes, femeninas y masculinos y, gracias a Dios, a los dioses o a las musas, muchos más poemas.

Pero su obra nació para ser condenada a un olvido absoluto por cuatro motivos: en primer lugar, porque su griego no era el de Homero, sino otra variedad arcaica más difícil de entender por los lectores de siglos posteriores, lo que restringía el acceso a sus poemas a no ser que fuera alguien tan culto como, por ejemplo, Platón. En segundo lugar, sus obras, como todas las del mundo antiguo clásico, eran paganas. En tercer lugar, Safo era, más que otra cosa, homosexual. Y por si todo lo anterior fuera poco, aún nos queda lo peor, su mayor delito: era mujer.

El papa Gregorio VII ordenó que toda su obra se destruyera.

Ya antes se habían quemado obras suyas en la Constantinopla del siglo IV. Lo del papa Gregorio VII era el remate final.

Entre unos y otros destruyeron muchos de los pocos libros que aún contenían sus poemas.

Pero Safo, intermitentemente, retorna desde el pasado y nos sigue cantando sus versos desde el Hades: la poetisa de Lesbos continúa enviándonos poemas cruzando los siglos, el tiempo, la distancia, y superando siempre aquel cuádruple olvido. ¿Fue una casualidad que Platón comentara en voz alta su admiración por Safo y que luego sus palabras llegaran a Posidipo, y que éste decidiera inmortalizarlas en un epigrama, y que ese epigrama terminara escrito en un papiro que un embalsamador usó para momificar a una persona, y que esa momia fuera encontrada en el siglo XXI con aquel papiro que contenía aquel epigrama con aquellas palabras del viejo Platón sobre Safo?

¿O eran las musas protegiendo los versos de la poetisa de Lesbos?
¿Seguirán las musas protegiendo los poemas de Safo?

Oxford, 2014

Llovía con la intensidad perenne de los siglos y las gotas estallaban como lágrimas de otro tiempo sobre los cristales de las ventanas. En el interior de la estancia había dos hombres.

—¿Es usted el profesor Obbink? —preguntó un caballero empapado por la lluvia que lo había sorprendido de camino a la universidad. Sostenía un papiro aún enrollado en su mano derecha, bien protegido por un tubo de plástico transparente pero sólido.

—En efecto —confirmó el académico.

El recién llegado abrió el tubo protector y extendió con cuidado el papiro en la mesa. Era otro, diferente al descubierto en la momia estudiada en Milán.

—Está en griego. Siempre he tenido curiosidad por saber lo que dice, si es importante, o no es nada —dijo el hombre de la ropa mojada.

El profesor Obbink se inclinó y empezó a leer.

Primero serio.

Luego más serio aún.

Se llevó el dorso de la mano izquierda a la boca entreabierta.

—No puedo creerlo —dijo al fin—. Es de Safo. Son dos poemas de Safo, inéditos. Nuevos. Es decir, muy antiguos, pero no descubiertos hasta ahora.

Mi sala de escritura, Valencia, 2016

Safo sigue sorteando el tiempo y enviándonos sus poemas desde el lejano siglo VII a. C. Sólo los protegidos por las musas son capaces de tanto. Dicen que Safo misma dijo una vez: «Si la muerte fuera un bien, los dioses no serían inmortales». Pero Safo ha derrotado a los mismísimos dioses: ella ha demostrado que incluso muerta se puede ser inmortal. Sólo que, siendo precisos, Safo no está muerta, sino esparcida, dispersa, repartida toda ella en un sinfín de papiros secretos que, supervivientes a la hoguera, poco a poco, nos van regalando nuevos versos suyos eternos.

Isla de Lesbos, siglo VII a. C.

Safo volvió a pasear por la playa. Atthis se había marchado ya hacía tiempo. Su corazón aún sentía punzadas de agonía. Se detuvo mirando al mar, pero su cabeza seguía inquieta, uniendo palabras para explicarse a sí misma su dolor.

Isla de Lesbos, verano de 2016, siglo XXI d. C.

En la misma playa, una mujer siria con el cadáver de su hijo en brazos llora amargamente su pérdida infinita. Es una nueva Safo perseguida, sólo que muda, sin versos ni palabras con las que inmortalizar su desgracia brutal. Sólo tiene olvido, toneladas ilimitadas de olvido donde sus gritos y su llanto son enterrados por la más inmisericorde indiferencia.

La batalla de Filipos

Grecia, 42 a. C.

Corría sin parar.

Había arrojado la espada y el escudo y no quería ni mirar atrás.

—¿Crees que nos perseguirán? —preguntó uno de los legionarios que, como él, habían abandonado el campo de batalla y echado a correr a toda velocidad tras percibir el absoluto desastre en la lucha.

—No lo sé —respondió.

Pese a que había huido, como el resto, todos se dirigían a él en busca de consejo, pues era el oficial de más rango, un tribuno. Eso lo incomodaba aún más. Esas miradas fijas en él lo avergonzaban.

—¡No lo sé! —insistió—. ¡No sé si nos perseguirán o no, no sé si nos alcanzarán y no sé si nos matarán si nos apresan! ¡Dejad ya de preguntarme, por Cástor y Pólux! ¡Callad todos y corred por vuestra vida! ¡Aún pueden atraparnos!

No necesitó decir más.

Todos callaron para concentrar sus esfuerzos en la huida a toda velocidad del campo de batalla de Filipos. La república romana acababa de terminar para siempre, pero eso no podían saberlo ellos aún. De hecho, aquello ni les importaba. Sólo pensaban en sobrevivir.

Mientras corría, repasaba su vida. ¿Cómo podía haber ocurrido aquello? Él había llegado a Atenas joven y con el ansia de aprender. Había estado estudiando filosofía, retórica y poesía en la academia fundada por Platón. Apenas hacía unos meses había concluido que estaba donde quería, en el lugar perfecto, en el momento indicado.

¿O todo lo contrario? ¡Ah, Fortuna voluble!

Se sentía como Ulises: un juguete en mano de los caprichosos dioses y diosas del Olimpo.

Sin haberlo buscado, aquel lugar hermoso, aquella Atenas de conocimiento y cultura, terminó siendo el peor sitio del mundo en el momento más equivocado. En la ciudad del Tíber, a muchas millas de allí, 23 puñaladas de los *patres conscripti*, de los senadores de Roma, habían acabado con Cayo Julio César, el hombre más poderoso de la república mediterránea. Sin embargo, pese a las sorprendentes noticias de aquel magnicidio, nadie en Atenas pensó que eso pudiera afectarles. Roma en aquella época aún se sentía lejos. Pero los acontecimientos, poco a poco, fueron aproximando el conflicto a Grecia: Bruto, Casio y otros senadores que se habían confabulado para acabar con el poder absoluto de Julio César, al que no habían podido detener de ninguna otra forma, terminaron refugiándose en Filipos, muy cerca de Atenas. Estos hombres, tras asesinar a César, buscaron aliados en su ofensiva contra Marco Antonio y Octavio, el amigo y el heredero de Julio César, respectivamente, que habían prometido vengarse de los asesinos.

La guerra civil había estallado en todas las provincias del estado romano. No era momento de ambigüedades. Ningún noble romano, ningún ciudadano de renombre podía mantenerse al margen. O estabas con unos o con los otros. Con los asesinos de César y su causa, o contra ellos hasta su destrucción total.

A él, la causa de Bruto y Casio, su empeño en intentar terminar con el poder total de Julio César, que parecía devenir en una dictadura eterna, le pareció la opción correcta, y quizá estaba acertado desde el punto de vista moral, pero militarmente no calculó bien su decisión y mucho menos sus consecuencias.

Al principio todo parecía ir bien: Bruto y Casio acamparon con sus legiones en un altozano de Filipos, una posición ventajosa ante cualquier ataque, además de que disponían de acceso al mar, desde el que podían abastecerse gracias a que Ahenobarbo dominaba la flota romana y estaba de su parte. El enemigo, esto es, Marco Antonio y Octavio, por el contrario, sí tenía problemas para el aprovisionamiento de sus legiones. Así, en la tensa espera, mientras pasaban los días previos al combate, el tiempo parecía discurrir a favor de los que estaban con la república.

Ahora, pasada la batalla, sudoroso y agotado, aterrado por si las tropas vencedoras lo apresaban, seguía repasando cómo, en apenas unos días, todo había cambiado.

Marco Antonio, el más osado de los cuatro contendientes en liza, el más valiente y el mejor militar, se lanzó contra las fuerzas de Casio y las derrotó. Casio, viendo que todo estaba perdido en su flanco y creyendo que seguramente Octavio también habría derrotado a las legiones de Bruto, se suicidó. Pero Casio no estaba bien informado. Bruto había vencido a Octavio, que había tenido que esconderse para no ser aniquilado. La primera batalla había terminado pues en empate.

En empate y en miles de muertos.

La segunda batalla, que acababa de acontecer pasados apenas unos pocos días desde la primera, fue la que no terminó en empate: Octavio se reunió con Marco Antonio, mientras Bruto enterraba con discreción a Casio. Marco Antonio volvió a atacar, ahora contra las legiones de Bruto, mientras que Octavio realizaba una maniobra envolvente para desbordar a las tropas del propio Bruto por su flanco izquierdo.

Muchos tribunos lucharon hasta la extenuación junto con sus centuriones y legionarios, pero él no. Nuestro protagonista corrió a esconderse poseído por el terror a la muerte. Bruto acababa de quitarse la vida. El suicidio era una salida digna. Él, no obstante, optó por salir huyendo. Más humillante aún que eso: hasta abandonó su escudo tras de sí. Un guerrero sin armas, corriendo frenético...

¿Fueron acaso los remordimientos los que hicieron que él mismo recordara aquella vergonzante acción suya en un poema?

*Tecum Philippos et celerem fugam
sensi relictæ non bene parmula
cum fracta virtus et minaces
turpe solum tetigere mento.
Sed me per hostis Mercurius celer
denso paventem sustulit aere.*

*Contigo compartí el desastre de Filipos y una huida
poco honorable, abandonando mi escudo de forma innoble*

*cuando el valor desapareció y guerreros amenazadores
caían en aquel innoble campo de combate.
Pero me salvó Mercurio,
tembloroso, envuelto en la niebla.*

Así lo escribió en su libro II de Odas, en la número 7.

La batalla de Filipos terminó. Marco Antonio y Octavio habían triunfado (esto es, Marco Antonio había conseguido la victoria para Octavio). Luego pasarían muchas cosas: los vencedores de Filipos, destruidos los asesinos de César, terminarían por enfrentarse entre ellos en la batalla naval de Actium, donde Octavio consiguió derrotar a la armada de Marco Antonio y Cleopatra. El resto es historia, pero Historia de la que se escribe con mayúsculas: Octavio, eliminados los asesinos de su tío Julio César primero, y muerto también Marco Antonio, que lo había ayudado en la guerra civil y, muy en particular, en la batalla de Filipos, se hizo con el poder absoluto y cambió la forma del estado romano de república a imperio. Octavio recibió el cognomen de Augusto, con el que pasaría a la memoria del mundo, en el 27 a. C., convirtiéndose en el primer emperador de Roma y uno de los más recordados.

Luego está la historia en minúscula.

Octavio Augusto, en un gesto inusual (pues era conocido por no perdonar a ninguno de sus enemigos), ofreció, terminado todo el conflicto militar, una amnistía a algunos de los que habían luchado contra él durante la larga guerra civil, y Horacio se acogió a ella.

El poeta Horacio podría haberse suicidado valerosamente, siguiendo el ejemplo de sus líderes Casio y Bruto en la batalla de Filipos, pero optó por la innoble huida primero y, luego, por aceptar la amnistía del vencedor. Puede que la vida de Horacio no sea material para una buena épica, pero con su huida del campo de batalla se salvó gran parte de las mejores poesías escritas en latín. De hecho, Quintiliano, con frecuencia, decía que los únicos poemas que podían leerse en latín (el gran retórico de Calahorra siempre prefería la poesía en griego) eran los de Horacio.

Ya conocen el dicho popular: «Soldado que huye vale para otra batalla».

El emperador Augusto es el mejor ejemplo de ello, pues de la huida pasó a ser emperador del Imperio romano. No está mal. La cuestión es la siguiente: si ya nadie recuerda que el gran Augusto huyó vergonzosamente en la batalla de Filipos, ¿por qué no le vamos a disculpar al pobre Horacio que también él optara por la huida aquel día? No parece justo ser más exigentes con el poeta que con el emperador.

A cambio de su supervivencia, Horacio nos dejó muchos de los mejores versos de la poesía latina. A veces, soldado que huye vale para escribir.

Buena huida fue.

El escritor invisible

Génova, 1298

Los genoveses, durante su guerra con Venecia, habían apresado a muchos enemigos en las últimas batallas navales y los tenían retenidos, a la espera de cómo fueran las negociaciones de paz. El cobro de rescates podía suponer una importante fuente de ingresos para las arcas de la República de Génova.

Entretanto los prisioneros esperaban.

Esperaban.

Esperaban...

En aquella habitación apenas entraba la luz. No era una celda. Las cárceles estaban llenas. Sus captores habían tenido que recurrir a casas viejas vacías, que habían transformado en prisiones improvisadas tapiando las ventanas con ladrillos. Sólo habían dejado un finísimo tragaluz en la parte superior, donde nadie podía alcanzar a mirar a no ser que uno fuera ayudado por otro preso.

En la esquina de la estancia en penumbra, un poco apartados del resto de prisioneros, había dos hombres: uno de Venecia y otro de Pisa.

Pese a no ser un lugar tan terrible como las temidas celdas subterráneas de las prisiones convencionales, al reo veneciano se le hacía pequeña aquella estancia. Tras varios meses, las paredes parecían ir cerrándose sobre ellos. Echaba de menos, en particular, poder asomarse por las ventanas cegadas por sus carceleros. A falta de visión hacia el exterior, se sentaba junto a la ventana bloqueada y cerraba los ojos, como si durmiera.

—¿En qué piensas? —le preguntó su compañero de Pisa.

—En tigres —respondió el veneciano con sorprendente seriedad, teniendo en cuenta lo extraño de su réplica.

—¿En tigres? —repitió el de Pisa intrigado.

El veneciano abrió los ojos y dio más detalles.

—En tigres, en el Gran Canal, en papel que era dinero, en la corte del Gran Kan, en las costas de la remota Cipango. En todo eso pienso.

El de Pisa lo miraba cada vez más curioso.

—¿Eso es... Asia? ¿No es cierto?

—Sí —confirmó el veneciano, y volvió a cerrar los ojos.

Pasó un largo rato en el que nadie dijo nada. El resto de los hombres dormitaban repartidos por la estancia. El pisano continuó pensando en una explicación a las extrañas respuestas de su compañero de ventana ciega.

—Estar aquí encerrado invita a la imaginación. Yo también me distraigo pensando en las historias del rey Arturo y sus caballeros.

—Ah —dijo el veneciano, abriendo los ojos de nuevo—, pero entre lo que tú haces y lo que yo hago hay una gran diferencia.

—¿Cuál? —preguntó el de Pisa.

El veneciano sonrió al tiempo que daba su respuesta:

—Tú imaginas sobre el pasado; yo, en cambio, lo que hago al cerrar los ojos es recordar.

—¿Recuerdos de Asia? ¿De la corte del Kan en China? Ningún veneciano ni pisano ni genovés ni francés ni español ni portugués ni nadie que yo conozca ha estado allí. Nadie —aseveró con rotundidad.

—Yo sí —dijo el veneciano tajante, sin altanería, simplemente con seguridad plena, y luego cerró los ojos para seguir hablando como si, en efecto, pusiera voz a sus recuerdos—: yo estuve allí, traduje textos para el Gran Kublai Kan, viajé por todo su imperio, estuve durante años en su capital, visité lugares que nadie podría imaginar...

El de Pisa negó con la cabeza e hizo una mueca clara de incredulidad, pero aquel gesto no desalentó al veneciano en absoluto, quien prosiguió narrando pasajes tan sorprendentes como increíbles. El pisano lo escuchó durante varias jornadas como quien escuchaba a las viejas narrar relatos de brujas a la luz de una lumbre en los pueblos de las montañas. De hecho, tardó bastantes días en empezar a creer que lo que se le contaba pudiera ser cierto, pero cuando las

descripciones se volvieron tan detalladas, los acontecimientos tan precisos y la pasión en el relato por parte del veneciano tan vibrante, al fin el pisano quedó completamente persuadido de que su compañero de encarcelamiento, en efecto, había estado allí donde nunca antes había llegado ningún cristiano. Fue entonces cuando Rustichello da Pisa, que así se llamaba el prisionero pisano, se dirigió a su compañero con una sugerencia:

—Deberías escribir todo lo que has visto en tus viajes en un libro para que lo que has aprendido no se pierda contigo, sino que sirva para aquellos que en el futuro quieran viajar de nuevo hacia esas regiones remotas del mundo.

El veneciano se encogió de hombros. Nunca había pensado en ello.

Rustichello necesitó unos cuantos días para persuadir a su compañero viajero de que aquel libro debía ser escrito.

—Pero yo no soy escritor —opuso al fin el de Venecia como forma indiscutible de cerrar aquel debate absurdo.

Rustichello, sin embargo, se echó a reír.

—No entiendo a qué viene tanta risa —dijo el veneciano.

—Pero yo sí —replicó Rustichello—. Tanto hablar de ti y de tus viajes, pero ni tan siquiera me has preguntado qué soy yo.

El veneciano lo miró fijamente. Eso era cierto. ¿Quién era aquel hombre a quien le había estado contando todos sus viajes? ¿De qué viviría antes de terminar en aquella maldita prisión genovesa? El pisano, como si le leyera el pensamiento, le respondió con rapidez:

—Yo soy escritor. Atrapado en esta guerra, como tú, como tantos otros, pero escribir es lo mejor que hago.

El veneciano, pasados unos días más, al fin cedió y, uno a uno, fue dictando a Rustichello da Pisa los acontecimientos del más fantástico de los viajes, desde la república veneciana hasta las costas del mar de China.

Rustichello da Pisa tenía ya escritos algunos romances en lengua provenzal sobre los caballeros del rey Arturo, además de otras obras de cierto mérito, pero pasaría a la historia (esto es, a la historia de los escritores invisibles, pues prácticamente nadie lo recuerda hoy día) por ser la persona que convenció a Marco Polo de que había que dejar testimonio escrito de su maravilloso periplo en lo que hoy día es uno

de los libros de viajes más emocionantes que se hayan escrito nunca. Y digo emocionante porque está escrito con esmero para hacer el relato interesante y no un mero tratado con listas de lugares y tediosas descripciones. Ese ritmo narrativo, esa pasión que genera la lectura del libro se la debemos precisamente a Rustichello da Pisa. Cierto es que Marco Polo le dio un material fascinante, pero no es menos cierto que hasta lo más apasionante se puede contar mal. Rustichello tuvo la pericia de narrarlo con habilidad y emotividad porque era un buen escritor. En algunos casos quizá manipuló los datos que le suministraba Marco Polo y situaba al protagonista de los viajes como actor activo en alguno de los acontecimientos que se narran en el libro (como el episodio de las catapultas, que supuestamente Marco Polo ayudó a construir para el ejército de Kublai Kan). Pero yo acepto estas pequeñas licencias (o grandes, según se mire), pues dotan al relato de la intensidad necesaria para facilitar una lectura ágil. Hemos de considerar, si hacemos caso a la tradición, que Rustichello, como se ha indicado, fue quien convenció a Marco Polo de dejar constancia escrita de sus viajes; de lo contrario, se habrían perdido, lo que habría sido una gran amputación de la historia del pensamiento europeo.

Mención particular merece el asunto de que precisamente por algunas de estas licencias o exageraciones de Rustichello hay todavía hoy cierta controversia sobre si Marco Polo realmente hizo aquel gran viaje o no. ¿Fue acaso todo invención del ingenio imaginativo del propio Rustichello?

Como prueba de que todo pueda ser un gran fraude, se ha apuntado que Marco Polo, por ejemplo, no menciona la Gran Muralla en su relato. Esto, lógicamente, llama la atención. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIII, cuando Marco Polo habría estado en China, la muralla se encontraba casi completamente derruida. De la antigua muralla de las dinastías Qin y Han (siglos III a. C. a III d. C.) apenas quedan hoy día algunos vestigios. Seguramente lo más notable es un lienzo de muro de los emperadores Han que continúa en pie en el llamado paso de Yumen (es decir, la Puerta de Jade) en la China noroccidental, en las proximidades de la ciudad de Dunhuang en la provincia de Gansu. La Gran Muralla que vemos hoy si se visita China es esencialmente la gran reconstrucción hecha por la dinastía Ming en un período muy posterior al del viaje de Marco Polo. Es decir, que lo

raro habría sido que Marco Polo hubiera hablado de una Gran Muralla. Entonces sí que habría sido un fraude todo el relato. Es decir, que lo que muchos arguyen como prueba de que el viaje del legendario veneciano es mentira es, realmente, buena prueba de que el relato se ajusta muy bien a la verdad.

Pero ya ven: hablando de los viajes de Marco Polo, tan apasionantes, es fácil volver a olvidarse del bueno de Rustichello da Pisa, un escritor tan genial como invisible.

La profesional

París, 1390

El caballero se detuvo frente a aquella mansión de aire decadente junto al Sena y pensó qué diferente era de aquel bello palacio de Saint-Pol y sus techos abovedados decorados con frescos hermosos de plantas y animales salvajes.

Negó con la cabeza.

Cuando uno cae en desgracia, cae del todo.

Llamó a la puerta con pequeños golpes, como si no quisiera molestar. En realidad, se habría alegrado si no lo hubieran oído y los sirvientes no hubieran abierto la entrada de la casa, pero allí estaba aquella chica joven, sucia y con ojos asustados, claro indicador de que las cosas no marchaban bien para el propietario de la residencia. En aquel caso, la propietaria.

—Mi señora lo espera —dijo la muchacha, y abrió la puerta un poco más para que el caballero pudiera pasar.

La sirvienta desapareció en busca de su ama, dejando a aquel hombre sacudiéndose el barro de la calle en un suelo de baldosas partidas que necesitaba reparación con urgencia.

En la planta superior de la ruinosa residencia, la muchacha se detuvo en la estancia que hacía las veces de salón y de comedor. La mansión tenía más habitaciones, pero para economizar y no tener que encender más chimeneas, la señora había reducido el uso de las estancias al mínimo necesario.

—Madame, ha llegado el hombre de leyes.

—Que pase —dijo una mujer de veintiséis años sentada en una pequeña butaca que acomodaba bien su delgada figura.

Durante la espera, la señora de la casa suspiró. Al menos, esta vez no era otra incómoda visita de alguno de los múltiples acreedores a los que tanto dinero debía.

La sirvienta regresó junto al abogado y lo invitó a ascender por la escalera hasta el primer piso, donde lo esperaba la señora. A medida que ascendía, el caballero pudo observar marcas rectangulares en las paredes en los lugares donde hasta hacía muy poco había habido cuadros que se habían vendido, en un intento por mantener la posición económica y sobrevivir en aquella Francia que había dado la espalda a la joven viuda.

La mujer se levantó y lo recibió con una amplia sonrisa. La voz era dulce. El rostro, pese a la amargura de los recientes padecimientos, pese al dolor por la muerte del esposo querido, era hermoso.

—¿Tenemos noticias entonces? —preguntó ella con rapidez—. Vos no sois hombre de visitas de cortesía. Se os conoce por persona tan ocupada como docta.

Él agradeció el cumplido con una leve reverencia.

—Madame, como siempre, es certera en sus intuiciones. No, no se trata de una visita de cortesía. —Se aclaró la garganta.

—Traed agua para el caballero —dijo ella, mirando a la sirvienta, que aún estaba en la puerta esperando instrucciones, y luego añadió una frase con su faz hacia el hombre de leyes—: Agua es de lo poco que aún puedo ofrecer.

—No, no hace falta nada. Gracias. Me voy enseguida. Tengo más asuntos..., pero en esencia mis noticias no son buenas. Han rechazado nuestras apelaciones.

Ella se lo tomó con sosiego en la superficie de su rostro, pero en el interior, el corazón empezó a latir con más fuerza. De ella dependían sus hijos y no había hombre que le procurara sustento alguno. Todo dependía de aquella reclamación que había interpuesto con relación a la herencia de su esposo y ahora... todo parecía perdido. Primero había muerto el rey Carlos V de Francia, protector siempre de su familia. Luego falleció su padre, gran médico de la casa real, y apenas hacía unos meses, había fallecido su esposo, secretario del difunto rey.

Se llevó la mano al pecho e intentó tranquilizarse. No debía pensar de esa forma ni maldecir. Ni era piadoso ni conducía a solución alguna. Sin embargo, repasar los hechos de su caída en desgracia la aturdió: en la nueva corte, ni la figura de su padre ni la de su marido muerto eran queridas. Había una especie de caza de brujas contra los antiguos asesores reales. Ella estaba sola y el dinero que debía heredar de su esposo para ella y para sus hijos, su salvación, había sido confiscado por mercaderes oportunistas que vieron en su debilidad y soledad una ocasión fácil para hacerse con una fortuna por la que ella apenas tenía medios para luchar.

—Lo que queréis decirme —empezó a decir la joven señora al fin, una vez había digerido el mensaje del caballero— es que no recuperaré nunca lo que por derecho pertenece a mi familia.

—No exactamente. Los documentos que me habéis entregado son incuestionables y presentados ante un tribunal imparcial darán la razón a vuestra merced. Pero encontrar un juez imparcial en estos tiempos de zozobra llevará meses, años incluso, y tiempo es algo que mi señora no tiene, pues... —pero aquí se detuvo. No quería decir nada que pudiera resultar humillante.

—Pues durante ese tiempo necesitaré dinero para subsistir, para proveer para mis hijos y para mí, para pagar a mis acreedores y para pagaros a vos por vuestros servicios.

—La amistad que me unía a vuestro padre es demasiado grande como para importunaros con mis honorarios. Como os dije, acepto cobrar por mis servicios sólo en el caso y en el momento en que lo recuperéis todo.

—Sois generoso —admitió ella con un largo suspiro.

Hubo un largo silencio.

Entró la sirvienta con una jarra de agua y un vaso en una bandeja que dejó en la mesa, cerca del caballero. Éste no tenía sed, pero se sirvió y bebió.

—Quizá algún prestamista... —se atrevió a aventurar él, dejando el vaso de nuevo sobre la mesa.

Pero ella lo interrumpió de inmediato.

—Ya lo he hecho y me acosan ahora con más saña que el más vil de mis acreedores anteriores. No, ése no es el camino.

Él se dio cuenta de que ella hablaba como si hubiera encontrado algún tipo de solución o como si, al menos, hubiera tomado alguna determinación sobre lo que iba a hacer en el futuro próximo.

—¿Habéis reconsiderado entonces lo de ingresar en un convento? —preguntó él—. Sois culta y allí vuestros conocimientos serán apreciados y no ignorados o temidos como en la nueva corte.

Ella inclinó levemente la cabeza hacia un lado.

—Lo he considerado, ciertamente. Pero no. Eso será el recurso final. Mi padre y mi esposo no sólo me dejaron ese dinero del que se han apropiado mis enemigos. Me legaron algo más.

El abogado miró a su alrededor. Las paredes de la estancia también estaban prácticamente vacías, sin cuadros ni adornos ni cortinajes. Una mesa, unas sillas, la chimenea prendida con una lumbre insuficiente para caldear la amplia sala. Sólo había una serie de torres de viejos volúmenes apilados aquí y allá sin aparente orden.

—Sólo veo libros —dijo él.

—En efecto —respondió ella—. Vos mismo lo habéis dicho antes: tanto mi padre como mi esposo me criaron entre esos y otros muchos libros. Me dieron una educación sobresaliente, nada que ver con la de ninguna otra mujer de mi edad y condición. Así que ya sé cómo ganaré dinero.

El caballero miraba a las pilas de viejos volúmenes.

—Ya entiendo. Pensáis en vender estos libros —dijo mientras miraba a las pilas de volúmenes y calculaba cuánto dinero se podría extraer de la venta.

—No. Nadie ha hablado aquí de vender los libros.

El caballero arrugó la frente.

—No veo entonces de qué forma...

—Escribiré —dijo ella, interrumpiéndolo de nuevo.

El veterano hombre de leyes se lo pensó antes de replicar, pero se sintió en la obligación de aconsejar una vez más a aquella viuda, hija de su amigo muerto.

—No hay mucho dinero en ese negocio. Es un trabajo harto precario.

—Yo cobraré por escribir y cobraré bien.

El abogado insistió. Tenía que hacerle ver que lo que ella planteaba era un dislate.

—Perdonadme, nada más lejos en mi ánimo que ofenderos, pero sois... sois... mujer.

—Lo sé.

La determinación en aquel absurdo era tal que el viejo abogado se limitó, al fin, a inclinarse y salir de aquella casa aún más apenado de lo que había entrado. La hija de su amigo, en su infortunio, había perdido no sólo su dinero, sino también la razón. La desgracia la había trastornado para siempre.

Madame Pizán, sola en aquella estancia de aquella mansión en ruinas junto al Sena, se sentó a la mesa con una hoja en blanco frente a ella, una pluma y un tintero y empezó a escribir. El abogado no lo sabía, pero ella ya tenía un encargo. El primero de una larga serie.

Cristina de Pizán era hija de Tomás de Pizán, médico y astrólogo de renombre en la república de Venecia. Su padre accedió a incorporarse a la corte del rey Carlos V de Francia como médico y asesor real. Educó a la pequeña Cristina en la cultura y en el saber como si de un muchacho se tratara, y la joven lo asimiló todo con tremenda presteza. El propio rey, en una audiencia que concedió a la familia de Pizán, se sorprendió del ingenio de la muchacha y le permitió, entre otras cosas, que accediera a la biblioteca de la casa real de Valois, germen de la que luego sería la Biblioteca Nacional de Francia en el París de hoy día.

A los quince años, y de acuerdo a las costumbres de la época, la adolescente Cristina de Pizán fue entregada en matrimonio a un hombre bastante mayor que ella, Étienne du Castel, pero en lugar de que este enlace supusiera el final de su educación humanística, su vida en pareja consistió en una hermosa combinación de aprendizaje, cultura y felicidad. Su esposo quedó prendado no sólo por la belleza de su joven mujer sino también por su conocimiento, y siempre la animó a seguir leyendo. Tuvieron hijos. Todo marchaba bien hasta que primero la muerte del rey, luego la del padre y finalmente la de Étienne en una epidemia de peste dejaron a la aún joven madre sola y desasistida en una corte ahora hostil y con la fortuna de su esposo intervenida por comerciantes enemigos sin escrúpulos. Sin embargo, su espíritu y su educación la condujeron por un camino tan osado

como sorprendente para una mujer de finales del siglo XIV: sus poemas compuestos a la muerte de su esposo, llenos de sentimiento y escritos con gran pericia literaria, llamaron la atención de muchos cortesanos y aristócratas, que empezaron a encargarle baladas para seres queridos de sus propias familias; baladas por las que estaban dispuestos a pagar bien. Y de los poemas pasó a las biografías, pues pronto se le encargaron relatos en prosa más extensos sobre diferentes familias, incluso uno sobre el mismísimo rey fallecido. Las baladas y las biografías la hicieron famosa y le dieron los medios económicos necesarios para pleitear y recuperar la fortuna de su familia.

Cristina de Pizán era una *rara avis* en aquel mundo de hombres. Demasiado rara y demasiado atrevida. Empezó a escribir sobre los derechos de las mujeres. Su libro *La ciudad de las damas*, un auténtico manifiesto en favor del reconocimiento de los derechos de la mujer y que muchos hoy día reivindican como germen de ideas feministas, supuso una sacudida demasiado grande en aquella Francia entre medieval y renacentista. Pronto se trabajó para que Cristina de Pizán fuera convenientemente olvidada por las futuras generaciones, sobre todo, de mujeres. E hicieron sus enemigos una labor notable. Pocos recuerdan a Cristina de Pizán en el siglo XXI.

Pero existió.

Su última obra fue una biografía sobre otra mujer vilmente maltratada por la sociedad de su tiempo, Juana de Arco.

A los sesenta y cinco años dejó de escribir, pero sus libros no están mudos y nos siguen hablando de una mujer que no vio techos de cristal o, si los vio, los rompió con la energía de su voluntad.

Ángeles Caso, en su magnífico libro *Las olvidadas*, recrea con buen pulso narrativo su vida junto a la de otras fascinantes mujeres del pasado. La editorial Siruela publicó en 2000 una excelente edición de *La ciudad de las damas* de Cristina de Pizán, con magnífica traducción de Marie-José Lemarchand. Leyéndola, Cristina me descubrió más de una poeta que desconocía. Mujer tan sabia como audaz.

El inquisidor

Para Fa Orozco

Nueva España (México), año del Señor de 1691

—El inquisidor ha llegado ya, madre —dijo la novicia con voz temblorosa, mirando a una monja veterana de más de cuarenta años de edad rodeada por varias hermanas.

El silencio más absoluto se había apoderado de todas.

—Dejadlo pasar —respondió la monja veterana.

La novicia dudó un instante, se quedó inmóvil, pero la mirada penetrante de su superiora, la decisión en aquella faz, aquel semblante sereno pese a la inminente catástrofe, la hizo alzarse al fin, dar media vuelta y dirigirse a la entrada del convento.

La novicia se detuvo junto a la puerta. Otras dos, más jóvenes aún que ella, esperaban instrucciones. Les temblaban las manos.

—Abrid —dijo, como si no quisiera, pero lo dijo.

Con lágrimas en los ojos las dos muchachas aprendices de monja recorrieron los pestillos y tiraron con fuerza de la pesada puerta. Ésta se abrió con un crujido que se les antojó el anuncio de la llegada del mismísimo diablo, aunque pensar eso fuera pecado. No importaba: para ellas se trataba de un satanás enviado por la propia Iglesia. No entendían ya nada. Sus creencias se derrumbaban.

En el umbral de la puerta se dibujó la figura del inquisidor. Un hombre mayor, cubierto de pies a cabeza por su hábito oscuro, en parte por la tradición, en parte por el frío de la madrugada.

No dijo nada. Entró seguido de un joven mozo que le servía como asistente. Un novicio de otra orden. El joven arrastraba un pesado arcón que habían descargado del carruaje que los había conducido hasta el monasterio.

—Serán los instrumentos —dijo una de las novicias a la otra. Habló en un susurro casi imperceptible, pero no para los oídos del inquisidor, acostumbrado a escuchar confesiones en voces agobiadas por la culpa que apenas pronunciaban suspiros de palabras.

—Llévame ante ella —dijo él con voz rotunda, poco acostumbrado a dilaciones innecesarias.

Obedecieron, caminando las tres por delante de él, conteniendo unos sollozos trémulos que las agitaban por dentro y por fuera.

Se detuvieron ante una de las celdas abiertas: ni más grande ni más ventilada ni con más luz que las otras. Pese a que la acusada era nada más y nada menos que la tesorera del convento y disfrutaba del respeto de todas las demás, no usaba su condición para disfrutar de privilegios mundanos. Esto es, más allá de su colección de aparatos científicos y, por encima de todo, de su biblioteca.

—Dejadnos solos —dijo el hombre.

Las novicias se desvanecieron casi como por ensalmo y las monjas que acompañaban a la tesorera en su tensa espera también salieron, eso sí, algo más despacio.

El inquisidor entró en la celda y habló al tiempo que veía cómo las novicias desaparecían corriendo.

—El miedo da alas al atormentado y celeridad a los débiles de espíritu.

—Que Dios esté con vos, padre —dijo la monja veterana a modo de recibimiento y eludiendo comentar nada sobre los nervios de las novicias.

—Y con vos, hermana, sobre todo que esté con vos —respondió el inquisidor, centrando ya su atención en la tesorera del monasterio. No hacían falta más presentaciones entre ellos. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Él sabía gran parte de sus secretos y ella de él los intuía.

Se oyó un *clang* poderoso en el exterior.

El inquisidor suspiró.

—Es mi asistente —aclaró—. No es capaz de dejar un arcón en el suelo con el sosiego debido para no importunar el voto de silencio. Aprenderá con el tiempo, pero, de momento, es menester que tenga paciencia con él y sus torpezas.

—La paciencia es gran virtud —apostilló ella—, pero sentaos, por favor. No pesará el arcón porque llevéis libros, ¿verdad? Esa sería gran noticia en estos lares.

El inquisidor sonrió.

—Vuestras novicias creen que en el arcón llevo los instrumentos de tortura.

Se hizo un silencio.

—¿Y los lleváis? —preguntó ella con seriedad.

El inquisidor dejó de sonreír.

—Bien sabéis que no, pero la gravedad en vuestra pregunta es atinada. Teméis un interrogatorio más descarnado y cierto es que incluso eso podría llegar si permanecéis en vuestra obstinada actitud.

—¿Es obstinación decir lo que pienso sobre el Señor en lo divino y sobre los hombres en lo mundano? —inquirió ella.

El inquisidor suspiró de nuevo.

—Veo que vais directamente al asunto. Quizá estéis en lo correcto. No tenemos tiempo para tardanzas. —Tomó aire para pronunciar la sentencia preestablecida—. Debéis dejar de escribir y debéis, además, dejar testimonio escrito de esa decisión.

—Aún no he sido juzgada y ya me habéis condenado.

—Vos, mejor que ningún otro, sabéis cómo funciona esto. Por eso solicitasteis que yo llevara vuestro caso.

Ahora fue ella la que sonrió.

—Eso que decís es cierto. Siempre pensé que alguien que me conociera bien sería menos hostil, pero os veo con talante sombrío. Temo que aún no hayáis compartido conmigo la sentencia de la que soy objeto en su totalidad.

—Vuestra capacidad de percepción no flaquea pese a los años —respondió él—. En verdad, vuestro testimonio escrito y firmado por vos explicitando que dejáis de escribir es sólo parte de la condena. Además... —Se pasó el dorso de la mano por los labios resecaos; le habría gustado un poco de vino en ese momento, pero no pensaba dilatar los sinsabores con placeres efímeros—. Además, habéis de entregarme vuestra colección de instrumentos científicos y, por encima de todo, vuestros libros.

—¿Mi biblioteca? —dijo ella y se levantó.

Por primera vez, su voz dejó escapar una emoción.

—La biblioteca entera —confirmó él.

—¿Tan graves han sido mis crímenes? —preguntó la monja al tiempo que volvía a sentarse y recuperaba la compostura.

—A ver, hermana, habéis criticado en vuestros escritos, en reiteradas ocasiones, a Antonio Vieira, y Vieira es el teólogo más admirado de nuestro arzobispo. ¿Qué esperabais?

—Protección, como he tenido en otras ocasiones —replicó ella.

Él sacudió la cabeza.

—La virreina Leonor ya no está entre nosotros, ni su esposo. Y el nuevo virrey bastante tiene con someter los levantamientos, las algaradas constantes, detener esta hambruna y luchar contra la peste que nos asola. No es momento de disensos y menos... —Se detuvo, la vieja amistad de antaño lo refrenó.

—Y menos venidos de una mujer —dijo ella para terminar la frase inconclusa.

—Cierto. Y menos de una mujer. Por Dios, si es que no habéis dejado a nadie en pie. Por criticar habéis atacado a todos los hombres sin excepción.

—No ha sido tanto —refutó ella.

—«Hombres necios» era el título de uno de vuestros poemas, ¿o no es así?

Ella calló primero y luego iluminó su rostro con una sonrisa. No pudo evitarlo.

—Soy presa de mis palabras.

—Rea, convicta y sentenciada —especificó él.

—Como Galileo —añadió ella en voz baja.

El inquisidor Miranda apretó los labios y frunció el ceño.

—Hermana, yo no leo libros prohibidos y vos tampoco deberíais sentir semejante inclinación.

La monja asintió. Era mejor no tensar más la cuerda y empezar a someterse. La paciencia de quien fuera su amigo, además de su antiguo confesor, podría terminarse y, como él había dicho y ella misma sabía, cualquier otro juez sería mucho peor como enviado del Santo Oficio.

—Un arcón no os bastará para llevaros mis libros.

—He traído un carruaje.

—No sé si os bastará —insistió la monja con una nota de orgullo en el comentario.

—Percibo vanidad en vuestras palabras.

—Es posible, pero no ha de sorprenderos encontrar imperfecciones en mí si el Santo Oficio os envía.

El inquisidor no quiso entrar en aquel debate.

—¿Cuántos libros son?

—Cuatro mil. Libro más o libro menos.

Miranda parpadeó varias veces.

En 1691, la monja sor Juana Inés de la Cruz, erudita y escritora, científica y autora de hermosos poemas y magníficas piezas teatrales, fue objeto de investigación por la Inquisición. Sor Juana había despuntado por su inteligencia y por su ansia de saber desde niña. Vinculada a la corte del virrey de Nueva España (México), llegó a ser examinada por un elenco de sabios profesores universitarios y a todos respondió con acierto. Se le negó, no obstante, por su condición de mujer, el acceso a la universidad. Sólo le quedaba un camino para poder dedicarse a la investigación y a las letras: la religión. Así, rechazó varias propuestas de matrimonio (intuía que no iba a tener la fortuna de encontrar un marido tan abierto de miras como el que tuvo Cristina de Pizán) e ingresó en el convento de San Jerónimo en México. Algunas fuentes apuntan a que incluso llegó a mantener correspondencia con intelectuales de la talla de Isaac Newton. Yo no he sabido encontrar prueba de tales cartas, pero bien podría haber sido: capacidad para debatir y formación no le faltaban a sor Juana y bien pudiera haberse entendido con el investigador inglés en el latín que ambos dominaban. Hasta aquí todo bien. Pero sor Juana Inés de la Cruz, considerada por muchos como otra de las primeras feministas de la historia, en poemas, cartas y diversos escritos demandó una mejor educación para las mujeres y un trato de igualdad con los hombres. Y se atrevió a manifestarlo reiteradamente en medio del siglo XVII. Estuvo bajo la protección personal de la virreina Leonor durante años, pero tras el fallecimiento de ésta, el arzobispo de México Aguiar y Seijas, que despreciaba a las mujeres, arremetió contra ella: una carta escrita por sor Juana criticando al teólogo portugués

Antonio Vieira, muy de la ideología del arzobispo, fue el detonante. El Santo Oficio intervino y, según la versión oficial, apoyada en biografías como la que Octavio Paz redactó de sor Juana, la escritora mexicana fue obligada a abandonar las letras para siempre, entregar su biblioteca y dedicarse de pleno a la vida en el convento. Tres años después, sor Juana Inés falleció por enfermedad.

Existe, no obstante, una visión alternativa a este desenlace. Una interpretación del final de la vida de sor Juana Inés defendida, entre otros, por diferentes trabajos del Departamento de Español, Portugués y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estocolmo. Según esta tesis, sor Juana Inés sabía que expresar públicamente sus ideas sobre los derechos de la mujer le traería problemas, pero aun así lo hizo, abriendo un debate que aún andamos resolviendo en el siglo XXI. Pero no era ingenua. Cuando se vio rodeada de enemigos, perdida la protección de la corte de Nueva España, en lugar de esperar sin hacer nada su segura defenestración, se dirigió a su viejo confesor para que éste actuara como inquisidor del Santo Oficio. De esa forma se anticipó a los acontecimientos y se aseguraba un intermediario entre la autoridad eclesiástica máxima y ella menos hostil de lo que el arzobispo de México hubiera deseado. Es cierto que entregó su colección de objetos científicos y musicales y, sobre todo, su famosa y temida biblioteca. Y es cierto que también entregó un escrito firmado por ella donde, supuestamente, se comprometía a abandonar todas sus actividades extraconventuales. Pero como subraya el propio Octavio Paz, si bien sor Juana puso por escrito que renunciaba a «los estudios humanos», no se puede encontrar en aquel documento una frase donde explícitamente sor Juana admita que nunca más volvería a dedicarse a las letras. ¿Estaba incluida la literatura en los estudios humanos? No está claro. Lo que sí sabemos es que sor Juana siguió escribiendo y enviando sus textos a España para que fueran publicados allí. Y también sabemos que, cuando falleció en 1694, en el inventario de objetos encontrados en su celda figuran nuevamente más utensilios científicos e instrumentos de música (pasiones que seguía cultivando), además de una nueva e incipiente biblioteca de ya 180 volúmenes.

Pertinaz en el pecado hasta el final.

Recordemos algunas líneas de su revolucionario «Hombres necios»:

*Hombres necios que acusáis
a la mujer, sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.*

*Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?*

*Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.
[...]*

*Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.*

*Opinión, ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.*

*Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.*

*¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende?,
¿si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?*

Se quedó desahogada sor Juana Inés con la redondilla y, además, se las ingenió para soslayar la mordedura mortal de la Inquisición. Ciertamente, mucha sor Juana para tanto hombre necio.

Leila no cabía en un poema

París, 1852

Una granadina hermosa marchó a la gran capital de Francia. Pisaba los adoquines de los bulevares de la enorme ciudad con ese garbo inasumible para una Francia que pronto se le quedaría tan pequeña... Napoleón III, sobrino de Napoleón Bonaparte, acababa de restaurar el imperio, pero el mundo de aquella joven española se circunscribía, por el momento, a la red de caballeros que la cortejaban. Y no eran precisamente don nadies los que la pretendían: la visitaban los más grandes. El hijo de Dumas, por ejemplo, era uno de los pretendientes habituales, pero ella no era de hijos de famosos; ella no estaba para segundones. El gran escritor y político Lamartine se acercó a su vera, pero ella no cedía.

Tendría que venir alguien especial, un conquistador nato, colosal, para rendirla. Pero ¿quién podría estar en ese París de mediados del XIX con tanta fortaleza de ánimo como para emprender semejante empresa? Tuvo que llegar él, José Zorrilla y Moral, el autor de *Don Juan Tenorio*, para acometer semejante conquista. Y es que Zorrilla, como tantos otros antes que él, quedó prendado, cegado, maravillado por la granadina. Pero él, al contrario que los anteriores pretendientes, tenía no ya el dominio de la palabra, sino el dominio del verso. Le escribió poemas dirigidos a un sobrenombre especial creado por él sólo para ella: la bautizó como *Leila*. El apodo era un poco por poesía y un mucho porque a una señorita de su nivel no se le hacían poemas con su nombre real puesto en el título. Y allá fue Zorrilla:

¡Léila, yo te amo!

*Ambiente que el desierto de mi alma llena,
fuentecilla que mana bajo la arena,
tu presencia es la vida que me sostiene,
tu vista el alimento que me mantiene.
Tortolilla que arrullas sola en tu nido,
yo soy la compañera que habías perdido:
flor que mece mi aliento con suave arrullo,
yo soy la mariposa de tu capullo.
Abre, pues, tus balcones á mis cantares
y á mi alma de tus ojos los luminares.
Sal, mi lucero,
para que yo te diga cuánto te quiero.*

Eso le recitaba Zorrilla. Muchas habrían sucumbido a este certero embate, pero ella se resistía y el poeta del *Don Juan* tuvo que zafarse en el desconocido territorio para él del desdén. Zorrilla puso entonces aún más ganas y versos de altura en el empeño:

*Te quiero, Léila mía, con tal exceso
que te diera mi vida por solo un beso.
Te quiero más que á mi alma; me es de tal modo
la vida, sin tí, nada; contigo todo.
Te quiero como al áura quieren las flores,
como á la luz del alba los ruiseñores;
te quiero cual los pájaros quieren al viento,
cual los peces las ondas de su elemento:
como la madre al niño, como la hiedra
del muro á que se ciñe quiere á la piedra.*

Pero ella no daba a torcer la determinación de su voluntad y no aceptaba al pretendiente poeta. Así las cosas, José Zorrilla tuvo que remangarse y bajar a la arena de la contienda amorosa para emplearse a fondo, como no se había empleado nunca:

*[...]
faro que en mi alma nunca su luz consume,*

*tus ojos son espejos en que me miro
y tu aliento es el aire con que respiro:
tu voz es á mi oído música grata
cual de arpa que en el viento su són dilata:
tus palabras del cielo son armonía,
los besos de tu boca miel y ambrosía;
son tus recuerdos dulces, ¡oh dulce dueño!
pabellon cuya sombra me guarda el sueño.
Rompe el tuyo un instante si estás dormida:
sal a dar con tus ojos luz á mi vida:
a tu balcón un punto sal, mi embeleso,
y en el aura nocturna mándame un beso.*

Parece que, al fin, prendió la llama del amor, pero aquí nuestro Zorrilla se mostró, como siempre, hombre de tantos poemas como de tantos amores, no de uno solo, y dejó a nuestra Leila como si, una vez conquistada, el atractivo decreciese.

Ella, no obstante, no perdió la razón ni se descompuso y, una vez recuperada de aquel flirteo en verso rimado, se rehízo y casó bien. Baronesa se hizo, nada más ni nada menos. Él era un hombre que, como ella, gustaba de la cultura y los viajes. Todo apuntaba hacia una vida placentera, pero él murió. Le dejó, sin embargo, el regalo de una niña. Todo marchaba aún razonablemente bien y entonces llegó el mazazo en la línea de flotación, la vida partida, el alma rota, hundida, destrozada: la hija muere a los cuatro años. Toda madre muere de alguna forma cuando muere un hijo, una hija. Ella también, o, al menos, parte de aquella impetuosa granadina falleció aquel día. Pero Leila, ahora conocida por todos como la baronesa de Wilson, no era cualquier mujer. Mary Shelley escribió *Frankenstein* cuando perdió a su hija. La británica escribió sobre cómo devolver la vida a un ser muerto justo tras haber sufrido ella un aborto. Del mismo modo, Leila, la baronesa, en medio de su dolor incontenible, necesitaba de su propio vástago literario para superar el naufragio de su vida, pero a la poeta y escritora granadina no le bastaría un libro. Ella necesitaba un continente entero.

Siempre contó que de niña leyó en la biblioteca de un amigo anciano las historias de Colón en América. Éste fue su nuevo vástago,

su camino hacia la supervivencia más allá de la incontrolable tragedia personal de la pérdida de su hija.

La baronesa de Wilson embarcó para el Nuevo Mundo y viajó por él sola. ¿Un viaje? No. Eso sería convencional. De sólo pensarlo la hacemos muy de menos a esta literata olvidada pero inabarcable con una mirada y mucho menos con un poema. Realizó hasta seis viajes por todo el continente americano. Desde Canadá hasta la Patagonia, desde el gélido norte hasta el helado sur, pasando por montañas y lagos, cataratas y volcanes. Y todo lo retrató en uno de los mejores libros de viajes de la literatura en lengua española, tan olvidado como necesario para entender aquel continente en la segunda mitad del siglo XIX, para comprender aquel continente hoy mismo. *Maravillas americanas* es una magna obra en la que la autora nos describe todo un vasto mundo, ya sea el lago Titicaca o los Andes, ya sean las costumbres de los indios o los grandes políticos de aquella gigantesca región del orbe. Los presidentes de los nuevos países americanos le abrían los archivos nacionales. Todo lo que la baronesa pedía con relación a la cultura se le concedía.

La baronesa de Wilson, como gustaba firmar muchos de sus artículos y obras literarias, o Emilia Serrano de Tornel, en su nombre completo de segundas nupcias (pues al fin volvió a casarse), es la autora de libros de viajes más importante de nuestra tradición literaria y la que mejor ha descrito el continente americano en su geografía, en su historia y en su política. Viajaba sola, pero no como turista. No había país al que llegara en el que no terminara siempre dirigiendo la más prestigiosa revista de cultura que hubiera. Y si no la había, la fundaba.

En otros países, a sus autores de libros de viajes los recuerdan; aquí, en España, ya imaginan que eso no sucede. En otros países europeos viven conectados de un modo u otro con aquellas regiones del mundo con las que compartieron siglos de historia. Aquí, ya saben, vivimos de espaldas a América, como si nunca hubiéramos tenido una dilatada historia común. Una magnífica forma de romper esa cerrazón, esa ceguera torpe de la actual España, es leer de nuevo o leer por primera vez cualquiera de las obras de la baronesa de Wilson sobre América. Vean el principio del segundo volumen como botón de muestra:

Abismada en la contemplación de una grandiosa puesta de sol, había permanecido más de una hora, sin que lograra arrancarme de mi arrobamiento el alegre y juvenil charlatanismo de las encantadoras muchachas que paseaban por el malecón de Chorillos, mientras que yo miraba al rey de los astros sumergiendo su disco de fuego allá en el horizonte, en un piélago inmenso de nubes y entre las rompientes del mar.

Ay, José Zorrilla, por mucho don Juan que fueras, por mucho *Don Juan* que escribieras, Emilia Serrano, baronesa de Wilson, simplemente no cabía en un poema, ni siquiera en uno de los tuyos. Eras poco hombre para tanta mujer. Pero que no se aflija el autor del *Tenorio*, pues Emilia era mujer a quien un hombre no bastaba; ella era mujer que necesitaba un continente entero y contra eso no hay hombre que pueda.

El libro de Josephine

Nueva York, 26 de febrero de 1899

En la habitación del hotel Grenoble, en la esquina de la Séptima Avenida con la calle 56, había un hombre enfermo en la cama, su esposa a su lado y un médico.

—Su marido está realmente grave —dijo el galeno, y bajó la voz mientras seguía hablando señalando a la pequeña Josephine de sólo seis años—. Y la niña también. Es neumonía y puede complicarse mucho, además de ser contagiosa. Lo mejor es que su esposo permanezca donde está, que se lleve a los demás hijos de aquí y que a Josephine la acomode en algún otro lugar. Así evitaremos contagios por un lado y, por otro, quizá por separado el padre y la niña enferma mejoren.

Carrie, la mujer del escritor, asintió. Todo se organizó rápidamente: su marido permaneció en aquella habitación y ella, en una vivienda con la pequeña Elsie, de tres años, y con John, de dos. Josephine fue a casa de unos amigos.

La portada del *New York Times* se hizo eco de la enfermedad del famoso escritor:

AÚN HAY ESPERANZAS. EL INFORME MÉDICO DE LAS 9 DE LA NOCHE DE AYER CAUSÓ GRAN TEMOR. LA ENFERMEDAD EN SU MOMENTO CRÍTICO.

Pasaron los días.

La fiebre parecía remitir y, una tarde, el escritor pudo sentarse junto a la ventana y ver las largas colas de gente que quería asistir a un concierto en el flamante Carnegie Hall, situado justo al lado del hotel Grenoble.

—La vida sigue... —dijo entre dientes. Se sintió, una vez más, débil y regresó a la cama.

Pero la recuperación prosiguió.

—¿Y los niños? —preguntaba a todas horas.

—Bien, están bien... —respondía Carrie.

—¿Y Josephine mejora... como yo? —inquiría él, buscando más precisión.

—Sí..., también.

Él cerraba entonces los ojos más sosegado y volvía a dormirse. Junto a la cama estaba también Frank Doubleday, el editor y amigo personal del escritor. Siempre que Carrie confirmaba la recuperación de Josephine, ella lo miraba. El editor asentía en cada ocasión, a cada mentira.

El 16 de marzo, el *New York Times* ya se hacía eco de la recuperación del autor británico, pero lo más trágico no llegaba a ser recogido por las páginas del diario. De hecho, la familia lo había ocultado por temor a que la noticia pudiera perturbar la recuperación del aún convaleciente autor.

—Quiero ver a los niños —dijo el escritor una mañana.

Y le trajeron a John y a Elsie.

—¿Y Josephine? —preguntó él después de abrazar a los pequeños.

Carrie cogió a los niños de la mano y se dirigió con ellos a la puerta de la habitación. El escritor pudo ver las lágrimas en los ojos de su esposa. Su silencio era demasiado revelador. El autor se quedó a solas con Frank. El editor miraba al suelo.

—Si Carrie no puede decírmelo... —dijo el escritor, pero sin terminar la frase.

El editor seguía mirando al suelo.

—Nos conocemos desde hace muchos años, Efendi —continuó el autor, usando el apodo que le diera a su editor por sus iniciales: E. F. D., empleándolas para crear la palabra árabe que significaba «señor» y con la que se refería a su editor desde hacía tiempo de forma cariñosa —. ¿Dónde está Josephine, Efendi?

Frank Doubleday, editor de Kipling en Estados Unidos, respondió.

—Josephine no lo ha superado. Lo siento mucho. Muchísimo.

Rudyard Kipling no dijo nada.

Ni un escritor tiene palabras para describir el descenso a los infiernos de un padre que pierde a una niña. Sólo Dante. Y aquél fue un viaje de la imaginación. La muerte de Josephine era real.

—Me han dado este libro para ti —dijo Frank, acercándose a la cama y dejando sobre las sábanas un ejemplar azul de *El libro de la selva*.

Kipling lo cogió y lo abrió lentamente. En la primera página había una dedicatoria de su propio puño y letra.

—Necesito estar solo —dijo Kipling.

—Por supuesto.

Frank salió. Kipling cerró el libro despacio y se lo llevó al pecho con ambas manos, como si con aquel gesto abrazara no su obra más famosa, sino a su pequeña Josephine.

Rudyard Kipling contrajo neumonía en una dura navegación a través del Atlántico en el invierno de 1899. Su hija Josephine también enfermó, pero la pequeña no pudo recuperarse. A Kipling no se le informó del fallecimiento de su hija de seis años hasta pasadas unas semanas de su muerte, porque los médicos temían que la noticia acabara con el escritor, que aún se encontraba muy débil. Kipling nunca volvió a Estados Unidos. Todos los que lo conocían contaban que desde la muerte de Josephine nunca fue el mismo. La tragedia aumentó al perder a su hijo John durante la primera guerra mundial. En su autobiografía *Algo sobre mí mismo*, Kipling no escribió ni una línea sobre aquellas muertes. De aquello sólo podía hablar con su literatura.

Kipling aún escribiría grandes obras, como su novela *Kim* en 1901. En 1907 recibió el Premio Nobel con cuarenta y dos años. Aún sigue siendo el autor más joven en obtenerlo. En 1910 publicó un poema con los consejos que da un padre a un hijo. El texto contiene frases memorables:

*If you can dream—and not make dreams your master;
If you can think—and not make thoughts your aim;
If you can meet with Triumph and Disaster
And treat those two impostors just the same;
If you can bear to hear the truth you've spoken
Twisted by knaves to make a trap for fools,
Or watch the things you gave your life to, broken,
And stoop and build 'em up with worn-out tools:
[...]
Yours is the Earth and everything that's in it,
And—which is more—you'll be a Man, my son!*

*Si puedes soñar y que los sueños no te dominen;
si puedes pensar y que tus pensamientos no sean tu objetivo;
si puedes encontrarte con el Triunfo y con el Desastre
y tratar a esos dos impostores de la misma forma;
si puedes soportar escuchar la verdad que has dicho
tergiversada por perversos para engañar a los idiotas,
o ver las cosas por las que diste la vida, rotas,
e inclinarte y construirlas de nuevo con herramientas viejas
[...]
entonces tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
y, lo que es más, serás un hombre, hijo mío.*

Eso escribió Kipling para John.

No está mal.

Pero ¿y para Josephine nunca escribió nada?

Eso se pensó durante mucho tiempo.

¿Acaso a Kipling le dolió más la muerte del hijo soldado que de la pequeña hija? Eso creyeron todos durante años. Hasta que algo inesperado ocurrió: Elsie Kipling, la única hija superviviente del escritor, donó su biblioteca privada a Wimpole Hall en 1976. Aún habrían de pasar años hasta que se catalogaran todos los libros de la colección. En el lento proceso de archivo y clasificación, concretamente en la primavera de 2010, apareció un libro especial: se trataba de una edición en prueba de *El libro de la selva* de 1894 en

donde, con el puño y letra de Rudyard Kipling, se podía leer perfectamente la siguiente dedicatoria:

*Este libro pertenece a Josephine Kipling para quien fue escrito por su padre.
Tisbury, mayo de 1894.*

El famoso y popular *Libro de la selva*, adaptado en más de una ocasión, siempre con gran impacto en el público de todo el planeta, fue siempre para Kipling no *El libro de la selva*, sino *El libro de Josephine*.

Para ella pues, para su pequeña hija fallecida, escribió Kipling su obra más famosa.

La luciérnaga

Madrid, 1913

Intentaba escribir, pero no había manera. Era del todo desesperante. Aquella pareja de americanos que se habían alojado al lado de la pensión de la calle Villanueva donde él residía no paraban de recibir gente, celebrar fiestas y, constantemente, hacer ruido. Carcajadas a todas horas, brindis al principio de cada encuentro, en medio, al final... Saludos, despedidas, voces, conversaciones... Una permanente algarabía tan feliz como incómoda para concentrarse. Estaba exasperado. Ya se había quejado a los Byne en más de una ocasión, pero no parecía haberse conseguido nada. Todo aquel loco revuelo de idas y venidas, presentaciones y charlas sin fin continuaba sin descanso. Un perenne infierno de ruido que imposibilitaba escribir.

Un día, en medio de un nuevo fracaso por intentar componer unos versos, envuelto en la vorágine sonora perturbadora de los extranjeros, de pronto, oyó algo diferente.

Frunció el ceño.

Se acercó a la pared y, al igual que había hecho otras veces, pegó la oreja a la superficie plana del muro que lo separaba de sus incómodos vecinos.

Volvió a oírlo. A oírla.

Era una risa limpia, alegre, llena de vida. Una carcajada perfecta, en su punto, ni muy exagerada ni vergonzosa. Una risa simplemente llena de felicidad y de intensidad. Una risa diferente a todas las otras risas que habían pasado por aquella casa que, hasta aquella jornada, lo había torturado sin misericordia.

Aquel día el escritor no se quejó.

De hecho, dejó de hacerlo. Ahora, al contrario que antes, en lugar de alterarse por los ruidos de las fiestas, cócteles o veladas de los Byne con sus amigos, el poeta callaba y simplemente se acercaba a la pared y esperaba. Cuando tenía suerte, aquella risa jovial, divertida, algo traviesa, repleta de misterios y sensualidad, llegaba hasta sus oídos y él, curiosamente, se sentía bien.

Investigó.

Averiguó de quién se trataba: la propietaria de aquella risa era una joven española que había crecido entre Barcelona, Puerto Rico y Estados Unidos y que ahora estaba de paso por Madrid. Una joven, según decían, muy cultivada, culta, que había estudiado literatura en la Universidad de Columbia; la «americanita» la llamaban, y hablaba, por supuesto, el inglés perfectamente. Una joven, además, muy guapa.

Pasaron las semanas.

Fue paciente.

Un día del verano de ese mismo año, fue invitado a impartir una conferencia en la Residencia de Estudiantes. Y la vio. Y consiguió que se la presentaran.

—Señorita, le presento a don Juan Ramón Jiménez, afamado poeta.

Él sonrió, nunca con la naturalidad de ella, y le estrechó la mano suave.

—Don Juan Ramón, le presento a la señorita Zenobia Camprubí y Aymar.

—Encantada —dijo ella.

—El placer es mío —respondió él.

Y hablaron de literatura. Un tema en el que él se sentía seguro y en el que ella se desenvolvía francamente bien.

—¿Qué piensa de Rabindranath Tagore? —preguntó ella.

—Lo conozco... poco —comentó él con sinceridad.

—Le ha dado el Premio Nobel la academia sueca.

—Cierto, sí. Apenas he leído algo de él. Todo está en inglés, y mi inglés no es tan bueno como me dicen que es el de usted —admitió él con modestia.

—Quizá alguien debiera traducir a Tagore al español —replicó Zenobia—. Quizá debiera conocerse más su obra aquí. El poeta Yeats,

el irlandés, cree que es un genio. Y muchos más piensan lo mismo de ese autor indio.

Hablaron de otros temas, de otros autores. Departieron mucho, pasaron horas, pero a Juan Ramón le pareció que habían hablado tan poco...

Él la buscaba siempre, e insistía en encontrarse con ella. Luego, ya sin ambages, la cortejó abiertamente. Ella, sin embargo, recelaba de aquel escritor. No le faltaban pretendientes y postulantes a matrimonio mejores que un poeta. La relación llegó a un punto muerto.

Juan Ramón Jiménez le escribió una carta con una propuesta:

Querida Zenobia, antes, cuando volvía a casa, me encontré con el director de La Lectura. Hablando de la biblioteca (que ahora va a publicar) para niños, me rogó que hiciera alguna cosa a propósito. Yo había pensado hace meses darle Elegía en prosa que tengo escrita; unas escenas [...]. Pero ahora como este libro va en la edición completa de mis obras, no me conviene darlo a La Lectura. Le he propuesto una traducción del libro de Tagore que esta tarde me ha enseñado usted.¹ Ha aceptado. De modo que ya sabe usted que hemos de traducirlo... ¿Cuándo podríamos empezar? ¿El jueves? ¿A qué hora?

Ella sonrió cuando terminó de leer la misiva. Sabía que el interés del poeta español por Tagore no era del todo genuino, pero se sintió, de cualquier forma, adulada al ver que él había propuesto aquella traducción a sus editores basándose en la recomendación que ella había hecho.

Tagore los unió para siempre. Y Tagore impregnó la poesía de Juan Ramón de la misma forma que Zenobia impregnó su alma. Ella, independiente e inteligente y luchadora, sin embargo, optó al fin por consagrarse a él. Juan Ramón siempre reconoció que en las traducciones de Tagore había más de ella que de él.

Tras una intensa vida juntos, al fin, Zenobia falleció antes que él y Juan Ramón se quedó solo apenas unos pocos años en los que, quizá, los versos que tradujeran juntos de Tagore, tiempo atrás, cobraban sentido en la mente del poeta andaluz:

Cuando nuestros ojos se encontraron a través del seto,

*pensé que iba a decirle alguna cosa; pero ella se fue.
Y la palabra que yo tenía que decirle se mece día y noche,
como una barca, sobre la ola de cada hora.
Parece que navega en las nubes de otoño, en un ansia sin fin;
que florece en flores de anochecer,
y busca en la puesta del sol su momento perdido.
Chispeaba la palabra, como las luciérnagas, por mi corazón,
buscando su sentido en el crepúsculo de la desesperanza;
la palabra que yo tenía que decirle.*

Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez, en efecto, se conocieron de esta forma. Y fue ella la que hizo ver al poeta la relevancia de la obra de Tagore. Lo tradujeron juntos durante años. Ella solía hacer una primera traducción bastante literal primero y luego Juan Ramón la versionaba de una forma poética. Tradujeron no sólo a Tagore, sino también varias obras de Shakespeare, de Ezra Pound y otros autores anglosajones. Zenobia fue una de esas inmensas mujeres, intelectual, cultísima, promotora de la cultura española en Estados Unidos, protectora de la obra de Juan Ramón, traductora, escritora y luchadora por los derechos de la mujer, que quedó oculta tras la sombra gigantesca de uno de los grandes poetas de la literatura universal.

Pero con frecuencia conviene apartar las hojas y mirar en las sombras donde, a menudo, brillando como las luciérnagas del poema de Tagore, encontraremos flores tan hermosas y deslumbrantes como Zenobia Camprubí.

En la web de la Fundación Juan Ramón Jiménez (<http://fundacion-jrj.es/zenobia/vida-biografia>), podemos oír la voz de Zenobia recitando un extracto de *Platero y yo*. La calidad de la grabación no es muy buena, pero ahí se puede percibir la clara voz que enamoró al poeta. Lástima que nadie grabara también su risa.

La tumba de barro

Somme, norte de Francia, primera guerra mundial, 1916

La batalla había sido un desastre total para ambos bandos, en particular si tenemos en cuenta el número de víctimas. En el caso británico, sólo en el primer día de combate habían perecido casi 20.000 hombres y más de 30.000 soldados habían sido heridos. La ofensiva del Somme se había iniciado en gran medida para «distraer» a las tropas alemanas del frente de Verdún. Lo que no sabían ni ingleses ni franceses ni prusianos en aquel momento es que el nuevo frente del Somme iba a convertirse en un lugar tan terrible o aún más que Verdún. El enorme número de víctimas paralizó a los ingleses. Tardarían semanas en rehacerse con fuerza suficiente para una nueva ofensiva a gran escala. Lo que siguió pues en el frente del Somme fue un largo y lento verano de combates brutales, donde se luchaba por cada pequeño bosque, por cada granja, por cada trinchera. Ingleses, franceses, neozelandeses, australianos, canadienses y, por supuesto, infinidad de prusianos caían hasta sobrepasar cifras nunca vistas antes en un enfrentamiento militar. Las bajas no se contaban ya por miles, ni siquiera por decenas de miles, sino por centenares de miles.

Septiembre.

Empezó a llover.

El frente del Somme, poco a poco, fue transformándose en lo que los oficiales de Prusia calificaron de «una inmensa tumba de barro».

Pero la lucha sin cuartel continuaba. Los enfrentamientos se repetían en una letanía eterna de terror a lo largo del río Somme. Y las muertes.

Los generales aliados tomaron entonces la decisión de introducir un arma secreta como último recurso para romper la irreductible serie de trincheras enemigas que se antojaban infranqueables a las oleadas de soldados que perecían bajo el fuego de las ametralladoras: se enviaron más de una cincuentena de las nuevas máquinas nunca vistas antes, pero los fallos técnicos hicieron que sólo una veintena de los tanques (ésta era el gran arma secreta que entraba en batalla por primera vez en la historia) fueran realmente operativos y entraran en lucha. Los carros de combate causaron pavor entre los prusianos y consiguieron que, de alguna forma, los ingleses, los franceses y sus aliados consiguieran algunos avances, pero como en ocasiones anteriores, al final, todo volvió a atascarse y la guerra de trincheras continuó.

Octubre.
Más lluvia.
Más barro.

Noviembre.
Empieza a nevar.

Los ingleses buscan alguna mínima victoria técnica que permita presentar aquella sangría como un esfuerzo lógico ante una población cada vez más asombrada por el desgaste sin sentido de aquella locura.

El batallón número veintidós de fusileros reales del ejército británico avanzó sus posiciones hacia Beaumont-Hamel. Los prusianos se resistieron con uñas y dientes. El fuego cruzado de granadas, ametralladoras y obuses se repitió como en las jornadas anteriores.

Hector² tenía más de cuarenta años cuando estalló la primera guerra mundial. Estaba por encima de la edad para acudir a filas y fue eximido de ir a combatir.

—Es demasiado mayor —le dijeron.

Podría haberse quedado en su casa, podría haberse evitado toda aquella bestialidad, pero ya fuera por el patriotismo que hasta cierto punto llevaba inyectado en las venas (había sido policía del Imperio británico en Birmania, donde nació y donde siguió la misma carrera profesional que su padre) o porque simplemente buscaba la muerte, decidió alistarse pese a que le dieron esa oportunidad de librarse por razón de su edad.

Con tantas bajas en el frente de Europa escaseaban los hombres. Lo aceptaron. Habrían aceptado a cualquiera, pero era cierto que él, además, tenía experiencia con las armas. Eso ayudó a que pronto lo ascendieran a sargento.

Fue a luchar.

A primera línea de combate.

Al Somme.

En ocasiones recaía de la malaria que contrajo en Birmania y estaba con fiebre. Lo ingresaban en el hospital de campaña, pero él pedía el alta voluntaria para reincorporarse al frente de inmediato, de nuevo a primera línea. Muchos se han preguntado sobre la razón que llevó a Hector a persistir en ese empeño por encontrarse con su fin.

¿Buscaba la muerte porque era homosexual y vivía en un país que consideraba su opción sexual un crimen? Podría ser: Hector Hugh Munro, que así se llamaba nuestro escritor, acababa de ver cómo Gran Bretaña había enviado a su admirado Oscar Wilde a prisión, sin importar lo más mínimo sus méritos literarios, precisamente por no ocultar su homosexualidad. Sí, quizá ésa fue la gota que terminó por desalentarlo.

Hector Hugh Munro avanzó con la caída de la noche, arrastrándose por entre las alambradas junto con varios soldados de su batallón. Se refugiaron en el cráter abierto en el terreno por uno de los últimos obuses lanzados por el enemigo prusiano.

Era el 13 de noviembre de 1916.

Uno de sus compañeros, joven e inexperto, encendió una cerilla para prender un pitillo. La llama resplandeció en medio de aquel anochecer iluminándolos, descubriendo su posición al enemigo.

—¡Apaga ese cigarrillo, imbécil! —gritó Hector Hugh Munro, pero su sabio consejo llegó una décima de segundo demasiado tarde. Al

final pasó lo que quizá estaba deseando que pasara desde hacía muchos meses.

Munro, que firmaba siempre sus relatos, novelas y obras de teatro con el sobrenombre de Saki, falleció aquel día. Por una bala de un francotirador prusiano en el frente del Somme.

Es difícil encontrar a Saki en las historias de la literatura inglesa.

Tampoco tiene tumba conocida.

Si se quiere encontrar algo que recuerde su memoria, hay que visitar el monumento Thiepval, levantado en el antiguo bosque de la pequeña localidad del mismo nombre en el norte de Francia. Concretamente encontramos referencia a Saki, con su nombre oficial de Hector Hugh Munro, en las secciones 8C, 8A y 16A del monumento.

Y pese a este olvido literario, sin embargo, es uno de los mejores autores de relato corto de la historia de la literatura occidental. Quizá el nuevo renacimiento del relato corto en época actual, con esta pasión moderna por el microrrelato, haya contribuido a recuperar un poco su figura, pero no en la medida que su obra merece. Su *La ventana abierta (Open Window)* es uno de los cuentos breves más ingeniosos de la historia, donde juega con maestría suprema con algunos de los elementos que Edgar Allan Poe mismo decía que necesitaba un buen relato corto, a saber: brevedad, intensidad, economía, unidad de efecto y, por encima de todo, a ser posible, desenlace imprevisto. *La ventana abierta* tiene uno de los mejores finales imprevistos de un relato y como tal es reconocido por cuantos lo leen.

Hay ediciones españolas de los relatos de Saki. No dejen de leer la mencionada *La ventana abierta* o el también soberbio *Tobermory*, por mencionar sólo dos ejemplos indispensables de este escritor demasiado olvidado. En el caso de *Tobermory* nos encontraremos a un gato que sabe hablar. Hasta ahí es sólo algo fantasioso, pero Saki nos hace pensar sobre nuestros secretos: ¿acaso los gatos no se deslizan por tejados y vallas, cruzan calles, ocultos en la noche y nos espían sigilosos sin que nos demos cuenta? Como no hablan nunca y no cuentan lo que ven, no nos han preocupado, pero *Tobermory* aprende a hablar y eso lo cambia todo. Ahí lo dejo.

Y si tienen algo más de tiempo y curiosidad, su novela de 1913, un año antes del estallido de la primera guerra mundial, titulada *Cuando*

llegó Guillermo, describe una Inglaterra que cae conquistada por las tropas del káiser de Prusia. Esta novela de Saki sobre cómo el Reino Unido se divide entre colaboracionistas acomodados y resistencia contra el invasor es la mejor anticipación que he visto nunca de lo que unos años después habría de verse en la vida real en media Europa invadida por los ejércitos de Hitler. Sólo los muy muy buenos tienen esa capacidad de intuición infinita. Quizá por eso buscara la muerte. A lo mejor no era sólo por su condición de homosexual. Quizá había cosas que sabía que iban a pasar y, sencillamente, prefería no ver, como si supiera que la primera guerra mundial era sólo un gran prólogo del horror que se estaba gestando en las entrañas de Europa. Puede que por todo ello buscara pronto su gran tumba de barro.

Por un voto

*Por una mirada un mundo
por una sonrisa, un cielo,
por un beso... ¡yo no sé
qué diera por un beso!*

Eso decía Gustavo Adolfo Bécquer en uno de sus más famosos poemas, la «Rima XXIII». Otros escritores, o, para ser más precisos, una escritora en concreto bien habría podido parafrasear a Bécquer y clamar:

*Por un voto... ¡yo no sé
que te diera por un voto!*

Porque un voto, un solo voto, más veces de las que uno pudiera imaginar, lo cambia todo: en unas elecciones, en un referéndum, pero también, y aquí quizá alguien se sorprenda, en la historia de la literatura.

Principios del siglo XX (entre 1910 y 1919)

La mujer con sombrero llegó a Bélmez, en Córdoba, y descendió del tren con aire decidido, mirando a un lado y a otro de la estación en busca de lo que necesitaba en aquel momento. Lo encontró a la salida, donde había varios hombres conversando que la miraron entre intrigados y admirados, pues viajaba sola.

Contrató un carruaje que la llevara, lo más cómodamente posible, cosa bastante difícil por aquellos caminos de tierra y polvo, hasta Pueblonuevo del Terrible. Decían que el sobrenombre era por un perro de enorme fiereza que existió por aquella región.

La mujer madura lo observaba todo con ojos inquisitivos.

Su llegada a la pensión del Casino de Nerva fue un acontecimiento memorable para la población: era una mujer, como decíamos, sola, a la que no le importó alojarse allí donde acababa de morir un equilibrista chino la noche anterior y, por si fuera poco, como ya se ha mencionado, portaba sombrero. Una mujer diferente.

—Tiene que ser ella —dijo uno de los mineros en uno de los bares del pueblo.

—¿Quién? —preguntó otro lentamente, algo bebido.

—La cantante, idiota, ¿quién va a ser? —le espetó un tercero al que andaba ebrio.

—Ah, bueno...

Eso pensó toda la gente aquella tarde y aquella noche, pero la mujer no cantó en Pueblonuevo del Terrible.

—Y ¿a qué ha venido entonces? —preguntó otro de los mineros al día siguiente en el mismo bar.

Hubo un silencio durante un rato largo, hasta que alguien irrumpió empujando la puerta del local con tanta fuerza que ésta chocó con la pared.

—Caray —dijeron desde dentro.

—Traigo sed —dijo el que acababa de entrar.

—Y prisa —apostilló el dueño del bar mientras servía unos vinos.

El minero recién llegado apuró su copa y la dejó con fuerza sobre la mesa. Pertenecía al sindicato. Era recio, valiente.

—Ya sé a qué ha venido esa mujer —dijo.

Todos lo miraron atentos.

El sindicalista pidió otra copa, que se le sirvió de inmediato. El hombre se divertía viendo la curiosidad de sus compañeros, pero, al fin, habló.

—Dice que ha venido a ver.

Se sintieron defraudados. Tanta expectación para tan poco.

—¿A ver qué? —preguntó otro.

—Dice que ha venido a ver las minas —apostilló el sindicalista.

Todos callaron mientras intentaban desentrañar aquel misterio: una mujer que viajaba sola quería ver las minas. ¿Por qué?

Tardarían tiempo en encontrar la respuesta.

En 1920 apareció *El metal de los muertos*, una novela con una descarnada y muy realista descripción de las pésimas condiciones laborales (por no llamarlo explotación) en las que se trabajaba en las minas de España. La escritora ya conocía de primera mano la situación horrible de aquella profesión por ser cántabra y haber vivido también en Asturias, pero desde aquello habían pasado años, incluido un matrimonio apresurado, cinco hijos y una larga estancia en Valparaíso, Chile.

Eso sí, siempre escribiendo.

De regreso a España quiso retratar aquella tortura que suponía ser minero y decidió viajar hasta el sur, a las minas de Riotinto y Almadén, para ver de nuevo, *in situ*, los desmanes que allí tenían lugar. Al principio, por su aire independiente y decidido la confundieron con una cantante, pero pronto se resolvió el malentendido.

El metal de los muertos, hoy una obra olvidada, emocionó, conmocionó y escandalizó. Fue una novela aclamada por muchos y, por qué no decirlo, temida por otros tantos. De haber sido otra la pluma que la ejecutó, quizá los conservadores habrían arremetido más contra la autora, pero ella siempre se confesó católica. También republicana. Y a favor del divorcio y del derecho de voto para las mujeres. Era, pues, una combinación explosiva: su catolicismo la enfrentaba con los republicanos de izquierdas, mientras que su feminismo, ahora se denominaría así, la indisponía con amplios sectores conservadores. Una escritora incómoda para unos y para otros, para demasiados, como todas las mentes independientes. Una escritora para borrar del mapa del tiempo.

«Por un voto» se titulaba este capítulo. ¿Me refiero a su lucha mencionada ya sobre el derecho al sufragio universal de las mujeres? Podría haber sido, pero no. En este caso me refiero a que por un solo voto la escritora Concha Espina no consiguió el Premio Nobel de Literatura, lo que la habría convertido en la segunda mujer del mundo en obtener dicho galardón, después de la escritora sueca Selma Lagerlöf.

Pero en 1926, por un solo voto, el Premio Nobel de Literatura se le concedió a la escritora italiana Grazia Deledda. Concha Espina, la gran escritora española, a caballo entre el XIX y el XX, sería nominada al máximo galardón de las letras universales en dos ocasiones más, pero nunca lo conseguiría.

Pero como siempre en estos casos, hay que recortar la hiedra del olvido y podar hasta que, de nuevo, fuertes y visibles, emerjan sus novelas y sus poemas, como aquél en donde nos decía ella misma tan fascinantemente que había nacido para ser poeta y para buscar un mundo diferente, un mundo utópico que le costaba encontrar:

*Yo soy una mujer: nací poeta,
y por blasón me dieron
la dulcísima carga dolorosa
de un corazón inmenso.
En este corazón, todo llanuras
y bosques y desiertos,
han nacido un amor, interminable,
y un cantar gigantesco;
pasión que se desborda de la tierra
y que invade los cielos...
Ando la vida muerta de cansancio,
inclinándome al peso
de este afán, al que busca mi esperanza
un horizonte nuevo,
un lugar apacible en que repose
y se derrame luego
con la palabra audaz y victoriosa
dueña de mi secreto.
Yo necesito un mundo que no existe,
el mundo que yo sueño,
donde la voz de mis canciones halle
espacios y silencios;
un mundo que me asile y que me escuche;
ilo busco, y no lo encuentro!...³*

Concha Espina, la escritora española que acarició el Nobel.

Dicen que Ana María Matute también ha debido de estar muy cerca, pero como la academia sueca no desvela el secreto de sus deliberaciones hasta pasados cincuenta años, aún tendrá que pasar tiempo antes de que sepamos si Ana María Matute estuvo tan cerca como Concha Espina de conseguirlo. Entretanto, podemos leerlas, que es la mejor forma de honrar su recuerdo a la par que deleitarnos.

La Marco Polo del siglo XX

Cambridge, 3 de noviembre de 2016

La profesora María Noriega del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Cambridge habla conmigo. Los dos esperamos que esta vez tengamos todas las cuestiones informáticas controladas para el seminario que voy a impartir en unos minutos sobre ficción histórica para estudiantes de grado y postgrado. En la clase anterior se me olvidó traer el adaptador para la toma de luz de mi portátil español a los enchufes británicos. Aun así, salimos airoso recurriendo a otro ordenador del departamento. Pero hoy he cogido el adaptador.

Cruzamos el patio del gran King's College y llegamos al pequeño puente que cruza el río Cam. El aire es helado. Los sauces se inclinan sobre el agua meditabundos, quizá encogidos por el frío. Nada más salir del puente, observo que a mi izquierda hay un curioso memorial escrito en chino. «¿En chino? —pienso yo—. ¿Aquí en Cambridge?» Entonces vi el nombre chino de la persona a quien estaba dedicado aquel monumento en mármol.

—Aahhh —susurré entre dientes.

Shanghái, años veinte

No había rascacielos. Era otro mundo, era otro universo, pero era también la misma China de siempre: incomprensible para la mayoría de los occidentales.

Pero he dicho «la mayoría».

He dicho bien.

Hay excepciones.

Pero vayamos al principio.

Ella llevaba toda la noche mirándolo y él, Xu Zhimo, se dio cuenta. Ella era profesora de la Universidad de Nankín y él, escritor. Cualquiera pensaría que estaban destinados a entenderse, pero los separaban tantas cosas...

—¿Una copa? —dijo él, ofreciéndole champaña.

—Por favor —aceptó ella.

Y se pusieron a hablar de China, del mundo, de literatura. Ella estaba ahora en Shanghái porque en Nankín, donde trabajaba, habían estallado grandes revueltas por la represión del dictador Chiang Kai Shek. El azar los había unido, pero un pequeño gran impedimento los separaba: ambos estaban casados. Ella con un misionero presbiteriano, él con una hermosa mujer china en un matrimonio pactado contra su voluntad, pero matrimonio al fin y al cabo. Y por si eso fuera poco, ella era estadounidense y él, chino. En Shanghái, en los años veinte. Demasiadas fronteras que romper.

Aun así, se miraron.

Hablaron. Él sabía inglés perfectamente. Había estudiado en Cambridge en el pasado.

Rompieron todas las fronteras.

Su relación quedó medio oculta en un halo de amistad intelectual en las primeras biografías de ella, pero hubo mucho más. Y no fue sólo físico. Él, junto con otros amigos suyos chinos escritores, la animó para que ella también escribiese.

—No me veo capaz —dijo ella.

Él sonrió, la besó e insistió.

—Eres muy capaz. Quizá la más capaz de todos nosotros.

Un tiempo después, el 19 de noviembre de 1931, el avión de las líneas aéreas federales de China que llevaba a Xu Zhimo, gran poeta, se estrellaba. No hubo supervivientes.

La desoladora noticia llegó a Nankín.

Ella se refugió en su vida de siempre, junto a su esposo. Las apariencias en superficie eran muy importantes, pero en las profundidades de su alma, la tormenta perfecta tronaba. Nada sería ya igual. Al fin, tal y como Xu Zhimo le había sugerido, se puso a escribir, quizá por recordar los momentos pasados junto a él, quizá porque así parecía que no todo lo vivido estaba ya muerto. Fuera por la causa que fuera, por alguna de las mencionadas, por todas ellas juntas o porque

Xu había detectado en ella que la literatura latía en su interior, se puso a escribir.

Y se inició no ya con esbozos de historias, sino en serio, a lo grande, con todas las ansias del mundo. Era estadounidense, pero llevaba casi más tiempo en China que en su país de origen. Y sabía no sólo chino, sino hasta chino clásico. Por eso seleccionó muy bien de qué iba a hablar en sus libros: de China. *La buena Tierra (The Good Earth)* la situó en el mundo literario con el Pulitzer en su país y, al poco, en todo el orbe. Llegó entonces Hollywood y el cine. Y luego más novelas. Nadie como ella para explicar al resto del mundo qué era, qué es y qué será siempre China.

En 1938, Pearl S. Buck se convirtió en la primera mujer estadounidense en recibir el Premio Nobel de Literatura. Parecía que la intuición de Xu Zhimo no iba nada desencaminada y que el poeta llevaba razón: sí era capaz de escribir. Muy capaz.

Pero llegó el comunismo y ella, igual que fue crítica con la dictadura de Chiang Kai Shek, lo fue con la de Mao. El nuevo gobierno comunista no entendía de disensos, de perspectivas diferentes ni de matizaciones siquiera. Pearl S. Buck tuvo que regresar a Estados Unidos.

Cualquiera podría pensar que en su país natal llegaría, al menos, cierta paz y seguridad para la gran escritora. Pero nada más lejos de la realidad. Cometió un error. Un error grave en aquellos tiempos: Pearl S. Buck decidió seguir escribiendo de China y esto hizo que no sólo resultara sospechosa para los comunistas (por ser una extranjera que escribía sobre ellos verdades demasiado incómodas), sino que persistir en aquella temática la hizo también sospechosa para el FBI de Hoover. Por un lado, los unos la odiaban porque de China lo contaba todo, lo bueno y lo malo. Por otro, el FBI pensaba que sólo por escribir de China debía ser enemiga del pueblo norteamericano. Eran los tiempos del macartismo. El expediente de Pearl S. Buck generado por el FBI alcanzó las 300 páginas (carentes, por cierto, del más mínimo ritmo narrativo). Los poderes, sean del color que sean, simplemente odian las mentes independientes porque el poder, por definición, odia la libertad del individuo. Y de la *individua* aún más.

En 1972, ya anciana, Pearl S. Buck quiso volver a China para ver el país de sus pasiones, de su vida, de su escritura, una vez más antes de

morir. Quería visitar de nuevo la tierra que la había proscrito, la China que, a su vez, la había hecho sospechosa en su país natal. Pero la Administración china de 1972 no se mostró sensible a los deseos de la ganadora del Nobel. Ésta fue la respuesta del gobierno comunista:

Estimada señorita Pearl Buck:

Sus cartas han sido recibidas correctamente.

Teniendo en cuenta que durante largo tiempo usted ha tomado una actitud distorsionadora y vil hacia la gente de la nueva China y sus líderes, se me autoriza a informarle de que no podemos aceptar su petición de una visita suya a China.

Atentamente,

*H. L. Yuan
Segundo secretario*

Pearl S. Buck entró en cólera: ella, que había luchado contra la discriminación de los chinos en Estados Unidos, que había luchado por los derechos humanos, que había constituido una agencia de adopción para niños mestizos, de madres orientales y padres occidentales, que nadie quería ni en China ni en ningún sitio; ella, que había explicado mejor que nadie las bondades (y es cierto, las miserias también) de China, se veía rechazada, vetada por sus gobernantes dictatoriales.

—La carta, la carta... —decía ella—. Ahí está, como una serpiente viva en mi mesa, una serpiente venenosa..., me amenaza y me prohíbe regresar al país donde he vivido la mayor parte de mi vida... Es un ataque, no una carta. Es violenta, desinformada, mentirosa.

En 1992, el historiador James C. Thomson calificó a Pearl S. Buck como «la persona de Occidente más influyente a la hora de escribir sobre China desde Marco Polo en el siglo XIII». Como verán, Thomson también se olvidó del bueno de Rustichello da Pisa, ya mencionado en otro capítulo de este libro, que fue quien realmente puso por escrito aquellos legendarios viajes.

Pero sigamos con nuestro relato: Pearl S. Buck murió.
Pasaron los años.

Los líderes chinos decidieron abrirse al mundo (al menos social y económicamente) y, por fin, comprendieron que necesitaban de la mejor de las embajadoras posibles. Buenos comerciantes, los chinos son prácticos: rehabilitaron la figura de Pearl S. Buck, que pasó de estar prohibida a que su antigua casa en Nankín se transformara en un centro de visitas para el turismo internacional. Por eso, después de todo, tiene perfecto sentido el final de esta historia que nos cuenta la periodista del *International Herald Tribune* Sheila Melvin, especializada en cultura china, en su magnífico artículo «La resurrección de Pearl S. Buck»:

Los amigos de la escritora se acercaban en los últimos meses de su vida y le preguntaban:

—Entonces ¿no vas a poder volver a China una vez más?

Pearl S. Buck entonces, superada la cólera inicial tras recibir la negativa del gobierno chino, sonreía y siempre respondía lo mismo:

—Yo nunca he dejado China. Yo pertenezco a China, como niña, como adolescente, como mujer, hasta que muera.

¿Quieren viajar a China, pero no disponen ahora de los medios o del tiempo? Lean las novelas de Pearl S. Buck. Ella sigue allí, con su infinita paciencia, esperándonos.

Cambridge, 3 de noviembre de 2016

Sigo mirando el memorial a Xu Zhimo. En él se recuerda que, antes de abandonar Cambridge para siempre, el gran poeta chino escribió un precioso poema de despedida titulado precisamente «Despedida de Cambridge». En el monumento se citan sólo algunas líneas, pero ¿por qué no disfrutar del poema entero?

*Con suavidad me alejo,
tan suavemente como vine;
suavemente digo adiós con la mano
a las nubes del cielo de Occidente.*

*Los sauces dorados junto a la orilla del río
son jóvenes novias en el sol del atardecer;
sus reflejos brillantes sobre el reluciente río
siguen meciéndose en mi corazón.*

*La hierba verde arraigada en el blando barro
se columpia en el agua;
me encantaría ser esa hierba
en el parsimonioso flujo del río Cam.*

*Ese estanque a la sombra de los olmos
contiene no agua clara, sino un arco iris
arrugado entre las hojas que flotan en el agua,
allí donde los sueños de colores descansan.*

*¿Buscas un sueño? Ve a remar con una pértiga
río arriba hacia donde la hierba es aún más verde
con la larga vara cargada de luz de estrellas
y canta en voz alta en medio de su fulgor.*

*Sin embargo, hoy no puedo cantar en voz alta,
la paz es mi música de despedida;
incluso los grillos guardan silencio por mí,
pues Cambridge esta tarde calla.*

*Suavemente me alejo,
tan suavemente como vine,
suavemente diciendo adiós con mi mano,
no me llevaré ni una sola de estas nubes.*

La profesora María Noriega, con delicadeza pero con determinación, me recuerda que las clases en Cambridge empiezan a y cinco exactas cada hora. Tenemos que reemprender la marcha o llegaremos tarde, y tarde es un concepto que no existe en Cambridge.

Volvemos a caminar.

—El monumento no dice nada de la relación de Xu Zhimo con Pearl S. Buck —dije.

María me miró, pero no parecía que tuviera tiempo para poemas. En ese momento, como la muy responsable profesora que es, tenía otras prioridades en su cabeza. Y tenía razón.

—Luego te comento —dije, y aceleramos el paso.

La lista de premios Nobel de la Universidad de Cambridge es extensa, tanto que no sienten la necesidad de reclamar un poco para ellos también el que obtuvo Pearl S. Buck. Y en cierta forma, algo suyo es, pues si el poeta Zhimo no hubiera estudiado allí, probablemente nunca habría hablado con tanta soltura en inglés, no habría iniciado aquella relación personal con Pearl S. Buck y no la habría animado a escribir. ¿Qué une a las personas: el azar o el destino?

Una última reflexión cruza mi mente mientras nos alejamos del río Cam en dirección a la facultad: igual que decenas de miles de occidentales viajan a China en busca de donde vivió Pearl S. Buck, decenas de miles de turistas chinos se desplazan hasta Cambridge para ver dónde estudió Xu Zhimo. Una escritora y un poeta tendiendo puentes entre culturas.

Y la mayor parte de viajeros occidentales y chinos desconocen que Pearl S. Buck y Xu Zhimo se amaron por encima de todas las fronteras.

Las palabras dobladas

**Museo Reina Sofía de Arte Moderno, Edificio Sabatini,
segunda planta, Madrid, abril de 2015**

Me detengo en la sala 205 frente al cuadro *El gran masturbador*, de Salvador Dalí. El genial pintor dobla, mezcla, inventa en el cuadro las imágenes en busca de expresar el orgasmo, una sensación tan mágica como compleja, como casi imposible de explicar. Y me pregunto: ¿y esto con palabras, cómo sería? Y concluyo: no hay palabras para esto. ¿O sí? Haría falta un Dalí de las palabras.

Calle Suipacha, número 1444, Buenos Aires, 1933

Federico García Lorca entró arropado por amigos como Neruda, Pablo Rojas Paz y su esposa Sara Tormú, Raúl González Tuñón, Amparo Mom, Jorge Sacco, Conrado Nalé Roxlo, María Luisa Bombal y Amado Villar, Pablo Suero, Edmundo Guibourg, Elena Sansinena de Elizalde, Victoria Ocampo, Eva Franco y María Rosa Oliver, entre otros muchos.

—Estamos celebrando la publicación de la nueva colección de poemas de Norah —le dijo Neruda—, pero ven, te voy a presentar a Oliverio, su pareja. Otro poeta.

—En España, más de uno pensaría que éste es un lugar peligroso, todo lleno de poetas —replicó Lorca, y se echó a reír al tiempo que estrechaba la mano de Oliverio.

—Magnífica *Bodas de sangre* —dijo Norah al unirse al saludo de bienvenida a Lorca.

—¿La ha visto? —inquirió el poeta andaluz.

—Todos la hemos visto aquí —intervino de nuevo Oliverio—, todos hemos estado, al menos, una vez en el teatro Avenida. ¿Cuántas representaciones llevás ya? ¿Ochenta, noventa?

Lorca bajó la mirada al responder algo azorado.

—Mañana será la número cien.

Oliverio se mostró admirado:

—Pero eso es maravilloso, es un hito, ¿escucharon, amigos? —y elevó el tono de voz para que todos lo supieran—. ¡*Bodas de sangre* lleva cien representaciones!

De ahí pasaron a hablar de la gira que se estaba preparando para llevar la obra a diferentes ciudades de Argentina y de eso al impactante lenguaje que usaba Lorca en la obra, y así hasta llegar a debatir sobre el lenguaje, la poesía y la fuerza de las palabras.

—Yo creo que hasta las podemos doblar —dijo Oliverio Gironde con vehemencia.

Lorca asentía, pero no estaba del todo de acuerdo.

—Soy el primero en buscar imágenes nuevas, sorprendentes y hermosas, pero hasta el lenguaje tiene un límite —defendía el poeta andaluz—. Se pueden doblar las frases, las metáforas, pero no las palabras mismas.

—Yo no creo ni en esos límites —insistía Gironde—; estoy convencido de que podemos doblar hasta las palabras, como hace ese artista amigo suyo con los relojes que pintó y de los que tanto se habla.

—¿Dalí y su cuadro *La persistencia de la memoria*? —preguntó Lorca.

—Ése mismo. Aquí lo llaman el de los «relojes blandos».

—Aquí y en otras partes —admitió Lorca—; a mí también me encantan los juegos de Dalí con sus cuadros y lo que transmiten, pero insisto: no podemos doblar las palabras. Tanto no se puede.

Se despidieron hasta otra noche, hasta otra velada, pero Gironde no sacó más el asunto de los relojes blandos.

Lorca regresaría a España.

Llegó la guerra civil.

Fue asesinado en 1937.

En Argentina, Norah Lange, Oliverio Girondo y todos los amigos del poeta andaluz recibieron la noticia sobrecogidos.

Girondo, no obstante, pasado el tiempo, pareció decidido a demostrar en algún momento que las palabras podían doblarse y en 1954 publicó un libro de poemas sorprendente, donde no hay límites. Crea vocablos nuevos sin control: sólo importa lo que se quiere transmitir, como, en este caso en particular, las sensaciones del éxtasis en el clímax sexual. Toda poesía conviene ser leída en algún momento en voz alta. Ésta aún más. Si se es pudoroso, sugiero leer el poema a solas primero y en voz baja.

*Lo palpable lo mórbido
el conco fondo ardido los tanturbios
las tensas sondas hondas los reflujos las ondas de la carne
y sus pistilos núbiles contráctiles
y sus anexos nidos
los languiformes férvidos subsobornos innúmeros del tacto
su mosto azul desnudo
cada veta
cada vena del sueño del eco de la sangre
las somnilocuas noches del alto croar celeste que nos animabisman el
soliloquio vértigo
cuanto adhiere sin costas al fluir el pulso al rojo cosmogozo
y sus vaciados rostros
y sus cauces
hasta morder la tierra
lo ignoto noto combo el ver del ser lo ososo los impactos del pasmo
de más cuerda
cualquier estar en llaga
los dones dados donde se internieblan las órbitas los sorbos de la
[euforia
cualquier velar velado con atento esqueleto que se piensa
la estéril lela estela
el microazar del germen del móvil del encuentro
los entonces ya prófugos
la busca en sí gratuita
los mititos
hasta ingerir la tierra*

*todo modo poroso
el pozo lato solo del foso inmerso adentro
la sed de sed sectaria los finitos abrazos
toda boca
lo tanto
el amor terco a todo
el amormor pleamante en colmo brote tótem de amor de amor
la lacra
amor gorgóneo médium olavecabra cobra deliquio erecto entero
que ulululululula y arpegialibaraña el ego soplo centro
hasta exhalar la tierra
con sus astroides trinos sus especies y multillamas lenguas y
excrecreencias
sus buzos lazos lares de complejos incestos entre huesos corrientes sin
desagües
sus convecinos muertos de memoria
su luz de mies desnuda
sus axilas de siesta
y su giro hondo lodo no menos menos que otros afines cogirantes
hasta el destete enteco
hasta el destente neutro
hasta morirla.*

Eso es un orgasmo y lo demás, tonterías.

El diálogo entre Lorca y Gironde aquí reflejado es ficticio, pero su amistad real, tan real como el poema y como la presencia del poeta andaluz en Buenos Aires, su éxito con *Bodas de sangre* en el teatro Avenida de la capital bonaerense y el resto de detalles comentados (el lugar del encuentro, los amigos presentes, etcétera). Seguro que algún día hablaron de Dalí y convencido estoy de que Lorca se sonríe en el cielo viendo que su amigo Oliverio Gironde supo, al fin, doblar las palabras como Dalí doblaba las imágenes en sus cuadros.

***Guerra civil española:
crisis de las embajadas
(primera parte)
La conquista del horizonte***

Arnhem, Holanda, 1929

El escritor se sentó en un banco, sacó un bloc de notas y empezó a escribir una nueva sección del libro que se llevaba entre manos. Tituló el capítulo «Domingo romántico»:

Es más viva la remembranza de Arnhem, la vieja capital de Gelria, paseada en la paz de un domingo, callada, desierta y como diluida en una luz que parecía vieja también, dormida sobre un ancho brazo del Rin legendario...

Paró un momento. Estaba en medio de un largo viaje que lo iba a llevar no sólo por Holanda, sino por Marruecos, Checoslovaquia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Alemania, Bélgica y nuevamente Holanda. ¿Por qué repetir un país habiendo tantos otros lugares que visitar en el mundo? El escritor lo tenía muy claro: siempre le parecieron vanidosos los pobladores de tantos sitios que se vanagloriaban de riquezas de sus respectivos países de las que sus habitantes no tienen mérito alguno en su consecución; los noruegos se jactan de sus fiordos; los yanquis (así los llamaba él), del Niágara; los suizos, de sus montañas; los brasileños, del Matto Grosso, y los españoles, del sol. Pero ¿qué tienen que ver todos esos pobladores con esas maravillas? Nada. Él, sin embargo, sentía plena admiración por los holandeses, pues, en palabras suyas:

El holandés ha hecho verdaderamente su propio país, y puede enseñarlo con una satisfacción mucho mayor que la del arquitecto que levanta un palacio o la del pintor que lleva dos metros de lienzo a una exposición.

Razón no le faltaba: media Holanda está hecha quitando terreno al mar.

Llenó pues su gran libro de viajes de maravillosas semblanzas de aquel país. Nunca pensó que aquellas páginas fueran a ser importantes. Esto es, importantes para los holandeses y aún más esenciales para él mismo.

Ocho años después Embajada argentina, Madrid, 1937

La guerra civil española duraba ya nueve meses. Y no se intuía un fin próximo. Por eso había que dar solución a aquel problema sin demora.

—Tenemos el torpedero *Tucumán* en Alicante y pronto llegará el crucero *25 de mayo*. En uno u otro barco podríamos encontrar sitio para usted. Ya sé que no quiere salir, pero la situación aquí está desbordada. Tenemos centenares de personas acogidas y más que quieren entrar. —El embajador argentino hablaba con una mano en la nuca y otra en la mejilla.

El escritor escuchaba atento.

—Ayer mismo —continuaba el diplomático—, tuve que esgrimir mi pistola en la puerta para detener a las milicias. Esto se nos va de las manos. —Suspiró. Se sacó un pañuelo y se lo pasó por el cogote y la frente. Luego lo guardó en el bolsillo del que lo había extraído—. Pero hemos encontrado una alternativa a su caso.

—¿Una alternativa?

—Sí, la embajada de Holanda se ha interesado por usted.

—¿De Holanda? —repitió el escritor confundido.

—La de Holanda, sí —confirmó el embajador—. Están dispuestos a interceder. Parece que lo aprecian mucho en ese país.

Ministerio de Marina y Aire, Valencia, marzo de 1937

—Hay una llamada del ministro de la Gobernación, señor —dijo el secretario.

Indalecio Prieto, ministro del gobierno de la República de España, sentado a su mesa, se tocó la ceja izquierda con las yemas de las puntas de sus dedos. Exhaló una larga bocanada de aire ansioso. Tenía las tropas enemigas cercando progresivamente Madrid e intuía que la llamada del ministro de la Gobernación no vendría a aportar solución alguna sobre aquel asunto.

—¿Qué quiere? —preguntó al fin.

—Dice que es sobre un escritor, un tal... —el funcionario miró un papel que le habían pasado, pero no acertó a entender el nombre de pila, sólo el primer apellido—, un tal Fernández. El caso es que, por el motivo que sea, este escritor parece tener un salvoconducto diplomático de la embajada de Holanda para coger un barco en Valencia, pero lo tienen retenido en el puerto. Se ve que con el salvoconducto holandés pudo salir de Madrid y llegar hasta Valencia, pero el ministro de la Gobernación se pregunta qué hacer. Quiere saber si dejamos marchar a ese hombre. Los holandeses están presionando mucho por ese tal... —El funcionario volvió a mirar el nombre en el papel, pero siguió sin entenderlo bien—. Por ese Fernández.

Indalecio Prieto se llevó ahora las puntas de los dedos de ambas manos a las sienes. Guadalajara. Llevaban catorce días de combates. Los sublevados, apoyados por tropas italianas, habían avanzado hacia Madrid. Había enviado todos los tanques y aviones rusos de los que disponían para el contraataque. Aún no había nada decidido. El conflicto estaba internacionalizándose sin límite.

—Dígale al ministro de la Gobernación que no nos podemos permitir más problemas con otros gobiernos europeos. En lo que valga mi opinión, que dejen marchar a ese Fernández.

—Sí, señor ministro. —Y el funcionario dejó solo a Indalecio Prieto, mirando su mesa repleta de mapas marcados con cruces de posiciones de tropas de ambos bandos, que eran todas cruces de muertos.

El escritor Fernández, es decir, Wenceslao Fernández Flórez, de talante conservador en tiempos de la II República, tuvo que huir de las Milicias de Vigilancia de Retaguardia anarquistas al no haberse decantado él a favor del gobierno republicano cuando parte del ejército se sublevó el 18 de julio de 1936. Encontró refugio primero en la embajada de Argentina en Madrid y luego en la de Holanda. Wenceslao Fernández Flórez, magnífico novelista, también fue autor de un libro de viajes, *La conquista del horizonte*, donde describió Holanda con notas tan hermosas como elocuentes, de modo que, cuando su libro se tradujo al holandés, causó un gran impacto en el país.

Ocho años después, en medio de la guerra civil, el gobierno de Holanda intercedió para conseguir sacar con vida al escritor español de un país que se desangraba en una guerra fratricida. De su época de refugiado en las embajadas son sus novelas *Una isla en el mar Rojo* y *La novela número 13* (porque era la número trece que publicaba y Wenceslao estaba hasta las narices de que los compositores se limitaran a poner números a sus sinfonías, mientras que los autores de novela tenían que poner títulos a cada una de sus creaciones; don Wenceslao era así). Son novelas duras que lo condenaron al ostracismo cultural durante años por retratar el horror de la violencia sin control en el Madrid cercado.

Wenceslao Fernández Flórez regresaría a la España de Franco en medio de la segunda guerra mundial. Quiso declarar a favor del ministro socialista de la Gobernación, Julián Zugazagoitia Mendieta, entonces en prisión, pero no llegó a tiempo y fue fusilado. El escritor sería entonces testigo del horror de los vencedores sobre los vencidos de la guerra civil y se inició una relación compleja entre el nuevo régimen y él mismo. Por un lado, el nuevo gobierno necesitaba de algún intelectual que exhibir en medio de una España de la que habían huido sus mejores mentes (otras habían sido asesinadas, como el famoso caso de Lorca, mencionado antes). Se nombró entonces a Wenceslao Fernández Flórez académico, y sus novelas fueron publicadas y cosecharon éxito.

Pero Wenceslao Fernández Flórez también criticó la injusticia que lo rodeaba, se declaró antimilitarista y apoyó el aborto. Se hizo muy incómodo para el nuevo gobierno franquista. Al régimen le habría

gustado alguien más dócil. Pero Fernández Flórez sabía que no podía poner todo lo que pensaba por escrito o tendría innumerables problemas, como tantos otros. Se refugió entonces en un mundo imaginario, en un bosque al que dio vida, en una fraga de Galicia, en su legendario libro *El bosque animado*, donde nos regala una novela intensa, ecologista cuando la palabra estaba prácticamente aún por inventar. Así empieza uno de los episodios:

Un día llegaron unos hombres a la fraga de Cecebre, abrieron un agujero, clavaron un poste y lo aseguraron apisonando guijarros y tierra a su alrededor. Subieron luego por él, prendieronle varios hilos metálicos y se marcharon para continuar el tendido de la línea.

Las plantas que había en torno del reciente huésped de la fraga permanecieron durante varios días cohibidas con su presencia, porque ya se ha dicho que su timidez es muy grande. Al fin, la que estaba más cerca de él, que era un pino alto, alto, recio y recto, dijo:

—Han plantado un nuevo árbol en la fraga.

Y la noticia, propagada por las hojas del eucalipto que rozaban al pino, y por las del castaño que rozaban al eucalipto, y por las del roble que tocaban las del castaño, y las de abedul que se mezclaban con las del roble, se extendió por toda la espesura.

La emotiva descripción del bosque gallego alcanza su cénit en el desenlace de la historia: el nuevo «árbol» ha estado jactándose todo el tiempo de que él era útil, no como los abedules o los castaños o los pinos o los eucaliptos o cualquier otra planta del bosque. El poste insistía una y otra vez en que él transmitía las noticias de los hombres de un lugar a otro y que al resto de inútiles árboles más les valdría dejar que los cortaran para transformarse en objetos útiles como sillas o mesas o puertas. Su mensaje iba calando en la fraga hasta que llega otro grupo de hombres, comprueba que el poste de telégrafo está afectado por termitas, corroído, y lo derriban. Los hombres se van. En ese momento, el pino, que estaba cerca, empujado por la curiosidad de todas las plantas del bosque, mira en el interior del tronco del poste para intentar ver si así entendían qué tipo de árbol era ese que tan «buenas» lecciones les había estado dando:

El bosque hallábase conmovido por aquel tremendo acontecimiento. La curiosidad era tan intensa que la savia corría con mayor prisa. Quizá ahora pudieran conocer, por los dibujos del leño, la especie a que pertenecía aquel ser respetable, austero y caviloso.

—¡Mira e infórmanos! —rogaron los árboles al pino.

Y el pino miró.

—¿Qué tenía dentro?

Y el pino dijo:

—Polilla.

—¿Qué más?

Y el pino miró de nuevo:

—Polvo.

—¿Qué más?

Y el pino anunció, dejando de mirar:

—Muerte. Ya estaba muerto. Siempre estuvo muerto.

Wenceslao Fernández Flórez, otro escritor demasiado grande para una España de mirada estrecha, donde el que no toma bando no tiene sitio. O donde el que toma partido pero mantiene sus ideas y critica a su bando cuando éste se equivoca es vilipendiado y condenado al olvido de los suyos, de los otros, de todos. Como Ridruejo,⁴ como Concha Espina, como tantos otros que se atrevían a pensar por sí mismos. Grave delito. Incómodo para franquistas y olvidado en la transición española por una izquierda que lo veía sólo como un conservador, toda su excelente literatura terminó en el olvido. Pero las obras de Wenceslao Fernández Flórez siguen ahí, en muchos casos acumulando polvo en las bibliotecas, esperando, pacientes, con la parsimonia de la lluvia de la fraga gallega, a que los lectores del presente y del futuro vuelvan a esas maravillosas novelas cargadas de fina ironía, de sentimiento y de mucho humor, porque sólo con humor se digiere a España. Novelas cubiertas de polvo, pero para nada muertas.

Camino de Santiago (ruta portuguesa), julio de 2016

Marcho con mi familia junto a un arroyo de aguas cristalinas por medio de un denso bosque de robles. Hemos atravesado montes

cubiertos de pinos y eucaliptos que se elevan hacia el cielo de Galicia. Llevamos muchos kilómetros andados. Hemos pasado por Tui, O Porriño, Redondela, Pontevedra, Caldas, Padrón... y nos acercamos ya a Santiago. En el camino voy dando vueltas en mi cabeza a mil cosas y, entre ellas, pienso en que hemos de acercarnos a Cecebre y visitar la Casa Museo de Wenceslao Fernández Flórez. Entretanto, paso a paso, con la mochila a la espalda, sudando en el ascenso de una larga rampa, recuerdo el relato de los árboles de *El bosque animado* y las palabras finales que cierran la historia, una vez que los árboles han descubierto que el poste de telégrafos siempre estuvo muerto. En ese momento, Wenceslao Fernández Flórez nos recuerda a todos lo esencial de la existencia:

Aquel día el bosque, decepcionado, calló. Al siguiente entonó la alegre canción en que imita a la presa del molino. Los pájaros volvieron. Ningún árbol tornó a pensar en convertirse en sillas y en trincheros. La fraga recuperó de golpe su alma ingenua, en la que toda la ciencia consiste en saber que de cuanto se puede ver, hacer o pensar sobre la tierra, lo más prodigioso, lo más profundo, lo más grave es esto: vivir.

Arnhem, Holanda, 1929

El escritor miraba hacia el horizonte infinito que se perdía en los confines del mar con el sosiego de no haber vivido aún la guerra civil, cuando aún éramos inocentes. Entonces sólo pensaba en ir a Doorn para ver el castillo donde se refugiaba el káiser Guillermo II tras haber perdido la primera guerra mundial. En aquel domingo en Arnhem, Wenceslao Fernández Flórez no pensaba que estuviera haciendo nada importante en Holanda. A veces nos condenan los detalles más mínimos y a veces nos salva un pequeño recuerdo plasmado con palabras hermosas en un pequeño bloc de notas de un libro de viajes.

La alumna de la profesora Bates

Washington Square College, Nueva York, 1936

La profesora Bates entró en clase y, como de costumbre, se sentó despacio y empezó a hablar de literatura, de escritura, de estilo. Todos la escuchaban atentamente. Luego, la profesora leyó algunos párrafos de diferentes relatos que sus estudiantes habían escrito la semana anterior e hizo comentarios.

La clase terminó. Los estudiantes se levantaron y comenzaron a salir del aula cuando la profesora se dirigió a una alumna, una muchacha delgada y de aspecto frágil.

—Por favor, espera. Me gustaría hablar contigo.

La joven estaba ya en el umbral de la puerta, pero se detuvo, se giró y se quedó mirando a su profesora con cara de miedo. La muchacha estaba convencida de que sus últimos relatos no estaban a la altura de lo que la profesora Bates esperaba y tenía pánico a que se lo dijera o, peor aún, a que la invitara a dejar el curso.

—Cierra la puerta y siéntate.

La joven estudiante cumplió las indicaciones con el silencio propio de los condenados. Se sentó en uno de los pupitres de la primera fila. La profesora Bates se levantó y se quedó apoyada en la mesa grande del profesor.

—¿De dónde vienes exactamente?

—De Columbus, Georgia.

—Del sur.

—Del sur, sí.

—Has hecho un largo viaje hasta Nueva York.

—Largo, sí.

—¿Qué edad tienes exactamente?

—Diecinueve —respondió la muchacha en apenas un susurro.

—¡Diecinueve! —repitió la profesora Bates en voz alta—. Es increíble. Diecinueve.

—Sé que mis relatos quizá no están como los de mis compañeros, que quizá me falta madurez, yo lo intento, pero es que me salen así y trabajo mucho y tengo en cuenta todo lo que usted dice... —la muchacha hablaba con rapidez ante la mirada de sorpresa de su profesora.

Bates levantó la mano y la joven alumna calló.

—No, tus relatos, desde luego, no son para nada como los del resto de la clase.

Se hizo un silencio muy espeso. La muchacha tragó saliva.

—A veces veo algo de Joyce en ti, en ocasiones algo de D. H. Lawrence, y hay momentos en que no sé qué veo, pero voy a enviar un relato tuyo al editor Burnett en la Universidad de Columbia. Quiero que valore publicarlo en la revista *Story*.

La muchacha no dijo nada. Tenía la boca abierta y sus ojos parpadeaban.

—¿Desde cuándo escribes? —preguntó Bates a su pasmada alumna.

—Desde siempre..., creo..., bueno, mi padre me regaló una máquina de escribir a los quince años. Ahí me lo tomé más en serio.

—A los quince... —repitió Bates y negó con la cabeza incapaz de salir de su asombro—. ¿Y viniste a Nueva York a aprender a escribir?

—Sí —respondió la muchacha lacónicamente.

La profesora Bates suspiró por segunda vez, ahora largamente, y miró al suelo al tiempo que emitía su valoración final.

—Tú ya sabes escribir.

La joven Carson McCullers fue un prodigio de la literatura, una especie de Mozart femenino de la creación literaria. Entre los diecisiete y los veinte años escribió relatos en la clase de literatura creativa de la profesora Bates, en el Washington Square College de Nueva York, que impresionaron a su tutora inmensamente. Al poco

tiempo, con tan sólo veintidós, Carson publicaría su primera novela, *El corazón es un cazador solitario* (*The Heart is a Lonely Hunter*), una obra maestra de la literatura norteamericana y universal con una sensibilidad y carga vital impropia en una autora tan joven. ¿El protagonista de la historia? Un sordomudo en torno al cual pivotan varios personajes solitarios y en crisis emocional. Un enfoque original, diferente, una forma de adentrarse en el alma del ser humano, en la soledad del individuo, en nuestra necesidad de solidaridad, en la incompreensión que nos rodea propia de un escritor de muchísima mayor edad, como por ejemplo Camilleri o Saramago (cada uno en su estilo), que ya estuviera de vuelta de todo.

La novela tuvo éxito, reconocimiento, y la hizo popular.

El dramaturgo norteamericano Tennessee Williams se quedó impresionado con la emotiva escritura de la joven autora y se le recuerda diciendo:

—Espero que Carson McCullers nunca escriba obras de teatro o mi trabajo quedará ensombrecido.

De hecho, tan impactado estaba el dramaturgo estadounidense que le escribió una carta a la jovencísima escritora, como si él fuera un simple fan. Carson respondió a aquel gesto yendo a visitarlo personalmente en medio de un verano en el que Williams se encontraba enfermo. En cuanto ella llegó, el autor se recuperó de todos sus síntomas (la mayoría psicósomáticos) y hasta, siempre según Williams, mejoró el tiempo y dejó de llover.

Williams, hombre harto complejo, nunca podía escribir si había alguien más cerca de él. Sólo hizo una excepción en su vida a este respecto: Carson McCullers. Con ella se sintió siempre cómodo. En una de las numerosas cartas que le envió, Williams le confesaba lo siguiente a la joven escritora:

Me voy a acostar, pero me llevo tu Balada del café triste a la cama conmigo y lo leeré antes de dormirme. ¡Cada día escribes mejor! Así debe ser y así será.

Cuando Isak Dinesen, la escritora danesa autora de *Memorias de África*, viajó a Estados Unidos, pidió que en una cena la sentaran junto a Carson McCullers. Los anfitriones le respondieron con una sonrisa.

—Eso será fácil.

—¿Y eso por qué? —preguntó la danesa sorprendida, pues imaginaba que la popular Carson sería requerida por muchas otras personas más importantes que ella.

—Bueno —le aclararon los anfitriones de la fiesta—, es que Carson McCullers ha pedido sentarse junto a la escritora danesa de *Memorias de África*.

Para Graham Green, el trabajo de McCullers estaba al nivel del premio Nobel Faulkner. Para Gore Vidal, la obra de McCullers era uno de los pocos logros de la cultura norteamericana. En multitud de listados sobre las mejores cien novelas de la literatura norteamericana o en lengua inglesa, *El corazón es un cazador solitario* aparece constantemente mencionado. En 1954, Hitchcock sorprendió con su fascinante película *La ventana indiscreta (Rear Window)*. Casi veinte años antes, Carson McCullers ya había escrito un relato sobre una mujer que miraba al patio de vecinos de su casa en Nueva York y describía lo que veía en cada ventana cruzando sus historias personales con un trágico suceso que acontecía en el patio. McCullers era premonitoria, sensible, brillante y, por encima de todo, precoz. Tuvo una vida personal no muy feliz y padeció una lenta enfermedad paralizante en los últimos años. Siempre se refugió en su literatura, dejándonos hermosos regalos para todos. Pero, al final del camino, siempre se acordó de la profesora Bates, de quien contaba con cariño: «No sé cómo alguien puede enseñar a escribir, pero en la clase de la señorita Bates encontré una compasión y una crítica y la disciplina del trabajo constante que me resultaron siempre impagables».

Gracias, miss Bates.

Gracias, Carson.

***Guerra civil española:
crisis de las embajadas***
(segunda parte)
La embajada de la Luna

Madrid, 13 de noviembre de 2015

Hubo un tiempo en que la Luna tuvo una embajada en Madrid. Concretamente, en el número 26 del paseo del Prado.

He venido a la capital a impartir una conferencia para la Sociedad de Estudios Clásicos. Esta mañana amanecí en Madrid. Visité el Museo del Prado por enésima vez (y enésimo éxtasis intelectual y artístico al hacerlo). Salí y caminé por el paseo arbolado hacia Atocha, arrastrando mi pequeña maleta de ruedas. A la altura del Jardín Botánico cruzo la gran avenida.

Me detengo entonces. Estoy en el número 26. Miro hacia arriba. Ya no hay banderas. La legación diplomática hace mucho tiempo que se trasladó, pero hubo un día, una noche, en que la Luna tuvo una embajada en este lugar...

Madrid, 28 de marzo de 1939

Con la alegría de la luz del día, muchos de los que se habían refugiado durante años en la embajada salían, por fin, libres. Las tropas de Franco estaban tomando la ciudad. Allí se habían escondido Rafael Sánchez Mazas, Víctor de la Serna, Jose María Alfaro o hasta José Calvo Sotelo.

Cae el sol en el horizonte.

Al abrigo de la noche son otros los que entran ahora en la embajada del número 26 del paseo del Prado arropados por las sombras de la clandestinidad recién renacida. Antonio y Santiago estaban en el grupo de diecisiete republicanos perseguidos por el nuevo régimen. Escritores, artistas, abogados, médicos.

Pasan los meses.

Marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre...

Un cometa resplandeciente cruzó el cielo madrileño. Lo vieron desde las ventanas de la embajada.

Octubre.

—¿Recuerdas el aerolito que vimos? —pregunta Santiago.

—Sí —responde Antonio.

Hablan con frases cortas, con monosílabos. Viven en silencios largos, polisílabos. La derrota los engulle por dentro. La angustia los hunde desde fuera.

—Estas paredes nos asfixian —continuó Santiago—. Aquel aerolito que vimos hace unas noches era libre. Nosotros no.

—No —certificó Antonio.

—Tenemos que hacer algo para no embrutecernos —insistió Santiago. Él era artista y su interlocutor, escritor, pero Antonio ya no hablaba sino en versos que escribía recordando la eterna derrota, la sangre vertida, el sufrimiento de todos.

—¿Y si hiciéramos un periódico? —preguntó Santiago y, ante la mirada confusa de su amigo, añadió una explicación—: Para no embrutecernos, como te decía, para no volvernos locos.

Antonio asintió.

Lo llamaron *El cometa* en recuerdo a aquel aerolito libre que vieron surcando el cielo del Madrid de 1939.

Pero aquello no fue bastante.

Madrid, noche del 26 de noviembre de 1939

Estaban los diecisiete rodeando la pequeña imprenta.

—Aquí lo tenemos —dijo Antonio, que ahora ya no andaba con hombros encogidos—. Esta noche ha nacido una *Luna* nueva en la ciudad.

Y el escritor, junto a Santiago, exhibió ante el resto el primer y único número de la primera revista cultural del exilio republicano, curiosamente editada en el centro mismo del Madrid franquista, al abrigo de la protección de una sede diplomática.

—Un ejemplar. Toda nuestra tirada —dijo Santiago con sorna.

—No importa el número de ejemplares —matizó Antonio con vehemencia—, sino lo que representa. Seguimos aquí, en el corazón de Madrid, escribiendo lo que creemos. Pensando. Libres entre estas cuatro paredes.

La crisis de las embajadas en el Madrid de la guerra civil fue doble. Primero se refugiaron en ellas los perseguidos por las Milicias de Retaguardia anarquistas y otros grupos brutales, tal y como veíamos en el episodio sobre Wenceslao Fernández Flórez. Pero acto seguido, tras la toma de Madrid por el ejército franquista, las tornas cambiaron y entonces fueron otros los perseguidos por la ira del nuevo régimen. El escritor Antonio Aparicio, junto con otros dieciséis republicanos como el artista Santiago Ontañón, se salvó refugiándose en la embajada chilena en el número 26 del paseo del Prado. Allí, por sugerencia de Ontañón, decidieron empezar a hacer primero un periódico y luego una revista cultural, a la que llamaron *Luna*, para evitar trastornarse en medio de su largo encierro.

El escritor Antonio Aparicio, con la ayuda de Pablo Neruda, a la sazón cónsul especial de Chile en París, consiguió salir de la legación y partir rumbo a su eterno exilio en América Latina. Miguel Hernández a punto estuvo de haberse salvado uniéndose al grupo de la embajada chilena, pero no se pudo reunir con ellos al final y fue detenido, encarcelado y finalmente murió enfermo en Alicante.

Antonio Aparicio, años después, desde América, le escribiría una hermosa elegía en la que, en un ardid literario, cantaba al fallecido poeta conectando una referencia al Quijote, el título de un libro del propio Hernández, *El rayo que no cesa*, y unas líneas del famoso poema «Coplas por la muerte de su padre» de Jorge Manrique. Hay que ser muy bueno para hacer un poema en memoria de otro poeta con retazos de obras clásicas de la literatura. Pero Antonio Aparicio era bueno:

*En un lugar de la Mancha,
mataron al que cantaba.*

*Rayo
que no quería cesar.*

*Miguel
de los claros Hernández,
crecido junto a los ríos
que van a dar
a la mar.*

*Miguel
hecho y derecho,
barbecho hijo de Dios
y de los hombres.*

*Rayo
que no quería cesar.
Que es el morir.*

«Ocaña» se titulaba el poema, en alusión a una de las prisiones en las que Miguel Hernández estuvo recluido en Castilla-La Mancha.

El propio Antonio Aparicio murió en el año 2000 en América.

La crisis de las embajadas en el Madrid de la guerra civil fue bidireccional, igual que bidireccional fue la crueldad de unos españoles con otros, más allá de motivaciones, religión o banderas. Algunos se salvaron, como Wenceslao Fernández Flórez o Antonio Aparicio, dos refugiados políticos que, huyendo de bandos distintos, huían de la misma locura mortal de la guerra.

Madrid, 13 de noviembre de 2015

Sigo detenido frente al número 26 del paseo del Prado. Aquí hubo una embajada, aquí nació la revista *Luna*. Pero ya no hay banderas de ningún país. Ahora hay un Burger King. Me asomo por el ventanal: veo muchos adolescentes haciendo cola frente a las cajas. No creo que

ninguno conozca esta historia. El pasado de España convenientemente enterrado entre hamburguesas americanas o, mejor dicho, «yanquis» (como diría Wenceslao Fernández Flórez). Es la hora de comer y tengo hambre, pero me pongo de nuevo en camino hacia la estación. En el tren, mal que le pese a la Organización Mundial de la Salud, pediré un bocadillo de jamón ibérico.

Sin destino

Budapest, 1944

La redada fue cuando iba en autobús a la refinería a la que se le enviaba todos los días a trabajar.

Él era judío.

Y no lo era.

Esto es, era de una familia judía no practicante, por eso los otros judíos no lo miraban bien. Era uno de ellos, pero sin serlo.

A su padre ya se lo llevaron tiempo atrás. Ahora le tocaba a él. Sólo tenía quince años. Eso no era relevante. Él llevaba tiempo portando la estrella que indicaba su origen judío para las autoridades filonazis de Budapest. Desde hacía meses se veía obligado a sentarse en la parte de atrás de los tranvías, pero por lo demás nadie lo había molestado. Por eso, como la policía se mostró amable, no sintió la necesidad de escapar del camión que transportaba a todos los detenidos fuera de la ciudad.

Algunos sí lo hacían.

Saltaban y echaban a correr como posesos.

Él no.

Al final del trayecto es conducido a una fábrica donde, custodiado siempre por policías militares, un comité judío intenta persuadir a los recién llegados de que vayan a Alemania como trabajadores voluntarios. Duda, pero a los pocos días acepta. Se le han retirado sus pertenencias y documentación, pero aún confía. Los alemanes, así lo aprendió en la escuela, son gente organizada.

Todo debe tener un sentido.

El tren

Son sesenta en el vagón que los lleva a Alemania. Viajan sin agua. Incluso cuando algunos empiezan a morir por deshidratación tras varios días de sed permanente, piensa que los que mueren son gente muy mayor que habría muerto de todas formas en muy poco tiempo.

Aún no recela.

Se le enseñó a obedecer y sigue haciéndolo.

«Ninguno de nosotros perdió la paciencia» en aquel trayecto, escribiría años más tarde. Estaba convencido de que iba a un destino mejor que la pobreza y la discriminación que había vivido en Budapest.

La selección

La literatura y el cine tienen muchas descripciones horrendas sobre la forma gélida en la que los judíos eran seleccionados para las cámaras de gas o para trabajar en los campos de concentración nazi. Pero nuestro protagonista lo relata todo con una neutralidad sorprendente, tanto que conmueve por su ingenuidad:

Me fijé también en las dos líneas en forma de rayos que llevaban en el cuello del uniforme. Así comprobé que pertenecían a las famosas unidades SS, de las que había oído hablar largo y tendido. Ahora puedo afirmar con toda seguridad que entonces no los encontré peligrosos: iban y venían despreocupadamente al lado de nuestras filas, respondiendo a preguntas, asintiendo con la cabeza, dándonos simpáticas palmaditas en la espalda o en los hombros.

Se hace la selección y a él le toca el grupo de los jóvenes aparentemente más fuertes y sanos. Los conducen entonces a las duchas. No sale gas sino agua. Los lavan y los desinfectan. Han sido destinados a trabajar. Está contento.

El descenso a los infiernos de nuestro protagonista, como vemos, no es de golpe, sino muy progresivo y lento. En el pasar de los días

descubre incluso el aburrimiento. Pero pronto todo va empeorando. Vienen más traslados. De Auschwitz a Buchenwald y de allí al campo de Zeitz. Allí recibe una bofetada por primera vez por hablar cuando estaba en la fila. También viene la segunda discriminación: como en el Budapest de su juventud, los judíos también le hacen el vacío porque, al no haber sido practicante efectivo de la religión, lo sienten como si no fuera uno de ellos. No parece importar que sea un prisionero como ellos y que sufra las mismas penurias y privaciones.

El hambre

Se reduce progresivamente la comida que se les proporciona. Hay presos judíos que colaboran con los guardianes en mantener el orden entre el resto de prisioneros y reciben por ello raciones suplementarias.

Pasan los días.

Llega el hambre total, con mayúsculas, sin paliativos:

Tenía un hueco, un espacio vacío, y quería, con todos mis esfuerzos, llenar ese hueco sin fondo, ese espacio cada vez más vacío, aniquilar, silenciar el hambre. Mis ojos no veían otra cosa que comida, mis pensamientos, mis actos, todo mi ser se ocupaba exclusivamente de eso, y si no me comía la madera, el hierro o los guijarros, era sólo por la imposibilidad de masticarlos y digerirlos. Sin embargo, he comido arena y también hierba.

Sarna.

Disentería crónica.

Nunca pensé que se pudiera envejecer tan rápido.

Llagas en los pies y los zapatos pegados a las llagas.

Las descripciones del relato son precisas, sin artificio literario alguno, sin subrayados trágicos. No hay necesidad:

Estas heridas [de los pies] —por su naturaleza— desprendían un líquido pegajoso y, así, al cabo de un tiempo, era ya imposible librarse de los

zapatos, que ya no se podían quitar, se pegaban, se adherían al cuerpo, formando otro miembro más. Yo llevaba puestos los zapatos todo el día, y tampoco me los quitaba para acostarme.

No hace falta añadir adjetivos.

La descripción neutra es aún más directa, más demoledora.

Traslado de nuevo a Buchenwald

La degradación física es ya total. Está en los huesos. Se ha abandonado por completo y, sin embargo, aún persiste en su ser un ansia por seguir viviendo siquiera un poquito más:

Un ratito más en aquel campo de concentración tan hermoso.

Eso escribiré. Está trastornado, pero no es consciente de ello.

Es raro: no lo matan, sino que lo ingresan en el hospital del campo, lo curan y le dan alimento. Se está recuperando. Es entonces cuando llega el miedo más terrible: intuye que van a experimentar con él. Sólo eso da sentido a que quieran recuperarlo.

Un amanecer extraño

Hay agitación en el campo, disparos, carreras... El 11 de abril de 1945 la megafonía anuncia que los presos son libres. Los aliados han llegado hasta Buchenwald. Pero nuestro protagonista está fastidiado porque ya no reparten sopa.

El retorno

Empieza entonces un periplo peculiar visto desde el siglo XXI: decenas de miles de personas abandonan Alemania por carretera, andando, en tractores, coches, camiones, en cualquier vehículo de cualquier forma para regresar a su casa. Nuestro protagonista hace lo mismo y vuelve a

Budapest. Allí, en un sorprendente giro, el relato nos muestra a un personaje confundido, nuevamente marginado y totalmente incomprendido por su entorno. Llega un momento donde recuerda hasta con cariño su paso por el campo de concentración. Es un síndrome total de Estocolmo, azuzado por la nueva marginación de los judíos, que siguen sin considerarlo realmente judío, y por el estalinismo que se ha apoderado de Hungría.

El relato hasta este punto es un resumen de la novela *Sin destino*. El autor, Imre Kertész. Es una historia verídica. Tardó trece años en escribirla. No es un texto largo, pero sin duda sobreponerse a lo ocurrido para narrarlo con esa distancia, con ese punto de ingenuidad de quien es conducido a Auschwitz desde el desconocimiento y el engaño, requiere de tiempo para digerir, asimilar y poder explicar lo ocurrido.

Kertész presentó su novela a un editor húngaro, pero éste, después de leerlo, lo miraba estupefacto desde el otro lado de una mesa.

—Esto no lo vamos a publicar nunca —sentenció el editor inapelable.

—¿Por qué? —preguntó Kertész.

—Es un relato antisemita.

Al contarlo todo, los horrores del campo, pero también la marginación de unos judíos a otros que, como él, no eran ortodoxos, había sentenciado su novela a una marginación similar a la que él mismo había padecido en carne propia.

Le costaría mucho, pero, al fin, publicó *Sin destino*.

La novela, no obstante, sin apoyo institucional, sin críticas que la arroparan, sin nadie que la alabara, pasó sin pena ni gloria.

Escribiría otras obras y viviría del periodismo.

La caída del muro de Berlín hizo que sus obras se hicieran más conocidas en Europa occidental y el reconocimiento empezó a llegar, siempre desde fuera, nunca en su país.

Un día se consideró oportuno recompensar la obra literaria de Kertész desde la mismísima Alemania reunificada de finales del siglo XX. Los alemanes, siempre organizados, hicieron las cosas como corresponde y contactaron telefónicamente con el Ministerio de Cultura magiar.

—¿A quién han dicho que quieren premiar? —preguntaron desde el ministerio húngaro.

—A Kertész, a Imre Kertész —reiteraron desde Alemania.

Se hizo un largo silencio.

—Sería mejor que premiaran a otro autor —respondió al fin el representante del Ministerio de Cultura húngaro.

El delegado alemán frunció el ceño confundido. Había esperado muchas reacciones, pero no aquélla. Hacía años que el comunismo había desaparecido de Hungría, de modo que aquella frialdad no podía ser que fuera por la vieja censura comunista. Además, el gobierno húngaro era conservador y elegido democráticamente.

—Y ¿por qué no deberíamos premiar al escritor húngaro Imre Kertész? —insistió el funcionario alemán con tenacidad marcial.

—Es que Kertész... no es realmente húngaro —respondió el representante del gobierno magiar del siglo XX.

Esto sí que no lo esperaba el funcionario alemán de ningún modo. ¿Era posible que alguien hubiera cometido un error y que Kertész hubiera cambiado su nacionalidad en algún momento y que ellos no lo supieran?

—Y ¿qué es ahora Kertész?

Hubo otro lento y pesado silencio.

—Es judío —respondió al fin el representante húngaro.

El interlocutor alemán colgó el teléfono muy despacio.

No pensó que fuera necesario despedirse.

En 2002, la academia sueca concedió a Kertész el Premio Nobel de Literatura. Se ve que los escandinavos se saltaron la llamada al Ministerio de Cultura.

El escritor favorito de Stalin

Era el autor favorito de Stalin. Dicen que el dictador ruso llegó a ir al teatro hasta veinte veces para ver una de sus obras. Todo iba bien. Demasiado bien. Pero un día el escritor empezó a decir lo que pensaba.

Qué fácil es dejar de ser el favorito.

Moscú, 1939

Yelena servía té caliente, café y vodka. Su marido se levantó.

—Os he reunido aquí porque he terminado, por fin, la novela y... quería leerlos a vosotros, que sois mis mejores amigos, antes de que la lleve a la editorial.

Todos estaban emocionados.

Sabían que el escritor había sufrido horrores para sacar adelante aquel libro. De hecho, una primera copia completa tuvo que ser destruida por temor a la policía secreta. Pero su amigo la había recompuesto entera, de memoria. La censura no había permitido que ninguna de las nuevas obras de teatro que había escrito pudiera llevarse a escena ni en el Teatro del Arte de Moscú ni en ningún otro teatro de la Unión Soviética. Por eso se había volcado aquellos últimos años en rescatar del interior de su mente aquella novela.

—Espero que os guste —añadió algo nervioso y empezó a leer.

—Aun así, dime quién eres.

—Una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y que siempre practica el bien.

—Es una cita de *Fausto* de Goethe, como bien sabéis —apuntó el autor y se aclaró la garganta antes de seguir—. Creo que es una buena entrada para el texto. El primer capítulo se titula «No hable nunca con desconocidos». Pero empiezo ya:

A la hora de más calor de una puesta de sol primaveral en «Los Estanques del Patriarca» aparecieron dos ciudadanos. El primero, de unos cuarenta años, vestido con un traje gris de verano, era pequeño, moreno, bien alimentado y calvo. Tenía en la mano un sombrero aceptable en forma de bollo, y decoraban su cara, cuidadosamente afeitada, un par de gafas extraordinariamente grandes...

El autor leía con fluidez. Quizá recitaba más que leer. Se sabía el texto de memoria. Era no como si llevara trabajando años sobre el manuscrito, sino como si aquella obra fuera su vida entera. Llegó al segundo capítulo.

—Ahora damos un salto atrás en el tiempo de... varios siglos —aclaró el autor—. Vamos a tiempos de Cristo.

Sólo mencionar el nombre de Jesús hizo que varios de los presentes se movieran con incomodidad en sus butacas. Uno optó por servirse más vodka directamente. El escritor no se sorprendió: mencionar cualquier asunto religioso en aquellos tiempos en la capital de la Unión Soviética era, como mínimo, arriesgado. Pero siguió leyendo:

Con manto blanco forrado de rojo sangre, arrastrando los pies como hacen todos los jinetes, apareció a primera hora de la mañana del día catorce del mes primaveral Nisán,⁵ en la columnata cubierta que unía las dos alas del palacio de Herodes el Grande, el quinto procurador de Judea, Poncio Pilatos.

La lectura se prolongó a lo largo de toda la tarde.

El manto gélido del invierno ruso se apoderó del exterior. La pequeña chimenea que se esforzaba en calentar la habitación en la que estaban reunidos no parecía ser suficiente para su cometido, pero

cuando el escritor terminó la lectura y miró a sus amigos directamente a los ojos, nadie parecía tener frío. De hecho, era más bien al contrario. Muchos sudaban.

Pero nadie decía nada.

—¿Qué os parece? Mañana voy a llevarla para publicar.

Yelena recordaría años después en su diario personal cómo todos los presentes, literalmente, estaban aterrados.

Como era de esperar, la censura política controlada por la temida policía secreta de Stalin prohibió que la novela saliera a la luz. Aparentemente fue el golpe definitivo para la moral del escritor.

A los pocos meses, el autor, muy enfermo, yacía en la cama acompañado por su esposa. De pronto, él exhaló una bocanada extraña de aire de forma violenta. La mujer supo, sin necesidad de tomarle el pulso, lo que acababa de ocurrir.

Hubo unos instantes de silencio intenso.

Sonó el teléfono.

Yelena Bolgakova descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Ha muerto? —preguntó un hombre sin identificarse. A Yelena no le hacía falta que se identificaran. Eran los de siempre.

—Sí —respondió ella; ¿qué sentido tenía mentir? Lo averiguarían de todas formas como lo averiguaban todo siempre. Yelena se quedó con el auricular pegado a la oreja. No se escuchó respuesta alguna. Súbitamente, la línea se cortó.

Mijaíl Bulgákov nació en Kiev el 3 de mayo de 1891 según el calendario gregoriano vigente en el Imperio ruso, es decir, un 15 de mayo actual. Y falleció en Moscú el 10 de marzo de 1940 en la Unión Soviética de Stalin. El dictador ruso estaba encantado con las primeras obras de este autor y, en efecto, tal y como se apuntó al principio de este relato, fue en numerosas ocasiones a ver su obra de teatro *Los días de los Turbín*. Esta obra teatral estaba basada a su vez en su novela *La guardia blanca*, y en su formato para el escenario fue vista por el dictador ruso al menos veinte veces. En esta obra, Bulgákov mostraba la turbulenta lucha en Kiev durante la primera guerra mundial, cuando la ciudad se consumía en una inmisericorde lucha

entre rusos zaristas, ucranianos nacionalistas, bolcheviques y tropas alemanas y del Imperio austrohúngaro.

Pero a partir de aquí el escritor escribió obras donde se criticaba ferozmente el devenir dictatorial de la revolución rusa de octubre de 1917. Stalin, en un principio, quizá recordando su agrado por aquella obra sobre Kiev, lo protegió y le permitió seguir escribiendo, incluso le facilitó un puesto en el Teatro Artístico de Moscú. Sin embargo, el todopoderoso mandatario soviético, en un acto de retorcida tortura intelectual, no dejaría ya que ninguna de las nuevas obras del dramaturgo fuera representada en escena. Bulgákov interpretó con acierto que nunca más podría expresar su arte en libertad. Solicitó salir del país con su esposa. Escribió una carta directamente a Stalin (la primera de una serie).

El líder ruso le negó el permiso para abandonar la Unión Soviética.

Bulgákov comprendió entonces que estaba condenado al silencio en vida y a morir en una Rusia que amaba, pero cuyo gobierno le negaba el derecho a publicar sus obras.

Oficialmente, Bulgákov murió de una insuficiencia renal hereditaria a la edad de cuarenta y nueve años.

No está claro.

Su obra más personal, *El maestro y Margarita*, una novela que leyó a sus amigos poco antes de morir, no pudo ser publicada en la Unión Soviética hasta 1966, trece años después de la muerte de Stalin. Es una obra surrealista, una sátira en donde el diablo deambula por la URSS de Stalin y en la que hay saltos en el tiempo para hablar, entre otros grandes tabúes soviéticos, de Cristo. La genial sátira de la novela es difícil de apreciar si no se tiene un conocimiento profundo de la URSS de los años treinta. Esto quizá haya dificultado que sea una obra más popular en Occidente. Pero, pese a ello, por ejemplo, la escena del juicio a Jesús por parte de Pilatos es épica y se lee con facilidad. Una de las mejores traducciones es la de Marta Rebón de 2014, hecha sobre la versión más completa del original ruso. Muchos consideran esta obra una de las novelas más importantes de todo el siglo XX.

Atrapado en Moscú, sin posibilidad de publicar lo que pensaba, sin opción de salir del país, Bulgákov tomó una decisión audaz: se iría al otro mundo sin saber si su última gran obra vería la luz o no, pero

no dejaría este mundo sin decirle muy claramente a Stalin lo que pensaba. Así, en una de las diferentes cartas que envió directamente a Stalin, Bulgákov se atrevió a decirle lo siguiente:

La lucha contra la censura, cualquiera que sea, y cualquiera que sea el poder que la detente, representa mi deber de escritor, así como la exigencia de una prensa libre. Soy un ferviente admirador de esa libertad y creo que si algún escritor intentara demostrar que la libertad no es necesaria se asemejaría a un pez que asegurara públicamente que el agua no le es imprescindible.

Stalin dejó la carta sobre la mesa de su escritorio.
Descolgó el teléfono e hizo una llamada.
Bulgákov fallecería en poco tiempo.

Stalin silenció a Bulgákov en vida, pero fallecidos los dos, Bulgákov triunfa una y otra vez sobre Stalin cada vez que alguien abre las páginas de *El maestro y Margarita*, *La guardia blanca* o cualquiera de sus novelas y lee.

El séptimo círculo del infierno

Víspera del Viernes Santo de 1300

Atacado por tres bestias, perdido en un bosque, errado el camino recto, Dante desciende al infierno. Según nos cuenta el escritor florentino, el inframundo está dividido en nueve círculos. En el primero, el limbo, encuentra a los paganos y los no bautizados; en el segundo se cruza con los lujuriosos como Dido, Helena o Cleopatra, Aquiles, Paris o Lancelot; en el tercer círculo se cruza con los pecadores por gula; en el cuarto ve a los avariciosos; en el quinto encuentra a los iracundos y los perezosos; en el sexto halla a los herejes y en el séptimo círculo están los asesinos. Hay dos círculos más, pero nos detenemos aquí. El séptimo círculo es especial para nosotros en nuestro propio viaje por los infiernos de la literatura...

Reunión del Comité de Actividades Antiamericanas, Los Ángeles, 1950

—¿Nombre?

Ella respondió, con serenidad.

Apuntaron el nombre.

—¿Apellido?

Ella volvió a responder y ellos volvieron a apuntar.

Una pausa.

El que interrogaba encendió un cigarrillo. A ella no le ofrecieron nada.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó el que fumaba.

—Lo imagino, pero se equivocan.

—¿En qué nos equivocamos? ¿No es acaso cierto que usted simpatiza con el Partido Comunista y que ha participado en numerosos eventos de dicha organización?

Ella suspiró. Eso era cierto. Años después, tras visitar Rusia, abandonaría esa simpatía por el comunismo, pero en aquel interrogatorio eso era sólo el futuro. Si el Comité de Actividades Antiamericanas, en vez de preocuparse por los filocomunistas estadounidenses que habían viajado a la URSS, hubiera pagado un viaje a Moscú al resto de americanos simpatizantes con la Unión Soviética, el Partido Comunista de Estados Unidos habría desaparecido porque todos sus miembros se habrían dado de baja al terminar dicho viaje.

Pero volvamos al interrogatorio:

—Nada en lo que yo he colaborado atenta contra la seguridad de este país —replicó ella.

—Lo que atenta contra la seguridad o no de los Estados Unidos de América lo decidimos nosotros —sentenció el que fumaba.

Un nuevo silencio.

El interrogatorio prosiguió.

Una hora.

Dos horas.

—Esto puede terminar o seguir infinitamente —la advirtió él, encendiendo el enésimo pitillo.

—¿Qué he de hacer para que esto termine?

—Nombres. Así de sencillo. Denos nombres de otros que colaboran con el Partido Comunista y podrá salir libre, volver a su vida normal, y no entrará en la lista. Podrá seguir escribiendo novelas y guiones de cine.

Ella suspiró. Estaba exhausta. Pero no estaba dispuesta a ceder.

—No voy a dar nombres.

—Entonces su vida, tal y como la ha conocido, ha terminado. Ahora empieza para usted, aquí en la tierra, el infierno.

—Con que me dejen en el séptimo círculo me conformo —musitó ella.

No entendieron la referencia literaria. En el Comité de Actividades Antiamericanas nadie leía a Dante.

Ella no pudo escribir para Hollywood en varios años. No importaba que algunas de sus novelas, adaptadas al cine, hubieran sido importantes éxitos de taquilla.

A finales de los cincuenta, no obstante, el Comité de Actividades Antiamericanas pierde influencia en el control de la cultura de Estados Unidos en paralelo con la pérdida de apoyos al senador McCarthy en su caza de brujas. Las listas negras se diluyen. Acaban los cincuenta.

Empieza una nueva década. En 1961, la 20th Century Fox le ofrece un contrato a nuestra escritora de 150.000 dólares por uno de sus guiones, algo original, no publicado como novela. Ella escribe *Illicit*.

Se trata de una historia, como todos sus relatos, centrada en la lucha solitaria de una mujer con enorme personalidad en un mundo dominado por los hombres. En el relato nos presenta a una protagonista hermosa que se casa con un adinerado hombre de negocios sin escrúpulos. Éste no duda en emplear cualquier método para conseguir firmar un contrato y ampliar su riqueza negociando con otros empresarios dentro y fuera de Estados Unidos. El hombre desarrolla una técnica especial: fuerza a que su mujer se haga pasar por ser sólo su secretaria. La obliga a vestir sensualmente y luego a que se entregue sexualmente a aquellos empresarios con los que él negocia para animarlos a firmar los contratos que quiere conseguir. Un día, uno de los empresarios que se sienten atraídos por la joven mujer averigua que ella es en realidad la esposa del hombre con el que está negociando, y abandona el romance, pero en realidad este empresario se ha quedado prendado de ella. Todo esto ocurre en Grecia. El hombre de negocios griego, muy enamorado, vuelve a por ella a Estados Unidos; es rico y poderoso, tanto como el marido, sólo que la trata infinitamente mejor, y la mujer, al final, se va con el hombre que la trata con respeto y afecto. Final feliz y con moraleja. La historia lo tenía todo: morbo en grandes dosis, sexo (sugerido o tan explícito como permitieran las circunstancias), amor, tensión dramática, escenarios exóticos, final feliz y muy bien escrito. ¿Qué más podían pedir? Se iban a hartar de vender entradas. Les faltaba la actriz. Pero lo tenían muy claro: la productora quería el guión para Marilyn Monroe. El guión era demasiado aventurado en su moralidad

y en su sensualidad, pero con Marilyn Monroe todo se les permitiría. Se iban a forrar.

Todo era perfecto. Demasiado perfecto. Iba a suponer el renacer de la autora, pero Marilyn se hace indisciplinada, consume alcohol y drogas, y el proyecto se viene abajo cuando el icono de Hollywood fallece (o «la fallecen») en 1962. Nuestra escritora sólo cobró un primer pago por su guión.

Vera Caspary, una de las mejores escritoras de novela negra de la literatura norteamericana, vio su vida profesional destrozada por el Comité de Actividades Antiamericanas y luego por la muerte de Marilyn Monroe. Vera Caspary siguió escribiendo novelas, y no malas, hasta bien entrados los ochenta, pero nunca cosechó los grandes éxitos del pasado. Quedó como otra de esas grandes escritoras que se nos ha hecho invisible. Murió en 1987 en Nueva York y apenas nadie se hizo eco de aquella pérdida brutal para la literatura y el cine. El Comité de Actividades Antiamericanas la envió directamente al infierno. Pero, eso sí, se quedó, para siempre, en su querido séptimo círculo, allí donde todo está lleno de asesinos que luego son los grandes personajes de sus mejores novelas.

Este séptimo círculo no queda tan lejos de nosotros como uno pudiera pensar: entre los años cuarenta, cincuenta, sesenta y setenta del siglo pasado, los escritores argentinos Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges lanzaron una magnífica colección de novela negra denominada, precisamente, el séptimo círculo, en referencia, por supuesto, al círculo donde, siempre según la descripción que Dante hace del infierno y que hemos referido ya varias veces, podemos encontrar a los asesinos (Bioy Casares y Jorge Luis Borges sí sabían de referencias literarias).

Estamos ante una magnífica y extensa colección de más de trescientos autores. Los tenemos ordenados por orden alfabético. Si vamos hacia atrás, de la letra *D* hacia la *C*, podemos leer que en ella hay autores como Dickens, Christie, Chesterton, Chéjov o Chandler..., ahí es nada, entre otros muchos fascinantes, y, de pronto, aparece una tal Caspary, Vera. Ahí la pusieron Borges y Casares. Y de literatura, les puedo garantizar que ellos sabían bastante más que los ignorantes del Comité de Actividades Antiamericanas. De hecho, a modo de ilustración, sobre la importancia que Borges y Casares daban a esta

escritora estadounidense hay que observar que si bien de Charles Dickens, Agatha Christie, G. K. Chesterton y Antón Chéjov, los autores argentinos seleccionaron un único relato de cada uno de ellos, y de Raymond Chandler, sólo dos novelas; sin embargo, de Vera Caspary eligieron hasta seis obras diferentes para incorporar a la colección de El Séptimo Círculo. Hasta ese punto pensaban que Vera Caspary era genial. Concretamente, eligieron *Laura*, *Bedelia*, *Más extraño que la verdad*, *El falso rostro*, *Evvie* y *El marido*.

Conseguir estas obras, hoy día, no obstante, puede ser algo complicado, pero si se pone empeño, ya sea por medio de bibliotecas o encargándolas a una buena librería, se logra.

Pero hay más formas de acceder al maravilloso círculo infernal de Caspary (no todos los infiernos son malos). Existen tres DVD que se pueden conseguir con relativa facilidad en tiendas especializadas en cine clásico: *The Blue Gardenia* de Fritz Lang, basada, por supuesto, en una obra de Caspary, el musical *Three Wives*, también con guión de Caspary y, por encima de todo, *Laura*, para mí la mejor película que se hizo nunca basada en una novela de Vera Caspary.

Laura fue adaptada al cine por el no menos genial director Otto Preminger. En la película, como en la novela, vemos cómo el escéptico policía McPherson simplemente no puede evitar caer perdidamente enamorado de la hermosa Laura, cuyo asesinato está investigando, pues ha aparecido el cadáver de la hermosa joven con un balazo en la puerta de su casa. La idea del policía enamorándose del cadáver es ingeniosa, pero más ingenioso es el desenlace... Busquen la película, si no la han visto ya, o lean la novela. Y si la han visto, vuelvan a visionarla y verán cómo, en efecto, se reconoce en un plano al principio de los títulos de crédito que la película estaba basada en una obra de Vera Caspary.

Al final, los miembros del Comité de Actividades Antiamericanas llevaron a Vera Caspary al infierno, pero gracias a Borges y Casares, éste no fue otro que El Séptimo Círculo, una colección de novela negra por la que más de un escritor mataría para poder ingresar en ella.

A veces me pregunto: en estos tiempos de escasa imaginación en Hollywood, ¿por qué no se olvidan de tantas sombras, más o menos eróticas, y rescatan de los archivos de la 20th Century Fox el guión olvidado de *Illicit*?

Calle 106

Nueva York, 6 de julio de 1953

Clímax, la undécima bomba atómica del proyecto «Upshot-Knothole», había sido detonada en Nevada apenas hacía unas semanas. En el Reino Unido, Isabel II acababa de ser coronada. En Berlín Oriental, los tanques impedían una revolución.

Y en su Puerto Rico natal, asimilado ya a Estados Unidos..., ¿cómo estarían las cosas?

Paseaba dando tumbos.

Se había despedido de unos amigos unas calles más abajo. Caminaba por el Harlem hispano sin miedo. Llegó a la calle 106 aquel 6 de julio de 1953. Tropezó cuando alcanzaba la esquina con la Quinta Avenida. Perdió el equilibrio y se derrumbó sobre la acera, y con ella todos sus poemas y su lucha por las mujeres y sus amores vividos y partidos y el recuerdo de una familia con trece hermanos y la pobreza y los años de lucha para ser la única en graduarse, la única en estudiar, en viajar, en conocer, en saber... Se derrumbó sobre la acera de Harlem como se rompían los versos de Lorca contra las entrañas de aquella ciudad que ella llamaba siempre «la capital del silencio».

Se quedó así quieta, inmóvil, respirando entrecortadamente. Se había desplomado con su poesía y con su cáncer y su alcoholismo y su cirrosis y sus apenas treinta y nueve años intensos, sin un segundo de respiro o pausa. Se derrumbó con el recuerdo de aquel día en que conoció a Juan Ramón Jiménez en Washington y no la trató como una estúpida.

Julia, tumbada en el suelo de la acera de la calle 106, miraba hacia el cielo abierto, rasgado por las cumbres de los edificios esbeltos. Balbuceó entonces uno de sus últimos poemas, escrito ya en inglés pocas semanas antes, como si hasta el español nativo la abandonara.

*It has to be from here,
right this instance,
my cry into the world.
My cry that is no more mine,
but hers and his forever,
the comrades of my silence,
the phantoms of my grave.*

*Tiene que venir de aquí,
justo en este momento,
mi grito al mundo.
Mi grito que ya no es mío,
sino de ella y de él para siempre,
los camaradas de mi silencio,
los fantasmas de mi tumba.*

Pero su último recuerdo debió de ser, sin duda, para su gran río y su gran poema, «Río Grande de Loíza», el río más caudaloso de Puerto Rico, el río más querido.

Se murió sola.

Nadie reclamó su cuerpo.

La enterraron en una fosa común.

Sus familiares tardarían días en saber qué había ocurrido y en recuperar sus restos de aquella sepultura sin marca.

Pasó un tiempo.

Por fin, llegaron los reconocimientos: en San Juan, Puerto Rico, se creó la Casa Protectora de Julia de Burgos para acoger a mujeres que huyen de la violencia de género, y en Nueva York está el Centro Latino Julia de Burgos, y en Harlem mismo, muy cerca de donde murió, el Centro de Arte Julia de Burgos.

Julia Constanza Burgos García, más conocida como Julia de Burgos, se convertiría en leyenda y símbolo de todas las mujeres

hispanas en Nueva York y parte de Estados Unidos. Ejemplo de lucha y maravilla del arte. La Universidad de Puerto Rico le concedió póstumamente el doctorado *honoris causa* en Letras y Humanidades.

Valencia, España, 2015

Impartía yo una conferencia en Valencia. El público asistente era muy lector. Había incluso varios premiados en diferentes certámenes literarios. Sólo por curiosidad hice la prueba:

—¿Alguien conoce aquí a Julia de Burgos? —pregunté.

Nadie.

No era una pregunta para demostrar que yo pudiera saber más o menos. De hecho, yo mismo reconozco que me encontré recientemente con Julia de Burgos por casualidad, leyendo una obra de una exiliada cubana que citaba un poema suyo, y como el poema me impresionó, quise saber más. La pregunta y el silencio de la respuesta en aquella conferencia es una simple prueba de cómo desconocemos en España, a este lado del Atlántico, a grandísimos autores y autoras de América Latina. Para mí, Julia de Burgos es tan buena como Machado, Lorca o Bécquer. Y si creen que exagero, juzguen ustedes mismos. Allá va su poema dedicado al río Loíza, como si se lo cantara eternamente Julia desde su tumba:

*¡Río Grande de Loíza!... Alárgate en mi espíritu
y deja que mi alma se pierda en tus riachuelos,
para buscar la fuente que te robó de niño
y en un ímpetu loco te devolvió al sendero.*

*Enróscate en mis labios y deja que te beba,
para sentirte mío por un breve momento,
y esconderte del mundo, y en ti mismo esconderte,
y oír voces de asombro en la boca del viento.*

*Apéate un instante del lomo de la tierra,
y busca de mis ansias el íntimo secreto;
confúndete en el vuelo de mi ave fantasía,*

y déjame una rosa de agua en mis ensueños.

*iRío Grande de Loíza!... Mi manantial, mi río,
desde que alzóme al mundo el pétalo materno;
contigo se bajaron desde las rudas cuestas,
a buscar nuevos surcos, mis pálidos anhelos;
y mi niñez fue toda un poema en el río,
y un río en el poema de mis primeros sueños.*

*Llegó la adolescencia. Me sorprendió la vida
prendida en lo más ancho de tu viajar eterno;
y fui tuya mil veces, y en un bello romance
me despertaste el alma y me besaste el cuerpo.*

*¿Adónde te llevaste las aguas que bañaron
mis formas, en espiga de sol recién abierto?
iQuién sabe en qué remoto país mediterráneo
algún fauno en la playa me estará poseyendo!*

*iQuién sabe en qué aguacero de qué tierra lejana
me estaré derramando para abrir surcos nuevos;
o si acaso, cansada de morder corazones,
me estaré congelando en cristales de hielo!*

*iRío Grande de Loíza!... Azul. Moreno. Rojo.
Espejo azul, caído pedazo azul de cielo;
desnuda carne blanca que se te vuelve negra
cada vez que la noche se te mete en el lecho;
roja franja de sangre, cuando baja la lluvia
a torrentes su barro te vomitan los cerros.*

*Río hombre, pero hombre con pureza de río,
porque das tu azul alma cuando das tu azul beso.*

*Muy señor río mío. Río hombre. Único hombre
que ha besado en mi alma al besar en mi cuerpo.*

iRío Grande de Loíza!... Río grande. Llanto grande.

*El más grande de todos nuestros llantos isleños,
si no fuera más grande el que de mí se sale
por los ojos del alma para mi esclavo pueblo.*

Clímax, la undécima bomba atómica del proyecto «Upshot-Knothole», había sido detonada en Nevada apenas hacía unas semanas. La temprana muerte de Julia de Burgos fue una bomba atómica en la línea de flotación de la historia de la literatura, pero como en el caso de la bomba *Clímax*, casi nadie la recuerda. Sin embargo, el gran Leonard Bernstein, cuando compuso *Songfest: un ciclo de poemas americanos para seis cantantes y orquesta*, seleccionó poemas de autores tan consagrados como Edgar Allan Poe, E. E. Cummings, Gertrude Stein, Walt Whitman y, en español, uno de Julia de Burgos.

Finalmente, se consiguió trasladar el cuerpo de Julia desde su fosa en Nueva York al cementerio de la Carolina, en Puerto Rico, en la ribera del Loíza, para que yaciera por siempre, junto al río de su infancia, de su juventud y de su poesía eterna.

Pájaros

En algún lugar de América Latina, segunda mitad del siglo XX

El doctor Asdrúbal lo miraba con preocupación.

—Lo que preguntas se llama para nosotros «exsanguinación». Ése es el nombre técnico. Pero no debes ir por ahí, amigo mío. Sé que tienes una visión muy negativa de todo lo que está pasando, acá y en Argentina y en otros países, pero no debes ir por ahí.

—Y dale. Llámalo como quieras, pero dime qué se siente al cortarse uno las venas. No pensaba que fueras a andarte con tantos rodeos. Si lo sé, se lo pregunto a otro.

El doctor Asdrúbal recordaría esta conversación años después en Toronto, Canadá, en un acto donde se reunieron varios amigos y conocidos para recordar al escritor que, por aquel entonces, ya habría muerto. Pero, en aquella otra época, la conversación continuó:

—De acuerdo —aceptó, al fin, el doctor—. Técnicamente, se supone que no podemos perder más de un litro y medio de sangre. En el cuerpo, para que te hagas una idea, tenemos unos cinco litros. Cuando se extrae sangre en una donación, no se suelen sacar más de 450 centímetros cúbicos de sangre. En un accidente, si pierdes hasta 750 centímetros cúbicos, sentirás mareos, pequeñas molestias, pero aún no es grave, pero si la pérdida sigue, si no se detiene la hemorragia accidental o provocada voluntariamente, a partir del litro y medio de sangre perdida, uno siente una gran debilidad, sed constante y la respiración se acelera. Estás llegando al límite.

El médico veía cómo su amigo asentía una y otra vez, como si tomara mentalmente nota de todo lo que estaba escuchando.

Silencio.

—¿Qué pasa entonces si sigue la hemorragia? —insistió el escritor al ver que su amigo médico callaba.

—A partir de una pérdida de dos litros, la mayoría está completamente desorientado, confuso y se pierde el conocimiento. Uno entra en un shock hemorrágico de muy difícil recuperación. Hay quien ha sobrevivido, pero los relatos de los supervivientes a estas graves hemorragias son muy dispares: van desde quien dice haber sentido una cierta calma fría a quien sólo recuerda un inmenso miedo. No vayas por ahí, amigo mío. De verdad. En la vida todo puede cambiar.

El escritor sonrió misteriosamente.

—Tú no lo entiendes —dijo, y se levantó y se fue.

El que se alejaba era un poeta, un narrador abrumado por la pobreza y la injusticia en el mundo en general y en América Latina en particular. En su texto «Los nadies», a caballo entre la prosa y la poesía, se resume su dura visión de esta existencia injusta que nos ha tocado a todos vivir:

Sueñan las pulgas con comprarse un perro y sueñan los nadies con salir de pobres, que algún mágico día llueva de pronto la buena suerte, que llueva a cántaros la buena suerte; pero la buena suerte no llueve ayer, ni hoy, ni mañana, ni nunca, ni en lloviznita cae del cielo la buena suerte, por mucho que los nadies la llamen y aunque les pique la mano izquierda, o se levanten con el pie derecho, o empiecen el año cambiando de escoba. Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada. Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos:

Que no son, aunque sean.

Que no hablan idiomas, sino dialectos.

Que no profesan religiones, sino supersticiones.

Que no hacen arte, sino artesanía.

Que no practican cultura, sino folklore.

Que no son seres humanos, sino recursos humanos.

Que no tienen cara, sino brazos.

Que no tienen nombre, sino número.

Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica

roja de la prensa local.

Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.

Pero no se suicidó, sino que siguió luchando, sólo que su pugna lo enfrentó con un poder emergente y temible, la dictadura del año 73 en Uruguay que lo llevó directo a prisión. Allí experimentó el dolor del aislamiento al que eran forzados los presos políticos, los peores para el régimen dictatorial, los más temidos. Pero en medio de esa tortura nos regaló un hermosísimo relato, *Pájaros prohibidos*, sobre la cárcel, una historia llena de sensibilidad y final amable desde los ojos inocentes, a la par que muy inteligentes, de una niña pequeña.

Eduardo Galeano falleció de cáncer a los setenta y cinco años. Nunca se suicidó ni intentó cortarse las venas, pero publicó en 1971 un libro titulado *Las venas abiertas de América Latina*, en el que da su visión sobre la lenta y larga explotación colonial e imperialista a la que el continente ha sido sometido desde Europa primero y luego desde Estados Unidos. Es un libro controvertido, maniqueo para sus detractores, simplista para muchos, necesario, no obstante, para otros. Un libro temido por unos (por el que encarcelaron a su autor en Uruguay primero y por el que lo persiguieron después en Argentina), y alabado por otros, como el dictador Chávez, que regaló una copia del mismo a Barack Obama cuando se entrevistó con el presidente de Estados Unidos en una cumbre de las Américas. Eso le hizo más daño que bien a la obra de Galeano. Pero él no tuvo la culpa, pues los escritores no podemos elegir quién nos lee o, para ser más exactos, no podemos elegir quién dice que nos lee.

La obra de Galeano, sus poemas y sus relatos, sobre todo, están por encima de maniqueísmos. Son historias que suponen rebelión y esperanza a la vez, como ese cuento, *Pájaros prohibidos*, al que aludía antes. Juzguen ustedes mismos:

Los presos políticos uruguayos no pueden hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Tampoco pueden dibujar ni recibir dibujos de mujeres embarazadas, parejas, mariposas, estrellas ni pájaros.

Didaskó Pérez, maestro de escuela, torturado y preso por tener ideas ideológicas, recibe un domingo la visita de su hija Milay, de cinco años. La

hija le trae un dibujo de pájaros. Los censores se lo rompen en la entrada a la cárcel.

El domingo siguiente, Milay le trae un dibujo de árboles. Los árboles no están prohibidos, y el domingo pasa. Didaskó le elogia la obra y le pregunta por los circulitos de colores que aparecen en la copa de los árboles, muchos pequeños círculos entre las ramas:

—¿Son naranjas? ¿qué frutas son?

La niña lo hace callar:

—Sssshhhh.

Y en secreto le explica:

—Bobo, ¿no ves que son ojos? Los ojos de los pájaros que te traje a escondidas.

Para dolor supremo de dictadores de uno u otro bando, los pájaros prohibidos de Galeano siguen volando libres.

El fiel de la balanza

Ciudad de México, agosto de 1966

Hacía calor.

La pareja, un hombre y una mujer de mediana edad, caminaban juntos por la acera con paso decidido. El mundo entero estaba agitado, pero ellos andaban con el aplomo de quien se siente con algo especial entre manos. En China, Mao Zedong acababa de poner en marcha su revolución cultural, abriendo así uno de los mayores desastres socioeconómicos de la historia. En el mundial de Inglaterra de fútbol, la anfitriona acababa de proclamarse campeona del mundo. Un avión espía norteamericano había sido abatido sobre Cuba. Era el prólogo a la crisis de los misiles, pero aún nadie sabía nada de eso. En Estados Unidos, la gente estaba más preocupada porque en la universidad de Texas acababa de haber una matanza de 13 estudiantes por un loco psicópata. The Beatles sacaban un nuevo álbum. Martin Luther King era apedreado. Los portugueses celebraban la inauguración del gran puente sobre el Tajo en Lisboa. En el desierto de Nevada, a una profundidad de 87 metros, estallaba una nueva bomba nuclear, esta vez de 20 kilotones, en lo que suponía la prueba nuclear número 478 de Estados Unidos.

La pareja de mediana edad en Ciudad de México se detiene frente a la oficina de correos. El tráfico de la ciudad los rodea, como los rodea el tumulto del mundo, pero entran con paso firme en la oficina, pues tienen un objetivo preciso. Ascenden por las escaleras y ven la larga cola. Esperan con paciencia.

Él mira al suelo y medita. Su esposa vigila atenta la cola.

Ella se las ha ingeniado para sacar adelante la economía familiar con los exiguos ingresos que consiguen. Su fe en él es interminable, infinita. Ha renegociado el pago del alquiler y ha conseguido una prórroga de seis meses, asegurando al propietario que para septiembre todo lo tendrán resuelto. El 7 de septiembre es la fecha marcada para pagar todo lo que deben. Y todo depende del paquete que su esposo lleva en las manos asido con fuerza.

—¡Siguiente! —exclama una voz desde el otro lado del mostrador.

A Mercedes, repensando por enésima vez de dónde sacar más dinero (sus joyas ya están vendidas), se le ha hecho la espera corta.

—¿Qué quieren enviar? —pregunta el funcionario de correos.

Ella mira a su esposo y él pone el pesado sobre repleto de hojas, unas 540, sobre el mostrador.

El funcionario cogió el sobre al tiempo que vuelve a dirigirse a ellos.

—¿Y adónde quieren enviar este paquete?

—A Argentina —responde Mercedes.

—A Buenos Aires, sí —confirma su marido.

—A Buenos Aires. Bien, veamos. —El funcionario de correos pone el sobre lleno de hojas encima de la balanza. El fiel va moviéndose. Mucho.

—Hummmm —murmura el funcionario mientras frunce el ceño y hace cálculos en un folio lleno ya de otras sumas—. Van a ser...

La pareja lo mira atenta a la espera del dictamen.

—82 pesos —sentencia al fin el funcionario de modo categórico, inapelable. Un juez no dicta sentencia de forma más incuestionable.

El matrimonio se mira el uno al otro. Mercedes inspira mientras saca todas las monedas de las que dispone y las distribuye sobre el mostrador. Las cuentan con esmero.

Las cuentan una segunda vez.

—No alcanza ni por asomo —concluye el esposo.

No tenía sentido recontar y recontar para seguir en ese círculo de escasez en el que llevaban viviendo los diecisiete meses en los que él se había enfrascado en la redacción de aquella novela, de aquel sueño de sueños.

—Sólo tenemos cincuenta y tres, Mercedes.

—Y ¿qué hacemos? —preguntó ella entonces al tiempo que se giraba hacia el funcionario—. ¿No hay un modo más barato de enviar el paquete, aunque tarde más?

—Les he dado la opción más barata —replicó el funcionario con cierto aire de fastidio. Lo que valía 82 pesos pues valía 82 pesos. No entendía a qué venían aquellas preguntas. Él no era de los que se dejara sobornar y, a fin de cuentas, aquel matrimonio no tendría nada con que pagar una mordida decente. Ya se retirarían del mostrador.

—Podemos enviar una parte —dijo él mirando a su mujer.

Ella asintió. Él, sin preguntar al funcionario, cogió el paquete que seguía encima de la implacable balanza y lo abrió. Extrajo de él aproximadamente la mitad de las hojas y volvió a cerrar el sobre y se lo entregó de nuevo al funcionario que, ajeno a los padecimientos de la pareja, asistía aburrido a uno de los momentos claves de la historia reciente de la literatura universal.

El fiel de la balanza volvió a moverse. Bastante, pero mucho menos que en la ocasión anterior.

—Hummmm —murmuró otra vez el funcionario mientras enarcaba la ceja derecha y volvía a hacer sus cálculos sobre aquel folio viejo repleto de sumas trazadas con un lápiz partido y viejo.

—Esta vez serán 48 pesos.

—Ahora sí alcanza —dijo Mercedes con aire de pequeña gran victoria.

El funcionario contó con parsimonia el dinero que la mujer le entregó y, al fin, cogió el sobre, le puso unos sellos y, girándose hacia un lado, lo echó sobre un canasto grande repleto de otros paquetes pequeños sobre el que había un cartel escrito a mano donde podía leerse: «extranjero».

El matrimonio salió, por fin, de la oficina de correos. El tráfico cada vez más intenso de la Ciudad de México los rodeó de nuevo. Caminaron un rato hasta que él se sintió nervioso y revisó las hojas que había extraído del sobre, para reducir su peso, y que había llevado todo este tiempo bajo el brazo.

—¡Ay, Mercedes! —dijo él, empezando a sentir gotas de sudor frío por la frente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Con los nervios, no he mirado bien y hemos enviado la segunda parte de la novela, no el principio.

Finales del mes de agosto de 1966

El editor argentino Francisco Porrúa de la editorial Sudamericana abrió uno de los múltiples paquetes que tenía sobre su mesa. Se trataba de un nuevo manuscrito. Suspiró, pero con la paciencia educada por los años, dispuso las hojas con tiento sobre el escritorio. Era de un autor de quien ya había leído alguna obra. Por dedicarle unos minutos a aquel nuevo texto no se perdía nada.

Empezó a leer.

Al poco, arrugó la frente. Le costaba seguir aquella trama que parecía...

Le llevó un tiempo y unas cuantas páginas, en las que mantuvo el ceño fruncido, concluir que allí faltaba algo.

Pero lo que leía le gustaba.

Le gustaba mucho.

Ciudad de México

Mercedes entregó a su esposo, Gabriel García Márquez, una carta llegada desde Buenos Aires. Él la abrió y la leyó con intensidad, varias veces.

—¿Qué dice? —inquirió ella.

Gabriel García Márquez levantó los ojos y la miró por encima del papel con una sonrisa.

—Dice que le enviemos el resto de la novela y manda algo de plata para ello.

Al que luego sería premio Nobel de Literatura no le alcanzó el dinero para enviar el manuscrito completo de *Cien años de soledad* a la editorial Sudamericana de Argentina. Ante la imposibilidad de poder remitir la obra en su totalidad, con el nerviosismo y la confusión

de tener que quitar hojas, en lugar de enviar lo que sería la primera mitad de la novela, remitió la segunda parte. Pero el editor Porrúa, en un ejemplo de fino olfato literario, reconoció el talento, pese a no poder leer ese imponente principio del texto, uno de los principios de novela más citados en la historia de la literatura:

MUCHOS AÑOS DESPUÉS, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.

El fiel de la balanza, al final, se inclinó del lado de la genialidad.

El cuaderno naranja

Ese mismo año, mientras Gabriel García Márquez luchaba por publicar su novela, en la capital del Reino Unido, lejos de México, una mujer pugnaba por salvar su cuaderno naranja.

Un barrio de la periferia de Londres, 1966

—No lo hagas —dijo ella.

Pero él siguió con lo que estaba haciendo y, además, acompañando sus acciones con aquella sonrisa funesta que anunciaba, una vez más, la victoria de su voluntad hostil sobre los sueños de ella.

—Por favor, no lo hagas —imploró su esposa, pero Sylvester Onwordi cogió otra hoja más del cuaderno naranja de ejercicios escolares en el que ella había escrito, en el que ella lo había contado todo, en el que ella se había vaciado, y lo arrojó al fuego en el que ya ardían otras muchas páginas...

La mujer, con la espalda pegada a la pared, las bolsas de la compra en el suelo, a ambos lados de su cuerpo petrificado, observaba las llamas inmóvil. Como si se estuviera muriendo, como si la estuvieran matando, en el fulgor del fuego vio pasar su vida en cuestión de segundos.

Se habían conocido de niños, en la Nigeria natal de ambos. Ella tenía entonces sólo once años. Se prometieron. Es decir, los comprometieron como esposos para el futuro cercano. Para ella, huérfana de padre desde los nueve años, aquél era un gran paso en su vida desde el punto de vista de sus familiares. Ella, sin embargo,

quería estudiar. Lo consiguió, pero sólo en parte, asistiendo al Colegio Metodista Femenino, pero a los dieciséis años llegó la inexorable boda.

Y con la boda, los hijos.

Muchos.

Pero cuando todos sus sueños parecían estrellarse con la realidad de lo que tenía que ser la vida de una mujer en Nigeria, Onwordi, su esposo, marchó al Reino Unido para estudiar. Y con él, ella y los niños. Aquello, pensó, lo cambiaría todo, pues lejos de Nigeria las cosas serían diferentes. Tenían que serlo. Sin embargo, al fin del gran viaje a Europa, comprobó que en lo que se refería a sus sueños, aquel desplazamiento a la metrópoli del languideciente Imperio británico sólo había significado un cambio geográfico. Nada más. Sylvester Onwordi, el hombre, estudiaba en la universidad, mientras ella, la mujer, uno tras otro, seguía dando a luz a una larga serie de hijos. Cinco en seis años. Además, trabajaba para conseguir suficiente dinero para dar de comer a todos.

Aún esa combinación de cargas podría haber sido llevadera, pero entonces llegaron los golpes, las humillaciones. El lento infierno en vida de una mujer maltratada por quien se autodenominaba esposo.

Aun eso podría haber sido soportado, pero a ella no se le permitía estudiar.

Aun eso podría haber sido aceptado, pero llegó aquel fatídico día.

Entró en casa agotada del trabajo y cuando vio la sonrisa funesta de su esposo, comprendió que algo terrible estaba sucediendo.

—A vuestros cuartos..., todos..., rápido... —dijo la mujer a los niños para que se refugiaran. Todavía no habían recibido golpes de Sylvester, pero no estaba segura ya de nada y aquella maldita sonrisa de su marido anunciaba una escalada en las humillaciones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, sin levantar la voz, dejando las bolsas de la comida del supermercado en el suelo, lentamente.

—Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo —respondió él, cogiendo las cerillas del banco de la cocina.

Lo vio entonces sacar el cuaderno naranja de ejercicios escolares en el que ella había escrito su libro y lo vio arrancando las hojas y empezando a quemarlas, una a una, como una larga y lenta tortura. Fue entonces cuando rogó, cuando imploró.

—Por favor, no lo hagas.

Pero él, una a una, fue metódico en aquel incendio, arrancando todas las páginas hasta que no quedó ninguna.

Ella, llorando, se arrodilló aun cuando ya todo el mal estaba hecho y seguía repitiendo aquellas palabras como una oración fúnebre, como una letanía de plegarias que rogaran por un imposible.

—Por favor, no lo hagas...

Ella había pasado meses, años, escribiendo en esas hojas, volcando en tinta toda la sangre de su sufrimiento, de su desamparo, de su dolor. Había abrigado sueños, fantasías donde enseñaba el manuscrito a algunos amigos, se había imaginado llegando a ser escritora. Sólo aquel libro, el hecho de escribirlo, lenta y pesadamente, casi a escondidas, la había salvado de la locura. Escribía en aquellos ratos que encontraba después de haber atendido todas las necesidades de su marido y de proveer alimento y vestido para todos sus hijos. Sólo entonces se permitía coger el cuaderno naranja. Había usado esos resquicios de su existencia para calmar el ansia de sus entrañas destrozadas y contarle todo en una novela.

Y ahora el libro estaba destruido.

Como su vida.

Él nunca quiso que ella escribiera nada.

—Ahora ya está todo quemado —dijo él—. Ahora ya no existe.

—Para mí ese cuaderno era como un hijo más —dijo ella, aunque él ya no la escuchara mientras se entretenía en coger las bolsas del suelo para ver qué había traído ella para comer. Su esposa, sin embargo, seguía hablando—: Para mí es como si hubieras quemado a uno de los niños.

A Silvestre Onwordi aquellos lamentos le daban igual.

Buchi Emecheta, a la edad de veintidós años, se separó de su esposo y se llevó consigo a todos sus hijos. Desde entonces trabajó a destajo (algo a lo que ya estaba más que acostumbrada) para sacarlos adelante: horas infinitas como ayudante de la Biblioteca del Museo Británico. Aquél era un trabajo premonitorio de su futuro como gran escritora internacional, aunque nadie pudiera intuirlo aún. Atendió a todos sus hijos y en cuatro años, de 1970 a 1974, consiguió un Grado en Sociología por la Universidad de Londres. Dejó entonces la

biblioteca del Museo Británico al ser contratada como trabajadora social.

Publicó su primera novela, *In the Ditch* («En la cuneta»), en 1972, su segunda obra, *Second Class Citizen* («Ciudadana de segunda clase»), en 1974, y en 1976, después de reescribirla página a página, *The Bride Price* («El precio de la novia»), aquella novela escrita en aquel cuaderno naranja quemado por su exmarido. Y todo lo hizo tras largas jornadas laborales, escribiendo por las tardes rodeada de su nutrida prole jugando alrededor de ella. Parece lógico que, en medio de esa vorágine vital repleta de injusticia, sus novelas estén plagadas de imprecaciones a la libertad y a la igualdad de la mujer frente al todopoderoso hombre. Así en *Las delicias de la maternidad* (título irónico) podemos leer:

«Dios, ¿cuándo crearás a una mujer que se sienta realizada en sí misma, un ser humano completo, no el apéndice de nadie?», rezaba ella desesperadamente.

Pero, y aquí se ve a la escritora más allá de la denuncia social de sus novelas, Emecheta es, además, capaz de contarlo todo con un lenguaje tan directo como poético. Por ejemplo, de esta forma presenta la llegada del otoño a la ciudad en *Ciudadana de segunda clase*:

Las hojas estaban todavía en los árboles, pero empezando a secarse, colgadas como pájaros a punto de volar.

Buchi Emecheta es ahora doctora en Educación, ha impartido clases en diferentes universidades del Reino Unido y Estados Unidos, ha seguido publicando numerosas novelas apasionantes hasta convertirse en una de las autoras africanas más importantes de la historia, y se le ha hecho entrega de la Orden del Imperio Británico.

De Sylvester Onwordi no se sabe nada.

Ni nos importa.

Un pasito para atrás

Feria del Libro de Guadalajara, México, años ochenta

Decenas de escritores pasean entre gigantescos puestos atestados de libros. Miles de lectores deambulan inquietos. Buscan con sus ojos ese volumen anhelado o, mejor aún, cruzarse con el autor de ese relato que tanto les hizo pensar, volar, soñar... Es la gran fiesta mundial del libro en lengua española, la gran fiesta de la literatura que une a dos continentes, pese a que con frecuencia sus literaturas viven, durante demasiado tiempo, vidas separadas.

Pero hay más que escritores y lectores. Hay periodistas que retratan con palabras lo que se dice, lo que se piensa, lo que se debate en las conferencias, en las mesas redondas, en los cafés. Y, por fin, hay fotógrafos que retratan en imágenes lo que se ve. Algunos, los muy buenos, son capaces de retratar en una fotografía también lo que no se ve, lo que se quiere esconder, lo que parece que no está pero que palpita secretamente entre los entresijos enigmáticos de las mentes, a veces demasiado atestadas de cosas, de los escritores.

Y es que el buen fotógrafo profesional está para retratarlo todo, para recordarlo todo. Es el testigo perfecto, constante, eterno. Pero la fotografía perfecta, la que lo enseña todo, requiere de la complicidad entre fotógrafo y escritor. Y eso no es fácil. Requiere tiempo, paciencia, años.

—Maestro, por favor, póngase ahora allí... No, mejor en este otro punto. Allí la luz del sol no es buena..., la cara no sale en sombra... Sí, mucho mejor así...

La sesión de fotos se alarga.

Demasiado para el escritor.
Demasiado poco para el fotógrafo.
Intereses encontrados.

—Ya termino... Esto está casi ya... Pero una foto más, maestro; dé un pasito para atrás, por favor..., sí, eso es, un pasito para atrás...

Pero allí estaba el escalón, el principio de una escalera, el fin de todo. Como aquel relato de Cortázar, pero en lugar de hacia arriba, hacia abajo.

El escritor cayó y con él parecieron caer sus cuentos, sus relatos, sus historias. Se derrumbó. Y se hizo daño.

La sesión de fotos terminó.
El fotógrafo estaba abrumado.
Pidió disculpas una y mil veces.
Pasaron los años.

El escritor que había caído por aquella escalera se hizo famoso. Esto es, más famoso de lo que ya era. Consiguió el Premio Cervantes. Le reconocieron un estilo especial donde combinaba la narración clásica con el recuerdo de la memoria de una vida propia. Curioso. Él y la memoria, él, que lo tenía que ir olvidando todo. Casi todo.

Al fotógrafo, pese a aquel error, tampoco le fue mal. Se convirtió en el amigo de los escritores, de las escritoras, de España y América Latina. El fotógrafo argentino se pasó los siguientes veinte años fotografiando a todos los grandes maestros de la literatura en posiciones inesperadas, retratos sorprendentes, inimaginables. Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Ana María Matute, Jorge Luis Borges (con él empezaron sus fotografías), Jorge Semprún, Cabrera Infante... No importaba quién fuera, se dejaban retratar por él y como él quisiera: en una cama, en una playa, en una bañera, vestidos, medio vestidos, medio desnudos... Cuesta encontrar un autor relevante de la literatura moderna en lengua española que no haya sido retratado ya por él. Lo escuchaban, le hablaban, se iban de fiesta juntos. Vázquez Montalbán, por ejemplo, pasó un día entero con él y no hubo fotos. Sólo comida y copas y risas. Casi despiden al fotógrafo. Pero, al fin, se hicieron fotos también del maestro de la novela de crímenes española y se resolvió la crisis con sus jefes.

El fotógrafo y el escritor que cayera por la escalera en Guadalajara mantuvieron el contacto pese a aquel tropezón del destino. Y

cultivaron el árbol hermoso de la concordia, del respeto. El fotógrafo lo leía con interés, con pasión, como a tantos otros.

Se encontraron más de veinte años después de la caída por aquella escalera de Guadalajara.

París, dos decenios más tarde

Se citaron para almorzar y comieron bien. El fotógrafo sabía, no obstante, de los últimos problemas del escritor, de sus ataques, de sus pérdidas de memoria.

—Me he olvidado de muchas cosas —le dijo el autor—. Imagínate, yo, que leía a Verne, Stevenson o Dickens de niño, sin parar, sin límite; yo, que terminé de leer *Guerra y paz* a los doce años. Yo, que viví mi adolescencia acompañado de los textos de Kafka, Thomas Mann o Virginia Woolf. Ahora, sin embargo, a veces me cuesta hasta pensar, y no te digo ya poner palabras a mis pensamientos. Es... descorazonador.

El fotógrafo hizo ademán de responder, de decir algo que animara a su compañero de sobremesa, pero el escritor negó con la cabeza y prosiguió con su lamento.

—Y eso que te he contado no es lo peor, amigo mío; he perdido mis idiomas extranjeros. ¿Te imaginas? He sido diplomático, he viajado por medio mundo, desde México hasta Europa, desde Europa hasta China; he traducido a Joseph Conrad, Lewis Carroll, Henry James, Jane Austen. Mis versiones de todos esos genios andan por ahí publicadas, repartidas por decenas de países de habla hispana. Ahora, en cambio, no recuerdo la lengua inglesa. Espero que esto no vaya a más.

Se hizo un silencio espeso.

—Te quería pedir un favor —dijo el escritor, retomando la conversación interrumpida.

—Lo que quieras —respondió el fotógrafo.

El escritor sonrió agradecido.

—Ya que estamos juntos, ¿por qué no me acompañas? Tengo una entrevista con un periodista ahora y temo tener lagunas, no recordarlo

todo bien, confundirme. Tú me has leído, me conoces desde hace... ¿cuánto?

—Veinte años, creo, o más —respondió el fotógrafo.

—Ves. Seguro que, si vacilo o me equivoco, puedes corregirme.

—Por supuesto, cuenta conmigo.

El fotógrafo Daniel Mordzinski acompañó al escritor mexicano Sergio Pitol a su entrevista.

—Éste es mi amigo Daniel —dijo Pitol cuando se encontraron con el periodista—. Le he pedido que me acompañe, por si me siento... aturdido con algo. Él me conoce desde hace mucho tiempo, desde que un día en Guadalajara en el que, para hacerme una de sus famosas fotografías, me pidió que diera un pasito para atrás y me caí por una escalera...

—Maestro —lo interrumpió el fotógrafo—, tantas cosas que olvidó, ¿no podría haber olvidado ésta?

Daniel Mordzinski tiene una magnífica web donde pueden verse muchas de sus instantáneas. Un paseo diferente por la historia de la literatura moderna.

Por otro lado, para entender bien el sufrimiento que experimentó Pitol ante su progresiva pérdida de memoria hemos de entender hasta qué punto el recuerdo del pasado era fundamental en su obra. Jorge Volpi lo resume perfectamente cuando comenta lo siguiente sobre Pitol en un artículo titulado, con acierto, «El arte de la memoria» (publicado en la Revista de la Universidad de México):

Sabemos perfectamente, gracias a su segunda trilogía, conformada por El arte de la fuga, El viaje y El mago de Viena, que Pitol es un memorialista exquisito, capaz de enhebrar autobiografía, ensayo y ficción en un solo flujo narrativo.

Paradójicamente, el propio Pitol planteaba que perder la memoria, que borrar el pasado era difícil, casi imposible. Así lo pone en el pensamiento de uno de los personajes de sus relatos:

Tratar de cortar los sutiles hilos de la memoria, icomo si aquello fuese tan sencillo, que uno sólo necesitase proponérselo para que una vida, años enteros con sus meses, sus semanas, sus días y sus horas entregados a la exaltación y al logro de una idea que con fijeza le obedecía, quedasen total y definitivamente borrados!

Quizá por ello su sorpresa y su temor fueron aún mucho más tremendos antes de ir a aquella entrevista en la que lo acompañó su amigo Daniel.

Hay muchas formas de entrar en el universo de Pitol, en su gran memoria; un mundo que muchos han comparado con el gran imaginario de Alejo Carpentier. El volumen *Los mejores cuentos*, prologado por Enrique Vila-Matas y publicado por Anagrama, puede ser una de esas ventanas para asomarse a la literatura de Pitol.

Cuando la premio Nobel de Literatura... Jane Somers engañó a todo el mundo

Londres, finales de verano de 1984

—¿Por qué lo has hecho exactamente? —preguntó mister Maschler desde el otro lado de la mesa. Su tono era serio, pero no parecía realmente molesto.

—Quería demostrar algo y, de paso, tocarles las narices a unas cuantas personas —respondió ella.

—¿Tocarnos las narices a tus editores en el Reino Unido también? —indagó él en busca de más precisión. Estaba hablando con una de las más reputadas escritoras británicas del siglo XX. Podía ser muy exacta si ella quería.

—No, no quería molestaros ni a ti ni a Jonathan —aclaró la autora—. Siento que Jonathan Cape no reconociera mi autoría en el

manuscrito, pero, una vez puesto en marcha el experimento, no podía revelar mi identidad o no habría conseguido comprobar lo que quería comprobar.

—¿Que era...?

—Quería comprobar que, en efecto, si no eres un autor conocido, es mucho más difícil, por no decir casi imposible, primero publicar y, segundo, si has publicado, que te hagan críticas no ya positivas, sino tan sólo críticas, y que, desde luego, es mucho más difícil vender. Sabes que tengo novelas de las que he vendido más de un millón de ejemplares de cada una, pero ¿sabes cuántos ejemplares he vendido de estas dos novelas últimas que he publicado con el pseudónimo de Jane Somers?

—No.

—Mil quinientos en el Reino Unido y tres mil en Estados Unidos, redondeando al alza. Ah... —De pronto ella tuvo una revelación al ver la sonrisa del director editorial—. Por eso no estás enfadado conmigo, porque no has perdido ventas, ¿cierto?

—Cierto. No creo que hubieras aceptado publicar con tu nombre estos libros, pues querías..., ¿cómo lo has llamado? Sí, experimentar. No habiendo muchas ventas perdidas, no me siento tan mal.

—Me alegro, de veras. El experimento, como de hecho lo llamo, no iba contra ti ni contra Jonathan —continuó ella.

—Volvamos entonces al asunto de las personas a las que les querías tocar las narices.

—Volvamos —repitió la autora y precisó—: Los críticos. Contra ellos iba. Sabes que me hice conocida con varias novelas realistas como *El cuaderno dorado*. Luego cambié e hice esas cinco novelas de ciencia ficción orwellianas. ¿Recuerdas lo que decía la mayoría de la crítica?

—No con exactitud, pero sé que no les gustaron esas obras tuyas.

—Algunos fueron muy desagradables, pero la mayoría insistía una y otra vez en que por qué no volvía a escribir novelas realistas como las anteriores. Y eso he hecho con *Si la vejez pudiera* y *Los diarios de Jane Somers*. Sólo que se las envié a las editoriales y a esos malditos críticos con el sobrenombre de Jane Somers, no con el mío. Y ¿qué ha pasado?

—Que no se dieron cuenta de que eras tú.

—Eso desde luego, pero es que además de que las criticaron, no las entendían, no les gustaban y son muy similares a *El cuaderno dorado* en enfoque y estilo. Uno decía que parecían «un precioso suéter tejido por una mujer con artritis». Ahora tienen que tragarse sus comentarios.

—Y eso te hace feliz.

—Inmensamente —confirmó Doris Lessing—. Aunque he de reconocer que algún crítico las valoró positivamente, y hasta reconoció mi estilo.

—Una isla de esperanza para la crítica literaria —comentó mister Maschler con otra sonrisa. En el fondo, y no tan en el fondo, todo aquello también le divertía.

—Pero una isla.

Doris Lessing, autora de novelas realistas de enorme éxito en los años sesenta y setenta, dio un giro sorprendente en su carrera literaria cuando en los primeros ochenta escribió una serie de cinco novelas de ciencia ficción. Pero no se trataba de ciencia ficción escapista, sino sustancial: eran sátiras brutales sobre un posible desastre en la Tierra tras una tercera guerra mundial y novelas donde en el tiempo futuro, como en las de Orwell, el uso de la retórica por parte de los políticos para ocultar las realidades horribles de injusticias creadas por ellos mismos se llevaba a sus últimas consecuencias. Pero la mayoría de los críticos, en lugar de fijarse en estos valores morales de la serie, además de que estaban muy bien escritas, simplemente se limitaban a reclamar a Doris Lessing que escribiera como antes. Ella lo hizo, pero con pseudónimo, y los puso a casi todos en ridículo internacional.

En 2007, Doris Lessing consiguió el Premio Nobel de Literatura.

Durante unos años de la década de los ochenta publicó, en efecto, esos dos libros con el sobrenombre de Jane Somers.

El uso de los pseudónimos, de la invisibilidad del autor o autora auténticos, ha sido una constante a lo largo de la historia de la literatura universal por diferentes motivos. Muchas británicas ocultaron sus nombres para poder publicar: Ellis Bell era Emily Brontë, Acton Bell era Anne Brontë, Currer Bell era Charlotte Brontë y George Eliot era Mary Ann Evans. Todas tuvieron que usar

pseudónimos masculinos para conseguir ser publicadas. Jane Austen nunca usó esta estrategia y tardó más de dieciséis años en que algún editor aceptara publicar sus libros. Pessoa usaba hasta ochenta y seis pseudónimos, que él llamaba «heterónimos diferentes», y el autor de *El Lazarillo de Tormes* ocultó su nombre por completo, seguramente para salvarse de la Inquisición.

La tendencia continúa: J. K. Rowling usa un pseudónimo para publicar novelas que le permitan seguir con su actividad literaria sin tener que padecer las inadecuadas comparaciones que muchos críticos establecerían con su serie de *Harry Potter*, y en España, más de un autor español de novela histórica bien documentada ha recurrido a sobrenombres británicos para otras obras suyas donde dejan volar la imaginación con más libertad y así no padecer que se les critique por ello.

Yo mismo he considerado hacer uso de esta opción y hacerme un día invisible y publicar una novela sobre romanos diferente a las que he escrito hasta la fecha, cruzando el género histórico con otro género muy distinto, y publicarla, eso sí, con pseudónimo. Recuerdo habérselo comentado a Ramón Conesa, mi agente de la Agencia Literaria Carmen Balcells, durante una comida en Barcelona.

—No, Santiago —dijo Ramón muy convencido—. Si es de romanos, has de publicarla con tu nombre.

—No te he contado aún el argumento —le dije.

—Aun así, si es de romanos, ha de ser con tu nombre —insistió él.

Le conté entonces el argumento.

Ramón Conesa bebió un trago largo de vino cuando terminé una sucinta sinopsis de la posible novela.

Dejó la copa sobre la mesa.

Me miró directamente a los ojos y, siempre muy mesurado en sus apreciaciones, concluyó.

—Bueno, quizá sea mejor, si escribes ese libro, que lo publiquemos con pseudónimo.

Por el momento, ni yo he mencionado el asunto de nuevo ni él me ha preguntado. Pero ahí está la idea: latente.

¿Me atreveré algún día a escribirla?

Spanglish

Hasta el último día estuvo impartiendo conferencias. Era conocida por todos los latinos de Nueva York y de Estados Unidos. Rompió moldes, sacudió conciencias, movilizó personas.

Llegó en el exilio, como tantos otros en tantos otros sitios de tantas otras dictaduras.

Huyó de la revolución cubana en 1961, apenas dos años después de que Castro se hiciera con el poder. Por eso, como huyó de Cuba, ya quedó marcada (para mal) para todos los que defendían el régimen cubano de la época, normalmente gente de izquierdas. Como si en el exilio no hubiera sacrificio, como si fuera cosa de cobardes o de traidores.

En su obra *Coser y cantar*, uno de los personajes habría de recordar cómo fue aquella salida de la isla, aquel viaje sin retorno posible:

Las peceras me recuerdan el aeropuerto cuando me fui. Al otro lado del cristal, los otros, los que se quedaban: los padres, los hermanos, los tíos [...]. Allí estábamos en la pecera, nadando en el mar que nos salía por los ojos [...]. Y los que estaban dentro y los que estaban fuera sólo podían mirarse [...]

Se asentó en Nueva York. Allí combinó el trabajo nocturno en una panadería con sus estudios, para poder llegar a ser editora y periodista y escritora. Como luchó por los derechos de los latinos en los Estados Unidos de los ochenta y los noventa hasta el mismísimo día de su muerte, los conservadores también la marcaron como incómoda. No

quiero pensar qué diría de ella alguien como Donald Trump (si es que la conociera, cosa que considero imposible).

Pero ella consiguió no sólo reconocimiento por sus obras de teatro, sino que logró lo nunca visto: en Nueva York, el público anglosajón se ponía auriculares en las salas de teatro para poder entender sus obras al cien por cien. Porque ella escribía igual que la gente hablaba en muchas esquinas de Manhattan o de Harlem: la mitad estaba en inglés, pero la otra mitad estaba escrita en español, para ser precisos, en el español no sólo de Cuba, sino de mil lugares distintos. Es imposible entender por completo una obra suya si no sabes bien los dos idiomas o si no te traducen la parte que no comprendes. Pero a ella eso no le importó. Al final los teatros se llenaron. Además, ella nunca engañó. Los títulos ya te iban avisando: *Beautiful señoritas*, *Una mujer named María* o *Four guys named José*. Ya estabas advertido desde el principio de que el asunto, el que fuera, te lo iban a contar en los dos idiomas cruzados, entrelazados, ¿confundidos, mezclados...?

Dolores Prida pasó de inmigrante sin retorno a editora, escritora y hasta doctor *honoris causa*, porque supo escuchar a la gente primero y luego darles voz, la voz que realmente tenían, sin someterse a las presiones de los que podían pensar que eso no sería comercial o literario y, al final, lo fue todo a la vez. Hoy día hay hasta cátedra de *Spanglish* en Estados Unidos y su literatura se estudia con interés por latinos y anglosajones y otras etnias y culturas que también han contribuido a ese crisol de Estados Unidos. Pero este interés por la literatura en *spanglish* y por la literatura hispana en el gran país anglosajón de América ya viene de lejos.

Recuerdo mi primer contacto con aquel fenómeno literario-lingüístico: tenía veintiún años y estudiaba literatura en la Denison University, Ohio, allá por los ochenta. Vi que la universidad ofertaba un curso sobre literatura étnica y allí me apunté (siempre me interesó lo diferente). Del profesor me habían dicho todos los amigos en Ohio que era de los mejores de la universidad. No se me olvidará el día que entró y se presentó: era un hombre alto, corpulento, entrado en años, pero conservando un enorme vigor en sus movimientos. Era negro. Tenía una enorme sonrisa de dientes blancos perfectos. Era negro, sí, o afroamericano, como diríamos ahora por lo de ser políticamente

correctos. Y, nota curiosa, se llamaba Hamlet, profesor Hamlet (era catedrático). Una mezcla fascinante: Hamlet como el personaje central de la gran obra de Shakespeare, pero negro como el carbón. Él mismo se rió en la presentación de aquel aparente choque entre su nombre y su apariencia física. Luego te contaba chistes racistas y se partía y decía que con sus amigos blancos se mondaba intercambiando los chistes más racistas que conocían, unos denigrando a los negros, y él, en justa réplica, a los blancos. El profesor Hamlet creía firmemente que el racismo termina allí donde ya no hace falta ser políticamente correcto. Da qué pensar incluso hoy día, treinta años después. Pero me salgo del tema: literatura étnica. Ése era el curso que impartía el profesor Hamlet. Estudiamos novelas escritas por negros, judíos y latinos en Estados Unidos. Nos lo pasamos en grande hasta que... un día nos hizo leer un ensayo de Richard Rodríguez titulado *Hunger of Memory* («Hambre de memoria»).

En este libro de 1982, Rodríguez, de origen mexicano, postulaba que los inmigrantes latinos debían olvidarse de sus raíces, aprender inglés y hablar sólo inglés para integrarse al cien por cien en el mundo anglosajón de Estados Unidos. Sólo así llegarían lejos. Estaba completamente en contra de la educación bilingüe. ¿Se imaginan la reacción de nosotros, veinteañeros, ante semejante ensayo? Lo destrozamos en clase, sesión a sesión, página a página, frase a frase. Vamos, como se dice hoy día, le dimos hasta en el carné de identidad, aunque en el caso del señor Rodríguez quizá fuera más apropiado decir que le dimos hasta en su *green card* o permiso de residencia estadounidense. Así hasta que, al fin, uno de nosotros hizo la pregunta clave:

—Pero, profesor Hamlet, ¿qué hace este ensayo en este curso de literatura étnica cuando es evidente que está escrito precisamente contra todo lo étnico?

El profesor Hamlet nos dedicó una de sus más amplias sonrisas de dientes blancos perfectos. Llevaba días esperando esa pregunta. Su respuesta, no se me olvidará nunca, supuso uno de los momentos en que más aprendí en menos tiempo:

—Porque no sólo hay que leer aquello con lo que se está de acuerdo.

Esa frase supuso para mí un antes y un después en mi vida. Es natural que todos tendamos a leer, ver o escuchar, libros, cine o música que se ajustan a nuestros gustos y forma de pensar, pero resulta que es bueno, muy bueno, de cuando en cuando, leer otros libros y otros periódicos que no sean los que uno suele preferir, ver otras películas diferentes a las que habitualmente uno no iría y hasta escuchar música que uno nunca consideró interesante. Hacer eso es sano para la mente. Gracias, profesor Hamlet.

Y ahora regresemos a Dolores Prida y sus obras de teatro mitad en español mitad en inglés: esta gran autora de origen cubano, pero afinada toda la vida en Nueva York, tiene una obra maestra titulada *Coser y cantar* publicada en 1981, ya mencionada arriba. En esta pieza teatral, el escenario se divide en dos partes: a un lado está el personaje de *Ella* y al otro lado está el personaje de *She* (o sea, «ella» en inglés). Y las dos se enfrentan por imponerse una a la otra en un *tour de force* dramático imponente. He dicho que tenemos dos personajes, pero ambos representan las dos partes diferentes de la personalidad de una misma persona: una inmigrante latina en Estados Unidos. Se trata de un recurso que permite dramatizar sobre un escenario el conflicto interno de una inmigrante poniendo en escena sus dos mitades en discusión constante. Transcribo una parte del diálogo (entre paréntesis, mis traducciones a lo que se dice en inglés):

ELLA: ... Yo tengo mis recuerdos... Yo tengo una solidez. Tengo unas raíces, algo de que agarrarme. Pero tú..., ¿tú de qué te agarras?

SHE: I hold on to you. I couldn't exist without you. (Yo me agarro a ti. No podría existir sin ti.)

ELLA: But I wonder if I need you. (Me pregunto si te necesito.)

SHE: I was unavoidable. You spawned me while you swam in that fish tank... (Yo era inevitable. Tú me engendraste en esa enorme pecera...)

ELLA: Tú no eres tan importante. Ni tan fuerte. Unos meses bajo el sol, y... desaparecerías... Yo soy la que existo. Yo soy la que soy. Tú no sé lo que eres.

SHE: But, if it weren't for me you would not be the one you are now. (Pero, si no fuera por mí, tú no serías la que eres ahora.) No serías la que eres. I gave yourself back to you. If I had not opened some doors and some windows for you, you would be still be sitting in the dark, with your recuerdos...! (Yo te devolví a ti. Si no hubiera abierto algunas puertas y algunas ventanas, ¡aún estarías sentada en la oscuridad con tus recuerdos...!)

Desenlace de la obra *Coser y cantar* de Dolores Prida (aquí va un *spoiler*): no gana nadie. Ni *Ella* ni *She* pueden imponerse sobre el otro personaje porque, sencillamente, hay veces en que uno no es ni una cosa ni la contraria, sino las dos a un mismo tiempo. En la obra, en la ficción de Prida, sufren los dos personajes, pero en la vida real de cada día sufren miles de personas de carne y hueso cuando todavía existen los que insisten en imponer una realidad cultural en espacios donde, simplemente, existen dos a la vez. Y ése es el mensaje de Prida, su gran legado: han de seguir existiendo, coexistiendo las dos culturas sin imponer una a la otra. Pero el mensaje no permea en muchos sitios donde la incultura cabalga a lomos de la intolerancia. Los idiomas son para comunicarse, no para dividir.

El árbol perdido rodeado por las sombras de los traidores

El prisionero 11657/63 miraba las paredes de su celda de 2,1 metros de ancho por 2,4 metros de alto. Llevaba más de cinco mil días allí dentro.

Miró al suelo.

Cinco mil días.

Era un aniversario extraño, un número tan redondo como terrible. Y la sentencia era de cadena perpetua.

La celda era húmeda.

Estaba solo.

¿Quién lo había traicionado? ¿Quién lo había entregado y devuelto a las sombras? A veces se hacía esas preguntas. ¿Había sido alguien desde dentro de la organización o quizá la policía, por una vez, había sido capaz de averiguar por sí sola dónde se encontraba? Pero todo eso ya no era importante.

Lo esencial era resistir.

Suspiró.

Se sentía agotado, exhausto. En ocasiones tenía días así. Pero había pasado por momentos peores, cuando creía que no aguantaría. Resistir era su única arma. Nunca pensó que fuera una gran arma. La celda de aislamiento, el correo censurado y con frecuencia confiscado, la humedad constante, una estera para dormir en el suelo. Todo eso parecían armas bastante más poderosas. Y a punto estuvieron de doblegarlo, de que entregara su alma, de abandonar la causa, de dejarlo todo.

Se tumbó sobre la estera, de lado, con los ojos abiertos.

Sonrió.

Cometieron un error.

Sus enemigos no pensaron que fuera importante: le dejaron leer.

Estiró un brazo y abrió uno de los libros que tenía.

Fue la novela *Todo se desmorona* de aquel autor nigeriano la que le dio fuerzas para seguir.

—Leyendo descubrí que existía un mundo que yo no conocía, cuyas puertas se abrieron para mí —confesaría años después, el 3 de mayo de 1993, en una conversación con Richard Stengel, el editor de la revista *Time*.

Todo se desmorona era un título apocalíptico, pero apropiado. El preso se sentía identificado con el título. El autor nigeriano lo había tomado de un verso del poeta irlandés Yeats, ganador del Premio Nobel, concretamente de su poema «The Second Coming». Un poema demoledor donde Yeats, justo tras la primera guerra mundial, en pleno ascenso de los fascismos, intuía la llegada del horror absoluto:

*Turning and turning in the widening gyre
The falcon cannot hear the falconer;
Things fall apart; the center cannot hold;
Mere anarchy is loosed upon the world,
The blood-dimmed tide is loosed, and everywhere
The ceremony of innocence is drowned;
The best lack all conviction, while the worst
Are full of passionate intensity.*

*Girando y girando en el creciente círculo
el halcón no puede oír al cetrero;
todo se desmorona; el centro no puede resistir;
la anarquía total es liberada en el mundo,
la marea sombría y sangrienta está suelta, y en todas partes
la ceremonia de la inocencia es ahogada;
a los mejores les falta convicción, mientras que los peores
están henchidos de intensidad pasional.*

El prisionero 11657/63 leía no ya ese poema, sino la novela inspirada en él. El libro narraba cómo ahora era África la que se desmoronaba, toda su historia, su cultura, su pasado, engullidos por

los poderes coloniales de Europa. Ese libro le dio fuerzas al preso. Sintió que no estaba solo. Leyéndolo, los muros ya no podían contener su pensamiento.

Lo transfirieron a otra penitenciaría.

Le cambiaron el número. Ahora era el 466/64.

Fueron liberando a otros de sus compañeros de lucha, pero a él no. Era demasiado importante, demasiado simbólico. A él sólo lo transferían de cárcel a cárcel.

Le volvieron a cambiar el número. Ahora era el 220/82.

En el estadio de Wembley se reunían los mejores cantantes pop de todo el orbe y decenas de miles de personas para animarlo, para conmemorar su cumpleaños, y hasta la ONU exigía su liberación, pero él seguía en prisión.

Chinua Achebe era el único que, de algún modo, compartía celda con el prisionero, pues sus libros, sus novelas, sus poemas estaban con él. Fue «el escritor en cuya compañía cayeron los muros de la prisión». Eso confesó siempre él. Quizá aquel poema de Achebe a un árbol solitario lo salvó más de una vez de la locura:

*Pine tree
flag bearer
of green memory
across the breach of a desolate hour.*

*Loyal tree
that stood guard
alone in austere emeraldry
over Nature's recumbent standard.*

*Pine tree
lost now in the shade
of traitors decked out flamboyantly
marching back unabashed to the colours they betrayed.*

*Fine tree
erect and trustworthy
What school can teach me*

your silent, stubborn fidelity?

*Pino
insignia
de la memoria verde
más allá de la brecha de una hora desolada.*

*Árbol leal
que se mantuvo en guardia
solo en un austero esmeralda
sobre el reclinado estandarte de la Naturaleza.*

*Árbol
perdido ahora en la sombra
de traidores adornados ostentosamente
marchando de regreso sin vergüenza hacia los colores
[que traicionaron.]*

*Árbol bueno
erecto y seguro
¿Qué colegio puede enseñarme
tu silenciosa y tenaz lealtad?*

Nelson Mandela fue liberado finalmente en 1990. Siempre insistió en que las obras de Chinua Achebe consiguieron que su encierro fuera soportable. En 2002, la Universidad de Ciudad del Cabo le concedió a Chinua Achebe un doctorado honorífico. El escritor, que tampoco había tenido la vida fácil, pues superada la dictadura de su país, un accidente de coche lo había postrado en una silla de ruedas, asistió a la ceremonia personalmente. Mandela aprovechó para invitarlo a su casa.

—Éste es un momento largamente esperado —dijo el exnúmero 11657/63 y entonces presidente de Sudáfrica, de una Sudáfrica nueva.

—Al fin nos encontramos en persona —respondió Achebe con una sonrisa.

Luego asistieron juntos a la ceremonia del doctorado honorífico celebrada en el Jameson Hall. Se sentaron uno al lado del otro.

Achebe murió el 21 de marzo de 2013. Apenas unos meses después, ese mismo año, Nelson Mandela falleció. Quizá, cumplida su

misión de terminar con el Apartheid, se sentía solo en la tierra y quería reunirse con ese gran amigo de celda que lo acompañó durante más de diez mil días, durante más de veintisiete años: Achebe, un escritor capaz de insuflar valor a los héroes.

Canguro

Oxford, Inglaterra, 1994

Miró por la ventana. Caía sobre la tierra esa cosa fina que moja y es dulce cuando se bebe y sacia la sed y es tan necesaria para la vida. Esa cosa que siempre había estado con ella, desde su infancia en Irlanda hasta sus nuevos y viejos días en Inglaterra.

Miró entonces el papel y cogió de nuevo la pluma para escribir. Ahora había máquinas para esas cosas, pero ella prefería seguir haciéndolo a mano. Apenas pudo hacer dos frases seguidas. Aquella mañana, como tantas otras mañanas últimamente, le costaba concentrarse. Era como si sus personajes estuvieran dormidos, como si a su cabeza le costara despertarse.

Miró de nuevo por la ventana.

Sonrió.

Lluvia, eso era, mucha lluvia.

Se quedó algo más tranquila y sus personajes parecieron despertar de su extraño letargo, así que la nueva novela, *El dilema de Jackson*, volvió a arrancar.

Escribió bien durante un par de horas hasta que John, que vivía con ella y que era esa persona con la que decides que vives siempre, se le acercó suavemente por la espalda, le puso las manos sobre los hombros y le habló al oído.

—Wilson está aquí.

Eso dijo John, esa persona con la que decides vivir siempre.

Ella posó su mano izquierda sobre la mano derecha de John, de... su esposo, y asintió.

—¿Recuerdas? —preguntó él—. Quedamos en que venía hoy.

—Claro que lo recuerdo —respondió ella—. Ahora salgo.

Tenía pequeños olvidos ocasionales. Tanto ella como su marido como Wilson estaban persuadidos de que era porque bebía bastante, más de la cuenta, pero, por otro lado, lo había hecho siempre, y ahora ya con más de setenta y cinco años no iba a cambiar de costumbres. En cierta forma siempre había vivido al límite, había escrito al límite y así había llegado a ser una de las más reputadas novelistas de Inglaterra y a estar casada con un hombre maravilloso. Ella no bebía para olvidar, aunque olvidar fuera el posible efecto del alcohol. Ella bebía para recordar quién era y de dónde venía.

El dilema de Jackson se publicó y las críticas fueron muy negativas e hirientes. A. S. Byatt fue hasta sarcástica: según su análisis, la última novela de la escritora era un relato «donde ninguna persona tenía su yo y, por lo tanto, ni hay historia ni hay novela».

Apenas un año después de la publicación se le diagnosticó a la autora alzhéimer. Y cada año que pasara, aquel diagnóstico sería cada vez más evidente. La autopsia lo certificó por completo.

Ahora sus novelas no sólo son obras queridas y apreciadas por los británicos (pese a ser irlandesa de origen), sino que algunas de ellas, como *Bajo la red*, su primera y rompedora novela, o su gran *El mar, el mar*, suelen aparecer entre los listados de las novelas más estimadas por editores, críticos y lectores en el Reino Unido. Pero, más allá de la literatura, sus obras constituyen también un excelente campo de estudio para entender cómo el implacable y cruel alzhéimer se desarrolla, crece y termina por hacer completamente invisible a alguien, borrando su personalidad primero y, por fin, sus palabras.

La revista *Brain* publicó el 21 de enero de 2005 un estudio científico donde un grupo de investigadores había digitalizado varias obras de Iris Murdoch, concretamente las tres mencionadas arriba, *Bajo la red*, *El mar, el mar* y *El dilema de Jackson*, para ver si realmente se podía comprobar el impacto de la enfermedad en la escritura de esta autora. Un hecho adicional hacía que este material fuera particularmente valioso para dicho estudio: Iris Murdoch se negaba a que las editoriales le corrigieran nada. Sus novelas tenían que ser publicadas tal y como ella las escribía, no importaba si había repeticiones, oraciones confusas o expresiones poco claras. Las

discusiones podían ser enormes, pero su resistencia era numantina. Ni siquiera lo hizo cuando el alzhéimer la devoraba por dentro y cuando le costaba recordar palabras. Aun así terminó una novela completa. Puede que *El dilema de Jackson* no sea una obra maestra, pero me gustaría ver de qué era capaz una crítica como A. S. Byatt con un alzhéimer creciente como el que Iris Murdoch tenía cuando la escribió.

Pero volvamos a la visita del doctor amigo de la familia de la escritora.

Wilson se sentó con Iris aquella mañana y miraron por la ventana del jardín. Llovía. A Wilson le llamaron la atención los hermosos árboles de aquella nueva casa a la que se habían mudado sus amigos y le preguntó a Iris por el nombre de aquellos árboles. Él apenas sabía nada de botánica.

Iris Murdoch sonrió. Dejó la taza de té sobre la mesa y habló con serenidad.

—Consultaremos a John sobre este importante asunto.

Wilson ni dijo nada ni pensó en nada extraño en aquel momento, no hasta años más tarde, cuando escribía un comentario en *Brain* sobre el artículo dedicado al avance del alzhéimer en la mente de su amiga Iris Murdoch; en dicho estudio, Wilson confesó que en aquel momento, en aquella conversación aquella mañana de lluvia, se debería de haber dado cuenta: Iris conocía perfectamente todo tipo de árboles y aquella evasiva sólo podía significar que, en aquel instante, ella no era capaz de recordar los nombres de ninguno y, simplemente, no deseaba admitirlo. De hecho, en retrospectiva, Wilson concluyó que Iris Murdoch desarrolló toda una amplia variedad de técnicas para evitar admitir que no era capaz de recordar una palabra concreta en un momento dado. El estudio científico demostró que de novela en novela, especialmente en la última, la escritora había perdido una enorme cantidad de vocabulario, pero que como empezó con un punto de partida tan alto que luego amplió en sus primeras obras hasta picos muy por encima de la media, este margen le permitió mantener su capacidad literaria hasta bien avanzada la enfermedad. No sólo eso, sino que fue capaz de usar la sintaxis y la gramática para explicar con circunloquios palabras que ya no recordaba.

La película *Iris*, con Kate Winslet como Murdoch de joven y una magnífica Judi Dench como la autora en la última y más dura etapa de

su existencia, recrea toda la vida de la escritora. Su marido, John Bayley, escribiría dos libros muy interesantes sobre su vida con Iris Murdoch mientras la enfermedad la iba haciendo desaparecer como ser humano, escritos con la ternura de quien la ha amado como pocas veces se ama a alguien.

Wilson asistió a una de las sesiones de revisión de la que entonces ya era Gran Dama de las Letras Británicas y Dama del Imperio Británico Iris Murdoch. Un médico le enseñó a Iris la fotografía de un animal australiano. Ella sólo tenía que decir el nombre.

Iris sonrió.

—Es esa preciosa criatura que salta.

«O. P.»: *el auténtico Shakespeare*

Londres, 2004

Una multitud se arracima alrededor del teatro Globe, la reconstrucción junto al Támesis de uno de los teatros donde Shakespeare estrenaba sus más famosas obras. Pero hoy el ambiente es distinto: especial, más intenso. Ni la pertinaz lluvia londinense ni el frío ni el viento consiguen desanimar a un gentío que quiere asistir por primera vez a una representación del auténtico Shakespeare. Se acabaron los secretos de tantos años. Hoy se desvela, por fin, el Shakespeare original, el auténtico, oculto tras las siglas O. P.

La obra seleccionada para descubrirnos el gran enigma ha sido elegida con cuidado: debía ser una de las indiscutibles obras maestras del gran genio del teatro isabelino inglés. Y no han errado. *Romeo y Julieta* ha sido la seleccionada y el público ha respondido con fervor: un gran clásico de Shakespeare, pero esta vez de O. P. Shakespeare. ¿Qué hay detrás de esas siglas, O. P., que ha atraído a tanta gente? Pero ¿no era su nombre «William» Shakespeare? ¿O. P.?

Durante años, durante siglos han estado representando la obra, ésta y todas las demás suyas, buscando la perfección para enaltecer aún más a este gran mito de la literatura: se han buscado vestidos de época originales para reproducirlos de la forma más fidedigna posible; si había música, se ha investigado hasta dar con instrumentos fieles a los de aquel tiempo; se ha pensado con detalle sobre los bailes, sobre el hecho de que no hubiera actrices, tal y como se recrea en la película *Shakespeare enamorado*. El legendario Laurence Olivier nos dejó grabadas magníficas interpretaciones, como su ortodoxo y, a la vez,

resistente al tiempo *Hamlet*, también en celuloide para disfrute de la posteridad. Montones de *oscars* bendicen ambas películas, y muchos otros premios santifican decenas, centenares de otras grandes representaciones de Shakespeare en cine o teatro (el Marco Antonio de Marlon Brando en el memorable *Julio César* de Mankiewicz sería otro gran ejemplo); pero nadie, hasta 2004, se planteó en serio recuperar al viejo O. P. Shakespeare. Al auténtico.

O. P.

No se molesten en buscar estas iniciales con significado de un nombre propio tras el cual se esconde la auténtica personalidad de Shakespeare. No va en esa línea lo de auténtico. O. P. quiere decir *original pronunciation*.

La lengua inglesa, como todo el mundo que la ha intentado estudiar alguna vez sabe, es compleja, al menos para los hablantes de español, en cuanto a su pronunciación precisa. Pero la forma en la que hoy se pronuncia el inglés es fruto de una evolución gestada a lo largo de los siglos. Se tiende a pensar que en época de Shakespeare la pronunciación ya era la actual, pero nada más lejos de la realidad. Todavía quedaban bastantes cambios fonéticos en el inglés hablado hasta llegar a su versión o, mejor dicho, versiones actuales. Pero esos cambios se perdieron..., los olvidamos..., los ignoramos... Hasta ahora.

Luego un profesor frente a sus alumnos de literatura inglesa se veía incómodo, pues en los grandes sonetos de Shakespeare, el autor inglés se empeñaba en que palabras como *love* o *prove* rimaran, pero éstas no lo hacen tal y como se pronuncian hoy día.

—¿Es que Shakespeare no sabía rimar? —pregunta algún estudiante descreído.

—Mucho genio, mucho genio, pero ni una mala rima bien hecha —insiste otro alumno decepcionado.

—No. Es que ahora se pronuncia diferente.

—Ya —responde el estudiante, pero no está convencido.

En el Globe, en 2004, la gente también duda.

—¿Lo entenderemos? —se preguntan unos a otros.

La representación a la que van a asistir estará en su totalidad interpretada, pronunciada, en «pronunciación original», en el O. P. de la época de Shakespeare. ¿Cómo va a ser esto posible? ¿Cómo se ha

obrado el milagro? Que se sepa, no había grabaciones del inglés de época isabelina. ¿Entonces?

El lingüista David Crystal, profesor retirado de las universidades de Bangor y Reading, poseedor de la Orden del Imperio Británico entre otros muchos reconocimientos, ha estado investigando durante años sobre cómo se pronunciaba el inglés en la época de Shakespeare. Al final, su trabajo culmina colaborando con los propios actores y la dirección del teatro Globe para averiguar primero cómo se pronunciaba cada palabra y para luego asegurarse de que los actores (y las actrices también porque estamos ya en el siglo XXI) han asimilado los cambios fonéticos.

La representación se inicia.

Silencio sepulcral.

Los actos se suceden. Los aplausos del descanso son premonitorios de un éxito, pero aún queda media obra.

Al final, el delirio. La gente está entusiasmada. La obra es como si fuera nueva, como si fuera otra, y al tiempo, la misma. Pero ahora todas las rimas son perfectas y los juegos de palabras perdidos en el tiempo han reaparecido, tan mordaces, descarados y directos como era el auténtico Shakespeare. Por ejemplo, en la obra *Como gustéis*, hay unos versos donde se dice:

*And from hour to hour, we ripe and ripe,
And from hour to hour, we rot and rot;*

O, lo que es lo mismo:

*De hora en hora, maduramos y maduramos,
de hora en hora, nos pudrimos y nos pudrimos;*

Pero el chiste perdido se podrá recuperar cuando se ponga en escena en O. P., en pronunciación original, pues *hour*, en inglés O. P., en el inglés de Shakespeare, se pronunciaba con *h* aspirada y sin diptongo, algo así como *hur*, aspirando la hache. Y ésa era, y sigue siendo aún, la pronunciación de *whore*, «puta». De forma que el público de la época podía entender lo que hemos traducido arriba o también esto otro, pues la pronunciación sería la misma:

*De puta en puta, maduramos y maduramos,
de puta en puta, nos pudrimos y nos pudrimos;*

¿Se pueden imaginar las chanzas entre el público del XVII?

Y el experimento se ha convertido en un éxito completo: ya no sólo el Globe de Londres hace obras en O. P., sino que se pueden ver representaciones de este tipo en diferentes puntos de Estados Unidos, desde el siempre moderno Nueva York, que da la bienvenida a cualquier innovación escénica, hasta lugares tan tradicionales como Virginia o Kansas.

Pero, preguntaba yo: «¿Se imaginan las chanzas del público en el siglo XVII ante esos juegos de palabras shakesperianos?». Pues son las mismas chanzas que ahora, desde el año 2004, se repiten en el teatro Globe cada vez que se representa una nueva obra de Shakespeare en O. P. Nueva porque parece nueva. Y nueva porque desde 2004 ha habido muchas más en O. P. Y es que ahora que hemos recuperado al auténtico Shakespeare, los ingleses, los estadounidenses y todos los amantes del teatro no queremos volver a perderlo.

Curiosidad: una obra de Shakespeare en O. P. dura unos diez minutos menos. Hablaban más rápido en su tiempo.

Literatura de perros

África Occidental, 2014

Surge un brote de ébola. Dos misioneros españoles que ayudan en la crisis son repatriados a España al ser infectados. Fallecen ambos. Una de las enfermeras, que no recibió la formación necesaria para cuidar enfermos de ébola, también es infectada, probablemente al tocarse la cara con un guante tras limpiar el cadáver de uno de los fallecidos. La enfermera es tratada en el hospital Carlos III de Madrid (tras un polémico retraso en que se le detectara el virus). Se somete a cuarentena a personas que han estado en contacto con la enfermera. Nadie más está infectado. La enfermera empieza a responder bien al tratamiento.

Se plantea qué hacer con el perro de la enfermera, llamado *Excalibur*, que ha convivido con ella mientras estuvo infectada. Las autoridades deciden que el perro sea sacrificado. La enfermera no es informada sobre esto mientras permanece convaleciente en el hospital. La polémica se incrementa entre los que creen que hay que sacrificar al perro por la seguridad pública y los que piensan que *Excalibur* puede ser una oportunidad para investigar si el ébola se desarrolla o no en perros que se tienen como mascotas. En Europa hay millones de perros como mascotas. La información que se posee sobre esto es escasa. España no dispone de laboratorios de nivel 4 de biotecnología (que yo haya podido averiguar, a no ser que haya alguno secreto de uso militar, lo cual no estaría mal). Las autoridades sanitarias, pese a las trescientas mil firmas reunidas en *change.org*

que solicitan poner al perro en cuarentena, deciden seguir adelante con el sacrificio del animal.

El único estudio sobre perros en contacto con el ébola data de 2005. Fue realizado durante el brote de la enfermedad en Gabón en 2002. Un pequeño grupo de perros desarrollaron anticuerpos de la enfermedad, pero no tenían síntomas ni se demostró que transmitieran la enfermedad. Tampoco se puede garantizar que no lo hicieran. Ese mismo estudio probaba que un 2 por ciento de perros europeos, analizados en Francia concretamente, pueden tener ébola, también asintomático. Que yo sepa nadie ha propuesto sacrificar el 2 por ciento de las mascotas de Europa. Eric Leroy, uno de los investigadores de este estudio, experto máximo en el asunto, en medio de la controversia sobre qué hacer con *Excalibur*, declara:

Al perro de Madrid hay que aislarlo, hacerle un seguimiento, estudiar sus parámetros biológicos, ver si está infectado y averiguar si excreta virus. Es muy interesante desde el punto de vista científico, no sirve para nada matarlo.

Pero la autoridad máxima que decide estas cuestiones en España durante la crisis de la enfermera y su perro *Excalibur* es la ministra de Sanidad Ana Mato. Se procede al sacrificio del perro. La enfermera consigue el alta médica tras su completa recuperación. Se le informa del sacrificio de su perro, que supone, lógicamente, un golpe adicional a todo el miedo y dolor sufridos.

El escritor Arturo Pérez-Reverte había propuesto unos días antes en su cuenta de Twitter, según queda recogido en diversos medios de prensa, «poner el perro en observación y sacrificar a la ministra. No hay color». Y el escritor había añadido: «Tiene más peligro Ana Mato como ministra que el perro con ébola». Semanas después de esta crisis sanitaria, un juez imputa al marido de la ministra por corrupción, en concreto lo acusa de malversación de caudales públicos, cohecho y prevaricación desde 2009. El informe del juez, según *El País* y el *Huffington Post*, indica que el marido de la ministra recibió más de quinientos mil euros de una trama corrupta, junto con coches de alta gama y bolsos de lujo con el indicativo de «regalos para Ana Mato». La ministra dice no saber nada.

Excalibur está muerto. España sigue sin laboratorio de investigación sobre ébola y otras enfermedades altamente contagiosas y mortales de nivel 4.

Las investigaciones sobre corrupción avanzan. La ministra deja el ministerio. Ana Mato abandona también, al poco tiempo, su escaño en el Congreso. Eso sí, se lleva más de cincuenta mil euros como indemnización, según informa *El País*. Al año siguiente, Ana Mato anuncia que deja la política.

En Estados Unidos hay otra enfermera que también quedó infectada por ébola. También tiene perro. Se llama *Bentley*. Allí sí tienen laboratorios de nivel 4. El perro es analizado, da negativo y es puesto en cuarentena. Sobrevivirá y se reencontrará con su ama semanas después. Ambos han superado la crisis: la enfermera norteamericana ha superado la enfermedad y *Bentley* se ha beneficiado de que su país dispusiera de mejor biotecnología y de que Ana Mato no pasara por allí. Que ya el apellido de la ministra lo dice todo.

El perro. El ser humano. Una historia. Miles de ellas.

En la vida real, un niño perdido en los bosques de Galicia no se muere de frío porque duerme abrazado a un pequeño cachorro. En Siberia, una niña sobrevive durante días sola en las montañas gracias a su perro, que, por fin, la dejará unas horas para ir en busca de ayuda, ya que los seres humanos eran incapaces de dar con ellos. Eso en la vida real.

En la literatura tenemos una gran manada de perros.

Podemos remontarnos hasta Homero y encontrar a *Argos*, el fiel perro de Ulises, el único capaz de reconocerlo cuando regresa a Ítaca, después de mil impedimentos provocados por los dioses. Ulises, por fin, disfrazado de mendigo, llega a la isla para averiguar de esa guisa qué pasa en su reino con su esposa Penélope y aquel maldito regimiento de miserables pretendientes que la acosan. *Argos*, el veloz y ágil animal que Ulises dejara en Ítaca años atrás, antes de partir hacia la guerra de Troya, yace ahora abandonado, cubierto de pulgas, incapaz ni siquiera de levantarse cuando detecta al amo: *Argos* sólo tiene fuerzas para bajar las orejas y mover la cola. Ulises quiere

acercarse a él y acariciarlo, pero sabe que entonces todos sabrían quién es en realidad, así que, con todo el dolor de su corazón, tiene que pasar por delante del animal sin acercarse a él, como si no supiera quién es, pero, eso sí, no puede Ulises evitar derramar una lágrima al tener que sacrificar el saludo a su fiel perro. *Argos* lo ve pasar y, en ese instante, feliz porque sabe que su amo ha regresado, fallece, como ese guardián fiel que, una vez que el amo ha regresado, piensa que ya puede morir.

Está también *Buck*, el gran sabueso, cruce de San Bernardo y Scotch Collie, llevado desde el sur de Estados Unidos, y su plácida vida con una familia que lo quería, hasta el norte de Alaska, arrastrado hasta allí por un traidor del mercado negro de animales para la fiebre del oro. *Buck* sufrirá toda clase de torturas, golpes y maltratos hasta dar con Thornton, un amo justo que le curará una a una todas las heridas, que lo cuidará y a quien aprenderá a amar como si fuera el mejor de los amigos posibles. *Buck*, el mítico perro que concluirá su vida al frente de las manadas de lobos de Alaska en la legendaria novela de Jack London *La llamada de la selva*, una obra maestra de la literatura sobre animales.

Luego está *Pilot*, el perro del señor Rochester en la magistral narración de Charlotte Brontë, *Jane Eyre*. *Pilot* corre siempre al lado del caballo del señor Rochester cuando éste galopa por las praderas que rodean el misterioso Thornfield Hall. *Pilot* es el primero en detectar la bondad infinita de Jane, mucho antes incluso que su amo. *Pilot* parece un mero comparsa durante toda la novela, pero nos brinda uno de los momentos más emotivos de toda la literatura universal: su amo ha quedado ciego, abandonado por casi todos, y está tullido. Rochester ha quedado convertido en una ruina de hombre, su mansión incendiada y su dulce Jane también lo ha abandonado. Todo se derrumba a su alrededor. Vive entre sombras. Su única compañía, más allá de algún sirviente leal, es el viejo *Pilot*, que sigue con él, que duerme a sus pies y que lo guía entre la oscuridad absoluta de su vida derrotada. Y, de pronto, un día, *Pilot* ladra nervioso. Rochester se molesta con el animal y le ordena que calle, pero el perro sigue inquieto. Rochester intuye entonces una presencia y pregunta, asustado:

—¿Quién está ahí?

Y la dulce voz de Jane Eyre responde:

—*Pilot* me conoce.

Y Rochester, en medio de las sombras, enloquece de felicidad porque Jane, anunciada por los ladridos del fiel *Pilot*, ha regresado.

Sin el perro la escena sería un reencuentro más de los que hay en la literatura. Con el perro se transforma en una escena genial.

Pero hay muchos más perros en la literatura. También tenemos al pequeño *Bob*, ese perrillo que es el único testigo silencioso de un asesinato y que tiene la clave para dar con el culpable y al que sólo Hercule Poirot sabrá comprender con su aguda intuición en *El testigo mudo* de Agatha Christie (el título hace referencia al perro, que, aunque no pueda hablar, sí es testigo de un asesinato).

Hasta el mismísimo Shakespeare puso un perro, *Crab* de nombre, en su obra *Los dos caballeros de Verona*, pequeño animal que aparece también en la deslumbrante película *Shakespeare enamorado*, donde el personaje de Henslowe se permite decir: «Eso es lo que a la gente le gusta: un perro».

Y hay muchos más: *Blue* en *El ruido y la furia* del premio Nobel de Literatura William Faulkner; *Dingo* en *Un capitán de quince años* de Julio Verne; el gigantesco mastín *Fang* del no menos gigantesco Hagrid de la serie sobre Harry Potter de J. K. Rowling, o el terrible *Cerbero Fluffly* de la misma saga de novelas; el curioso *Garm* en *Egidio, el granjero de Ham*, o el más legendario perro lobo *Huan* de *El Silmarillion*, ambos personajes de los fantásticos mundos de Tolkien; y, desde luego, no vamos a pasar por alto a *El perro de los Baskerville* de Conan-Doyle, donde Sherlock se enfrenta con un inmenso animal, o eso cree; y está *Laska*, el perro de caza de Levin en *Ana Karenina* de Tolstoi, donde el literato ruso se permite narrarnos dos capítulos completos desde la perspectiva del animal. También Chéjov se apuntó a la larga historia de los perros en la historia de los libros cuando hizo que uno de sus maravillosos relatos se titulara «La dama del perrito». Hasta sale un perro galgo en la penúltima palabra, la número 32, de la primera frase de *El Quijote*.

Pero todos estos perros son muy peligrosos. Mucho. Están infectados por el terrible e implacable virus de la literatura. Los síntomas: entretenimiento, pensamiento y crítica. Hay que sacrificarlos a todos.

Yo propongo que el dinero que se consiga recuperar de la trama corrupta que afecta a la familia de la ex ministra de Sanidad se invierta en investigación sobre el ébola, a ver si conseguimos ese laboratorio de nivel 4 que quizá algún día nos haga mucha falta. Y propongo también regalarle un perro a Ana Mato... Para que le coja cariño. Sugiero que se le regale a *Cujo*, un hermoso San Bernardo de una obra de Stephen King. Y si no le gusta, no pasa nada: le dejamos una jeringa para que lo sacrifique, que en eso se desenvuelve con soltura la exministra.

Problema: el San Bernardo *Cujo*, además del virus de la literatura, tiene la rabia, es una fortaleza animal de setenta kilos y es un pelín violento. Éste no va a ser tan dócil como *Excalibur*.

¡Ah, la literatura: siempre con aristas!

LC3 y el sexo: la censura sutil

Museo del Prado, Madrid, noviembre de 2015

Paseé por las salas 24, 25 y 26 de la primera planta entre los grandes maestros flamencos del XVII; me detuve un instante en la sala 27 a saludar a mi vieja amiga, la escultura de un guerrero dacio allí situada (aunque nadie repare en ella porque justo al fondo se ven *Las meninas* de Velázquez). Yo, sin embargo, con todo el respeto al inconmensurable Velázquez, seguí hacia la 28 para descender por las escaleras de la izquierda y bajar a la planta 0. Atravesé la larga sala 75 y llegué a las estancias dedicadas a escultura, en su mayor parte del mundo antiguo.

Siempre vacías.

Recorrí la 73, la 72 y la magnífica 71, donde están los emperadores y emperatrices de la antigua Roma: tenemos ahí un Trajano, un Adriano, una Vibia Sabina... y un muy valioso Clodio Albino, aquel emperador que apenas duró meses y que le disputó el trono a Septimio Severo. Al ser derrotado, sus estatuas fueron destruidas. El Clodio Albino del Prado tiene un valor incalculable, pues no hay tantos en el mundo, pero ahí está, siempre solo. Es uno de los pequeños dulces secretos del Prado.

Secretos.

Sí, el museo los tiene. Me acordé entonces de mi buen amigo Javier Sierra y su maravilloso libro *El maestro del Prado*, donde el protagonista revela al lector misterios escondidos en muchas de las obras más famosas del museo, presentando interpretaciones

alternativas de grandes referentes del arte de todos los tiempos. Y me acordé también de lo que me comentó Javier.

—En la librería del Museo del Prado es prácticamente imposible conseguir comprar mi libro *El maestro del Prado* —me dijo un día.

—Pero si es uno de los lugares donde más éxito de ventas tendría —comenté yo, perplejo en medio de mi ingenuidad—. Eso no tiene sentido.

—Sí tiene sentido —me corrigió Javier—. El libro es un LC1. E imagino que, si tuviera más sexo, sería un LC3.

—No te entiendo... —dije.

Me explicó.

Lo entendí.

Pasaron semanas desde aquella conversación y al encontrarme en el museo, lo recordé y, por eso, cuando estaba frente a Clodio Albino, al recordar aquella conversación, me decidí a ir a la librería central del Museo del Prado en esa misma planta o.

La tienda en cuestión no es muy grande, pero si quieres libros de arte o incluso de historia es un buen lugar para curiosear. La dependienta se acercó a mí con una sonrisa afable.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —me preguntó.

—Sí, por favor. Busco el libro *El maestro del Prado* de Javier Sierra —respondí.

—Ya —dijo la joven, borrando su sonrisa.

—No lo encuentro —añadí yo con ese tono que da a entender que, lógicamente, un libro que versa sobre el Prado y sólo sobre el Prado debería estar en la librería del Museo del Prado y a la vista de todos, y que me sentía sorprendido de que no fuera así. Bueno, eso es lo que intenté transmitir. Si lo conseguí o no, está por ver.

—No sé si lo tenemos —replicó la dependienta, y se fue de regreso a la caja.

No me suelo dar por vencido con facilidad. La seguí.

—¿Y no podría mirar en el ordenador a ver si les queda algún ejemplar?

Aquí ya supo detectar que iba a ser persistente.

Miró en el ordenador.

Silencio.

—Sí, parece que nos quedan tres o cuatro ejemplares..., pero a veces no es fácil encontrarlos.

«Curiosa forma de vender», pensé yo, pero en lugar de quejarme, sonreí como si estuviera feliz.

—Bueno, pues seguiré buscando. A lo mejor los encuentro.

Y a eso me dedicué durante diez minutos. Vinieron otros clientes, los atendió, compraron y se fueron. La dependienta fue entonces a una de las mesas de la librería y abrió un armario pequeño y, de pronto, extrajo un libro.

—He encontrado un ejemplar de *El maestro del Prado* —dijo la dependienta.

—Oh, genial —respondí yo agradecido, y mientras pagaba con mi tarjeta, me permití añadir una reflexión—: ¿Y no sería buena idea poner los otros ejemplares que tiene más a la vista?

La dependienta me volvió a sonreír sin decir nada. Me entregó mi libro. Lo cogí y me fui.

Regresé a la librería una hora después.

Seguía sin verse ningún ejemplar del libro de Javier Sierra.

Me fui del museo.

Todos pensamos que el índice de libros prohibidos de la Iglesia desapareció junto con la Inquisición, que, por ejemplo, hizo la vida imposible a intelectos tan brillantes como sor Juana Inés de la Cruz en México, por citar sólo un caso al que hemos aludido en nuestro pequeño viaje por los infiernos de la literatura. Y esto es técnicamente cierto: la Inquisición como tal y su índice de libros prohibidos ha desaparecido, pero hay sectores conservadores de la Iglesia que han preferido que sigan existiendo índices que cumplan, al menos, una función orientativa para con sus feligreses más, digamos, ortodoxos (algo, por cierto, perfectamente legítimo; lo que no está claro es imponer ese criterio al resto de personas, pero vayamos por partes).

Escrivá de Balaguer creó un índice a tal efecto y, más recientemente, el Midwest Theological Forum (así se identifican), tal y como me explicó Javier Sierra, ha creado una web cuya versión en español es *www.delibris.org*. En esta página se califican novelas recientes y antiguas, desde un punto de vista de la moral religiosa más conservadora (de nuevo algo perfectamente legítimo). Curioso es, no obstante, que el gobierno español ceda las librerías de nuestros

principales museos (incluida la del Prado) a una cadena de librerías de corte católico conservador que parece seguir las directrices de esta web. En *www.delibris.org*, la novela de Javier Sierra *El maestro del Prado* recibe la calificación de LC1, dentro del siguiente baremo: LA1, LA2, LB1, LB2, LC1, LC2 y LC3, donde LA1 implica que el libro es moralmente aceptable en su totalidad, y LC3, completamente inaceptable. Esto es, «moralmente» siempre desde la perspectiva católica más conservadora.

Así, el libro de Javier, clasificado como LC1, está en la librería, pero sutilmente oculto. Si fuera LC3, no quiero ni pensar qué habrían hecho con él. Es censura. Suave. Indirecta. Sutil. Pero censura. Se empieza así.

Investigué un poco. Varias novelas históricas mías son calificadas en *delibris.org* como LB2. Me pareció sorprendente, porque siempre he procurado ser muy respetuoso con el cristianismo. Y lo reconocen en *delibris.org* cuando dicen de mis novelas: «el cristianismo está bien tratado». Entonces, ¿por qué no soy LA1?

El sexo.

Mis libros, y cito literalmente, tienen «algunas escenas sensuales más descriptivas y enrarecen el ambiente de la novela». Una escena dicen que es de media página. Claro, entre mil doscientas es claramente imperdonable. Se ve que estoy obsesionado.

Pero ya puestos en faena, *delibris.org* son, se lo digo cariñosamente, unos blandos, pues califican de LB1 la novela *Tener y no tener* de Hemingway, que en los años treinta fue prohibida en Estados Unidos por organizaciones religiosas de todo el país por su supuesto contenido sexual. Cuando les leo las escenas en cuestión a mis estudiantes, casi se parten de risa por lo ingenuas que éstas son.

Tengo amigos escritores que son LC2. Yo sólo he llegado a LB2. Albergaba serias esperanzas de que con mi última novela, *La legión perdida*, publicada en febrero de 2016, *delibris.org* me ascendería a (¿o debería decir me hundiría en el infierno de...?) la categoría LC3. Allí me vería «obligado» a compartir espacio con gente tan terrible como Goytisolo, Delillo, John Irving, Jose Luis Sampedro, Naipaul, Benedetti, Fernando Savater, Juan Marsé, Philip Roth, Bukowski o Nabokov..., por mencionar algunos autores inmorales y perversos. Un dulce infierno.

¿Lo conseguí?

No.

Sigo siendo LB2.

Lo entiendo. Comprendo que estoy lejos de ellos. Paciencia. No pierdo la esperanza. Seguiré trabajando con denuedo para escalar posiciones, es decir, para hundirme en ese dulce infierno.

He de admitir que, desde que publiqué un artículo sobre este asunto en la prensa, el libro de mi buen amigo Javier Sierra es más fácilmente localizable en los anaqueles de la librería del Museo del Prado. Ojalá sea así por mucho tiempo.

Epílogo

Hasta aquí nuestro viaje literario, sorteando persecuciones, enfermedades, pérdidas de seres queridos, prisiones, intolerancia, campos de exterminio, servicios secretos, dictadores y hasta corruptos. Ése es el gran océano en que se gestan los libros. Uno podría pensar que hoy ya no se queman libros. Y es cierto en bastantes países. Pero incluso allí donde se presupone que reina la libertad, algunos libros se esconden. Hoy no se envía la Inquisición tras un autor, sino que se suben los impuestos a los productos culturales (por ejemplo, al teatro, al cine o al libro digital en España). Hoy las novelas no se prohíben abiertamente en las democracias, pero se reduce el presupuesto para las bibliotecas públicas. Las grandes hogueras de libros humeantes quedarían mal y llamarían la atención. Es más indirecto, pero igual de eficaz, incluso más porque muchos no son conscientes, reducir poco a poco las asignaturas de humanidades en los colegios y en las universidades. Eliminan horas de historia, arte, latín, griego, literatura, filosofía y tantas otras materias claves en la evolución del pensamiento humano. Disciplinas todas ellas que generan masa crítica, gente con criterio propio. Precisamente lo que no se desea desde arriba.

Los poderes en su ataque a la cultura son hoy modernos, son sutiles. Pero la persecución contra todo lo que haga pensar continúa y la mano que mece la cuna es la misma de siempre. Ser conscientes de esto es lo único que puede abrirnos el camino para la revolución que más temen los que nos gobiernan: la de la inteligencia.

Bibliografía

- ACHEBE, Chinua (2010), *Todo se desmorona*, Madrid: Debolsillo.
- ANSEDE, Manuel (2014), «No hay que matar al perro de la contagiada de ébola, es importante para la ciencia», *El País*, accesible en <http://elpais.com/elpais/2014/10/07/ciencia/1412701500_432789.html>.
- APARICIO, Antonio (1977), *Ardiendo en ira*, Madrid: Editora Nacional.
- BRÖNTE, Charlotte (1999), *Jane Eyre*, traducción de Carmen Martín Gaité (Premio Nacional de Traducción), Barcelona: Editorial Alba.
- BUCK, Pearl S. (1988), *Obras selectas de premios Nobel: Pearl S. Buck. Viento del Este, viento del Oeste. La buena tierra. Peonía*, Madrid: Planeta.
- (2009), *La estirpe del dragón*, Madrid: Debolsillo.
- BULGÁKOV, Mijaíl (2014), *El maestro y Margarita*, traducción de Marta Rebón, Madrid: Nevsky.
- BURGOS, Julia de (1981), *El mar y tú: otros poemas*, Río Piedras: Ediciones Huracán.
- (1983), *Poemas en veinte surcos*, San Juan, Puerto Rico: Ediciones Huracán.
- CASO, Ángeles (2005), *Las olvidadas*, Barcelona: Editorial Planeta.
- CASPARY, Vera (2003), *Laura*, Buenos Aires: Emecé.
- CRYSTAL, David (2016), *Original Pronunciation Official Website*, accesible en <<http://originalpronunciation.com>>.
- DUFORT, Lucía (2007), *Sor Juana Inés de la Cruz: ¿Las trampas de la fe o plan deliberado?*, tesina, Departamento de Español, Portugués y Estudios Latinoamericanos, Universidad de Estocolmo.

- EMECHETA, Buchi (1983), *Second Class Citizen*, Nueva York: George Braziller, Inc.
- (2004), *Las delicias de la maternidad*, Madrid: Editorial Zanzíbar.
- ESPINA, Concha (2009), *El metal de los muertos*, Huelva: Diputación Provincial de Huelva.
- FERNÁNDEZ, Colin (9 de abril de 2010), «Tragic Story Behind Kipling's Jungle Book Revealed as First Edition Is Found 116 Years After It Was Published», *Daily Mail*, accesible en <www.dailymail.co.uk/news/article-1264768/Tragic-story-Kiplings-Jungle-Book-comes-116-years-published.html>.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao (1942), *La conquista del horizonte*, Zaragoza: Librería General.
- (1975), *El bosque animado*, Madrid: Ediciones Alonso.
- FERRIS, Beatriz (2011), «Emilia Serrano, Baronesa de Wilson, y la literatura de viajes: maravillas americanas y América y sus mujeres», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII, Universidad de Cádiz, n.º 17.
- GALEANO, Eduardo (1980), *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid: Siglo XXI.
- (1993), *El libro de los abrazos*, Madrid: Siglo XXI.
- (2002), *Memoria del fuego, vols. I, II y III*, Madrid: Siglo XXI.
- (2008), *Vagamundo y otros relatos*, Madrid: Siglo XXI.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1975), *Cien años de soledad*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- GIRONDO, Oliverio (2015), *20 poemas para ser leídos en el tranvía. Calcomanías y otros poemas*, Madrid: Editorial Visor Libros.
- HORACIO (2007), *Odas. Canto secular. Epodos*, edición José Luis Moralejo, Madrid: Editorial Gredos.
- HORACIO (2008), *Sátiras. Epístolas. Arte poética*, edición José Luis Moralejo (Premio Nacional a la Mejor Traducción 2009), Madrid: Editorial Gredos.
- KERTÉSZ, Imre (2006), *Sin destino*, Barcelona: Editorial Acantilado.
- KIPLING, Rudyard (2004), *El libro de la selva*, Madrid: Colección El País, vol. 44.
- LESSING, Doris (1988), *Si la vejez pudiera*, Barcelona: Edhasa. Publicado con el pseudónimo de Jane Somers.

- (2005), *El cuaderno dorado*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- LONDON, Jack (1998), *La llamada de la selva*, Madrid: Editorial Grafalco.
- MCCULLERS, Carson (1977), *La balada del café triste*, Barcelona: Seix Barral.
- MELVIN, Sheila (2006), «The Resurrection of Pearl S. Buck», *Wilson Quarterly Archive*, accessible en <http://archive.wilsonquarterly.com/essays/resurrection-pearl-buck>.
- MURDOCH, Iris (1992), *Bajo la red*, Madrid: Espasa-Calpe.
- PAZ, Octavio (1982), *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México: Fondo de Cultura Económico.
- PIZÁN, Cristina de (1995, 2000), *La ciudad de las damas*, Madrid: Siruela.
- PITOL, Sergio (2006), *Los mejores cuentos*, Barcelona: Anagrama.
- (2010), *El mago de Viena*, Valencia: Editorial Pre-Textos.
- POSTEGUILLO, Santiago (1991), *La narrativa breve de Carson McCullers*, tesina de licenciatura, Universidad de Valencia.
- PRIDA, Dolores (1990), «Coser y cantar», en *Beautiful Señoritas and Other Plays*, Houston: Arte Público Press.
- PSAKI, F. Regina (2011), «The Book's Two Fathers: Marco Polo, Rustichello da Pisa, and *Le Devisement du Monde*», *Mediaevalia* 32(1), 69-97, State University of New York Press, recuperado el 27 de agosto de 2016 de la base de datos del Proyecto MUSE.
- SAFO (1993), *Poemas y fragmentos*, Madrid: Hiperion.
- (2003), *Antología*, edición bilingüe (introducción, selección, traducción, notas y comentarios de Pablo Ingberg), Buenos Aires: Losada.
- SAKI (1998), *El contador de historias*, Barcelona: Unidad Editorial.
- SERRANO, Emilia, baronesa de Wilson (1910), *Maravillas americanas*, Barcelona: Casa Editorial Maucci.
- SIERRA, Javier (2013), *El maestro del Prado*, Barcelona: Planeta.
- TAGORE, Rabindranath (1975), *Obra escogida*, Madrid: Editorial Aguilar.
- (1979), *El cartero y la luna nueva*, traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez y Juan Ramón Jiménez, Buenos Aires: Editorial Losada.

VOLPI, Jorge (2010), «El arte de la memoria de Sergio Pitol», *Revista de la Universidad de México*, accesible en <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/article/view/1912/2915>.

YEATS, William Butler (1921), «The Second Coming», en *Michael Robartes and the Dancer*, Churchtown, Irlanda: Cuala Press.

Agradecimientos

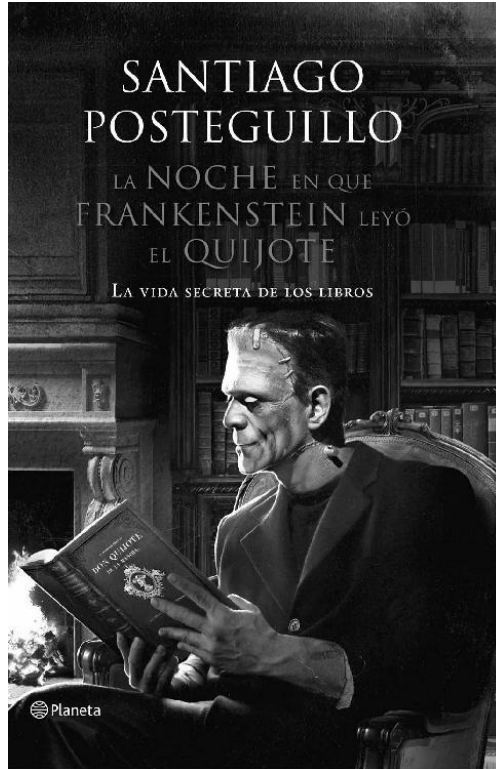
Muchas gracias a todos los lectores, lectoras, institutos de enseñanza secundaria, colegios y clubes de lectura de toda España y también de América Latina que, con sus mensajes y con su asistencia a las múltiples conferencias y charlas que he impartido estos años, me han animado a que escribiera un nuevo volumen de relatos sobre la historia de la literatura novelada. Gracias, en particular, a Luz Gabás, por su insistencia en que me fijara más en las grandes escritoras tan injustamente olvidadas a lo largo de los siglos. Gracias también a mis estudiantes de la Universidad Jaume I de Castellón, quienes, aunque no sean conscientes de ello, con su curiosidad y preguntas sobre literatura, estimulan mi interés por contar la historia de los libros desde ángulos a veces insospechados.

Muchas gracias a Ramón Conesa y al equipo de la agencia literaria de Carmen Balcells. Y un recuerdo especial para esta gran agente literaria; en concreto, las palabras que en su momento me remitió la propia Carmen, tras haber disfrutado (según ella) con *La noche en que Frankenstein leyó el Quijote*, han perdurado en mi memoria y me empujaron a escribir luego *La sangre de los libros* y, ahora, *El séptimo círculo del infierno*. El escritor mexicano Fernando del Paso, en un acto en reconocimiento a Carmen Balcells en América, explicó cómo él no tenía la menor duda de que la gran agente literaria estaría ahora en el cielo persuadiendo a Dios de que ha de cobrar sus derechos de autor por *La Biblia*. Espero que, terminado ese debate celestial, Carmen, de alguna forma, pueda disfrutar también con este nuevo volumen sobre el pasado, presente y futuro de los libros.

Gracias a mi editora Ángeles Aguilera y a todo el equipo de Planeta, por el tiempo y el esfuerzo empleados en dar forma final a esta colección de relatos.

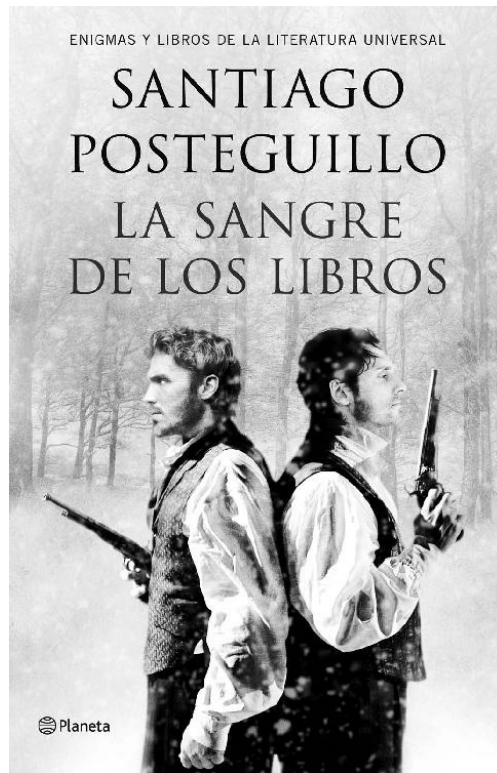
Gracias por fin a mi familia y a mis amigos, sin los que uno no es nada. Navegar por esta existencia tan llena de injusticias constantes es difícil en ocasiones, pero en soledad sería imposible.

¡No te pierdas estos otros títulos del autor!



«Posteguillo es un excelente narrador y un original rastreador de misterios de la literatura universal», Lluís Fernández, *La Razón*

«Una declaración de amor por los libros», *La Vanguardia*



«Posteguillo es un divulgador literario de primera», Alberto de Frutos, *Historia de Iberia Vieja*

«Anécdotas insólitas y significativas de la literatura contadas con el peculiar estilo Posteguillo», Benito Garrido, *Culturamas*

Notas

1. El libro era *La luna nueva (The Crescent Moon)*.

2. Sin tilde. Está en inglés, pronunciado con «h» aspirada y la primera sílaba tónica.

3. Poema incluido en la novela *La esfinge maragata*, de 1914.

4. Véase *La sangre de los libros*, el libro anterior de esta serie.

5. Es el primer mes del calendario bíblico hebreo y coincide con el inicio de la primavera.

El séptimo círculo del infierno

Santiago Posteguillo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Opalworks

© Santiago Posteguillo, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

© Rabindranath Tagore, traducción de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí [«Cuando nuestros ojos se encontraron a través del seto», p. 68], © Concha Espina [«Yo soy una mujer: nací poeta», p. 81,], © Xu Zhimo [«Despedida de Cambridge», p. 89], © Oliverio Gironde [«Hasta morirla», pp. 95-97], © Antonio Aparicio [«Ocaña», pp. 118-119], © Julia de Burgos [«Farewell in Welfare Island», p. 144, «Río Grande de Loíza», pp. 146-147], © Eduardo Galeano [«Los nadies», pp. 150-151, «Pájaros prohibidos», pp. 152-153], © William Butler Yeats [«The Second Coming», p. 186], © Chinua Achebe [«Pine Tree in Spring», pp. 187-188]

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los textos protegidos en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17695-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.